

Monografías de ACTA BIOETHICA N° 1 - 2009

Paul Christian - Renate Haas
**ESENCIA Y FORMAS DE
LA BIPERSONALIDAD**



Traducción y comentarios de Fernando Lolas Stepke

Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética - Universidad de Chile
Programa de Bioética - OPS/OMS

Monografías de ACTA BIOETHICA
(ISSN 0717-5906) N° 1 - 2009

Monografías de ACTA BIOETHICA se publica en 2009 con un aporte adicional de CONICYT Chile, concedido por concurso del Fondo de Publicación de Revistas Científicas 2008.

ESENCIA Y FORMAS DE LA BIPERSONALIDAD

© CIEB

Primera edición, marzo de 2009

Registro de Propiedad Intelectual N°

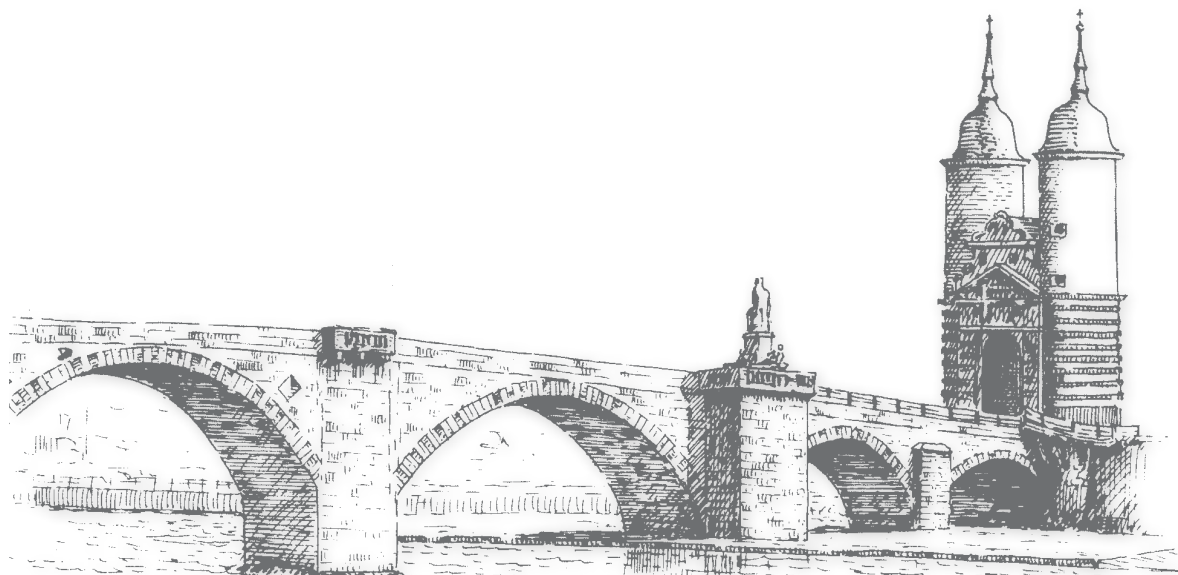
ISBN:

Diseño y diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por medio alguno, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización previa el editor.

Monografías de ACTA BIOETHICA N° 1 - 2009

Paul Christian - Renate Haas
**ESENCIA Y FORMAS DE
LA BIPERSONALIDAD**



Traducción y comentarios de Fernando Lolas Stepke

Centro Interdisciplinario de Estudios en Bioética - Universidad de Chile
Programa de Bioética - OPS/OMS

Índice

| | |
|---|---|
| La bipolaridad, un aporte de la escuela de Heidelberg | 0 |
| El concepto de bipolaridad | 0 |
| Construcción de una sociología médica o una fisiología social | 0 |
| La teoría de la bipolaridad y la práctica de la medicina | 0 |
| La bipolaridad como teoría | 0 |
| Este texto | 0 |
| Breve reseña biográfica de Paul Christian | 0 |
| Nota sobre Renate Haas | 0 |
| | |
| ESENCIA Y FORMAS DE LA BIPERSONALIDAD. | |
| Fundamentos de una sociología médica | 0 |
| | |
| INTRODUCCIÓN | 0 |
| | |
| Primera parte: Esencia y formas de la bipolaridad | 0 |
| I. Historia del problema bipolaridad | 0 |
| II. La función psicofísica en la unión laboral de dos colaboradores | 0 |
| III. La bipolaridad del lenguaje | 0 |
| IV. La estructura formal del encuentro bipolar | 0 |
| V. Formas de destrucción de la asociación | 0 |
| VI. Sujeto, persona, individuo | 0 |
| VII. De la interacción de los sanos con los enfermos | 0 |
| Segunda parte: Fundamentos de una sociología médica | 0 |
| VIII. El conformismo | 0 |

| | |
|--|---|
| IX. “Modelo” y “Caudillo” | 0 |
| X. La dinámica bipersonal y su fenomenología | 0 |
| XI. Tripersonalidad | 0 |
| XII. La forma social del trabajo | 0 |

La medicina antropológica de Heidelberg: una perspectiva personal y algunas reflexiones 0

| | |
|---|---|
| Las figuras y las estaciones del desarrollo | 0 |
| Hacia una integración de perspectivas en torno a la persona | 0 |
| Notas sobre la bipersonalidad | 0 |
| Acción y valor | 0 |
| Las conversaciones y sus productos | 0 |
| Una especie de balance provisional | 0 |

Publicaciones de Paul Christian 0

La bipolaridad, un aporte de la escuela de Heidelberg

Fernando Lolas Stepke

El concepto de bipolaridad

Este libro de Paul Christian fue publicado en 1949 y recibió una escasa atención. En parte porque apareció después de la Segunda Guerra Mundial, en una Alemania derrotada que buscaba rehacer desde las cenizas su herencia intelectual. También puede haber influido el lenguaje, difícil y en ocasiones críptico, empleado por los miembros del círculo en torno a Viktor von Weizsäcker —entre amical y académico—, que incursionó en tantas esferas en camino a fundar una antropología médica. Esta cofradía de iniciados formuló sus intuiciones y codificó sus observaciones en un lenguaje denso en neologismos y acepciones inusuales de las palabras. Sus ecos, plenos de resonancias e insinuaciones, generaron una vasta corriente de pensamiento y acción, que tuvo seguidores, detractores e intérpretes sin que nadie pudiera arrogarse la autoridad de ser depositario último de sus certidumbres.

El concepto de bipolaridad que este texto esboza y desarrolla es una de las aportaciones de ese grupo de médicos que Laín Entralgo bautizó como “escuela de Heidelberg”. Si una sola afirmación de la llamada medicina antropológica debiera pervivir sería ciertamente ésta: que la persona humana está radicalmente constituida por los otros. Y solamente en ese plexo de lo social alcanza significación, importancia y, en último análisis, vida propiamente humana. Los receptores de esta orientación, como el

profesor español Rof Carballo¹ o el psiquiatra Ramón Sarró², así lo comprendieron y anunciaron. Esta concepción fundamental se encuentra prefigurada en la noción de bipersonalidad de Paul Christian. Consecuencia esencial es que no puede existir un “yo” sin un “nosotros”. Fundamento de la pedagogía herbartiana y afirmación ya antigua en la literatura (“*no man is an island*”, John Donne) es que los límites del individuo psicofísico no son los de la persona. Es más, la explicitación y elaboración del concepto, tal como ocurre en la obra de Paul Christian³, llevan a afirmar que lo radicalmente originario no debe buscarse en una presunta autonomía del individuo, que con el sólo *fiat* de su pensamiento separa hombre y mundo (como en el cartesianismo), sino en la individuación que sigue a la recta constitución de lo bipersonal. Persona se transforma así en concepto radicalmente relacional.

La bipersonalidad por tanto no es una díada configurada sobre la base de individuos que deciden juntarse u optan por la asociación. La bipersonalidad es un radical existencial originario del ser persona, que precisamente existe, sale de sí y en el abandonarse se constituye. Siempre se es hijo de un padre, hermano de una hermana, alumno de una maestra o de un maestro, miembro de un grupo. Incluso cuando parece que se negara toda pertenencia, en el rechazo de las convenciones y en el aislamiento del ermitaño, puede afirmarse lo mismo. En el acto de oponerse, se reconoce ligazón y dependencia, pues no se rechazaría algo que no existe y que, al recibir existencia en la negación, es parte nuestra. Bien lo comprendió Chesterton cuando, en las sutiles alegorías de “La Esfera y la Cruz”, destaca que las religiones se constituyen y densifican en “*polemos*”, oposición.

1 Rof Carballo, J. *Urdimbre afectiva y enfermedad. Introducción a una medicina dialógica*. Editorial Labor, Barcelona, 1961.

2 Sarró, R. Weizsäcker en España. Prólogo a *El hombre enfermo. Una introducción a la antropología médica de Victor von Weizsäcker*. Luis Miracle Editor, Barcelona, 1956.

3 Especialmente *Das Personverständnis im modernen medizinischen Denken*, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1952.

Construcción de una sociología médica o una fisiología social

Estas afirmaciones pueden parecer gratuitas o no fundadas en prueba empírica. Precisamente, el libro de Christian empieza por demostrar su densidad y su fertilidad operativa en un campo en el cual dejan de tener carácter puramente declamatorio y se enraízan en lo empírico: la fisiología. Esta ciencia no existió para los antiguos, pues entonces los fisiólogos eran quienes pensaban la naturaleza total. A partir del siglo XVI, y especialmente con la obra de Jean Fernel, esta naturaleza ya no es la totalidad sino la naturaleza del hombre (ser humano en general)⁴. Pero la fisiología que Christian tiene presente cuando escribe es aquella que se inició en la Alemania del siglo XIX con los pioneros Johannes Müller, Carl Ludwig, Helmholtz, Du Bois-Reymond y otros. Es la disciplina que se ocupa, más allá de ser “*anatomia animata*”, de comprender el funcionamiento (la estructura y sus cambios en el tiempo) de los organismos vivos y sus partes. Como manifiesto de pensamiento materialista y objetivo, esta es la fisiología que debía fundar, según Claude Bernard, la verdadera medicina científica⁵. Esta es la ciencia cimera de lo humano, toda vez que incluye lo que ocurre tanto en el cuerpo como en la mente. Todavía Wilhelm Wundt proclamará su método introspectivo como un logro de la *psicología fisiológica* al fundar, en Leipzig, 1879, el primer laboratorio que haría posible el estudio experimental de la mente⁶.

Era ésta una disciplina científica que limitaba su campo de estudio a lo perceptualmente dado y cuyas metáforas fundantes se orientaron hacia el “organismo” y sus “partes” (órganos, tejidos, células). Una auténtica fisiología antropológica debía tener, entre sus arreglos experimentales, una

4 Cf. Lolas, F. *La perspectiva psicosomática en medicina. Ensayos de aproximación*. 2ª edición. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1995.

5 Lolas, F. Sobre la dimensión antropológica de la fisiología. En Lolas, F., Vargas, L. (editores) *Fundamento fisiológico de la medicina*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1986, pp. 31-42.

6 Lolas, F. *Introducción histórica a la psicología fisiológica*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1979.

concepción diferente. Por de pronto, al indagar al organismo en su conjunto, éste debía enfrentarse a “retos” (o experimentos) con significación⁷; en segundo lugar, los experimentos no debían confinarse al organismo aislado o al individuo definido según las apariencias sociales. Iluminado por un ejemplo extraído de la obra de Wilhelm Dilthey, Paul Christian desarrolló un experimento que propone, fundamenta y demuestra la bipersonalidad en la tarea conjunta de dos personas que se conciertan en un trabajo común. El ejemplo príncipe fue aserrar un árbol, tarea en la que dos personas aúnan voluntades y esfuerzos y al así hacerlo se pierden en su realización, se ocultan y autoocultan. En ese paradójico movimiento de darse y salir de sí se reencuentran y existen. Lo que importa es la tarea.

Esta fisiología llegaría a los límites de lo metafórico, y sería por ende más figura lingüística que concreta demostración empírica, si el experimento no se realizara en su valencia de “experiencia”, que ciertamente no es lo mismo⁸. Pues el experimento estiliza y lleva al límite algo que preexiste a la pregunta y es la noción de que esas dos personas son personas por su compresencia, su correspondencia, su ser en común aglutinado por una meta. Pero lo que está detrás, inefable, es una “experiencia”, que cabría llamar de comunidad o de compartición. Esto es, justamente, lo que a falta de mejor palabra, Christian denomina “bipersonalidad”. La imagen que evoca es la del sincicio, esa agrupación de muchas células que se fusionan y tiene muchos núcleos pero reacciona como unidad.

Podría argumentarse que el término plantea complicaciones cuando el autor lo lleva más allá de la unidad de “dos personas” y, ampliándolo a la tripersonalidad, a la tetrapersonalidad o, para el caso, a la multipersonalidad, fundamenta una *sociología médica empírica*, enraizada en la fisiología. El término “bipersonalidad” parece aludir a dos y por ende es fácil ma-

7 Tal fue nuestro razonamiento al establecer la Unidad de Psicofisiología en el Departamento de Fisiología y Biofísica de la Facultad de Medicina, en la Universidad de Chile. La psicofisiología podría, en este contexto, ser denominada una “fisiología de la persona” y no solamente del organismo.

8 Buytendijk, F.J.J. *Prolegomena einer anthropologischer Physiologie*. Otto Müller Verlag, Salzburg, 1967.

linterpretarlo como sumatoria o adición de dos personas. Luego es difícil hablar de tres, de cuatro, de mil o aplicar lo descubierto a la sociedad en su sentido de *Gemeinschaft* (como reunión de personas “cara a cara” y no como masa anónima, *Gesellschaft*). Christian propone –en un salto argumental que exige reflexión– que tres, cuatro o mil no son resultado de sumas y sumandos sino ampliación cualitativamente homogénea de la bipersonalidad. Algunos corolarios de esta aseveración pueden examinarse empíricamente. Por su carácter indeterminado son auténticas preguntas y estimulan el análisis. En todo caso, este salto argumental se convierte en basamento de la sociología “fisiológicamente” concebida (y por ende “médicamente” validada, pues la fisiología, ya lo hemos dicho, era la ciencia fundacional de la medicina por aquel entonces).

El lector versado en la historia de las mentalidades médicas observará que, junto con referirse continuamente a Löwith, Scheler, Jaspers, Heidegger y otros intelectuales, nuestro autor tiene una positiva recepción del psicoanálisis freudiano, tal y como él lo entendió y en los modos grupales y societarios que lo hicieron fundamento de las ciencias sociales para algunos autores en los años que seguirían. En un libro posterior, titulado “*Das Personverständnis im modernen medizinischen Denken*” (1952), monografía de claridad no superada, Christian no da suficiente relieve a sus descubrimientos sobre la bipersonalidad de 1949. Sin embargo, su análisis de diversas concepciones médicas de la persona, comenzando por Karl Kraus y su “*Sizygiologie*” o “patología de la persona”, revela que ha podido darles ordenación y estructura por una lectura atenta guiada por sus premisas y que éstas, como el hilo de Ariadna, le conducen por el laberinto de las multiformes concepciones de la persona que se disputan, en ese ambiente denso del medio siglo, la hegemonía conceptual.

La medicina no siempre fue, ni siempre ha sido, una ciencia de la persona. Es verdad que la palabra aflora muchas veces en el discurso médico, pero también que la praxis médica habitual toma primero el *órgano* (con Morgagni), luego el *tejido* (con Bichat), en tercer lugar la *célula* (con Virchow) como base de sus estudios. Con la fisiología empírica del siglo XIX el tiem-

po empieza a ocupar un papel importante en la patogenia y la nosografía, pues hay dolencias en las que no enferma un espacio (órgano, tejido, célula) sino un decurso, un transcurrir, y lo patológico no es solamente lo denso a la mirada sino también lo que se articula anómalo en el devenir. La persona ingresa solamente después que el espacio y el tiempo han sido ganados para la mirada médica, y aún entonces con carácter precario, que tiene más de retórica que de convicción. Lo que en las ciencias de lo espacial y lo temporal en los organismos vivos (anatomía y fisiología) es primero pura descripción, luego se hace norma y regla, cambiando así su estatuto epistemológico y, también, impregnándose de una connotación ética⁹. Al final, la bipersonalidad de Christian entra a planos que no son necesariamente médicos e ilustra su concepción mediante el lenguaje (no en la semántica sino en la sintaxis y en la pragmática) y el trabajo colectivo. Sus reflexiones sobre el clima laboral y sus interrupciones son de gran valor, pues es justamente un clima de trabajo lo que las terapias basadas en la palabra ofrecen como alternativa para la soledad del sufrimiento. Una “alianza de trabajo” (*working alliance*) en la psicoterapia no difiere mucho de una alianza de trabajo en la fábrica, la oficina o el taller. Sus metas y procedimientos pueden ser diferentes pero, en lo básico, los problemas son los mismos: configurar metas, elegir dirección, someterse a disciplinas y rutinas, apreciar productos. Es el producto el que determina el proceso y éste, sin aquel como guía, meta o aspiración, decae transformándose en vana palabrería, en relaciones insinceras e inauténticas y en las muchas otras formas de descomposición de la bipersonalidad que Christian insinúa o desarrolla.

Quizá un mérito que su autor no anticipó sea sugerir que la fisiología (como teoría, descripción y normatividad temporal de los cuerpos animados) sigue siendo la ciencia matriz de la cual derivarán otros saberes. “*Nemo psychologus nisi physiologus*” era el lema de Johannes Müller, con lo que quería insinuar que no se puede ser psicólogo sin ser fisiólogo y de ello

9 Lolás, F. Normatividad fisiológica y nocividad ambiental: aspectos bioéticos de las metáforas científicas. *Acta Bioethica* (Santiago de Chile) 7: 205-212, 2001.

da prueba que la más potente de las formas de la psicología del siglo XIX –el estructuralismo de Wilhelm Wundt– se rotuló a sí misma como psicología fisiológica al inaugurarse en 1879¹⁰. La fundamentación *fisiológica* de los usos sociales, cuando se desliga a la fisiología de su forma puramente mecanicista orientada a las “partes” y no al “todo” orgánico, genera una sociología médica rectamente entendida, que quizá preferiríamos denominar, con mayor amplitud, sociología humana. Pues decir médica tiene ya unas connotaciones diferentes, asociadas a prácticas sociales benéficas que, por cierto, reciben de la teoría de la bipersonalidad fructíferas inspiraciones.

La teoría de la bipersonalidad y la práctica de la medicina

La fertilidad de estas reflexiones para la práctica de la medicina es indudable. La práctica social llamada “medicina” incluye diversas acciones. Por ejemplo, la acción rotuladora, conocida como *diagnosticar* (conocer a través de un medio confiable y arribar a certidumbres que permiten predicción) nunca es tarea del médico solo sino labor compartida entre quien ofrece informaciones y datos (llamado informante, cliente o paciente), quien organiza y denomina lo que se le ofrece (llamado diagnosticador) y la presencia virtual de toda la sociedad bajo la forma de palabras, usos idiomáticos, prácticas aceptadas de confirmación, etc. La acción de ayudar, llamada *terapia*, tiene en el terapeuta a su protagonista pero exige la participación del ayudado, en forma implícita, aceptando indicaciones y normas, o explícita, colaborando activamente con las fases restauradora o mejoradora de la acción terapéutica. La acción anticipatoria, o *pronóstico*, supone la participación de los involucrados en el encuentro: no solamente la clásica díada aludida en la expresión “relación médico-paciente” sino la “multíada” de las relaciones sociales de los participantes en el encuentro, intrínsecamente constituidos por otros, no presentes pero sí compresentes en expectativas, influencias, creencias, prohibiciones y permisos.

10 Lolas, F. *Introducción histórica a la psicología fisiológica*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1979.

Obsérvese que en las acciones que integran la práctica social de la medicina se constituye “algo” que no son las personas mismas pero depende de ellas para existir: *nombre* de una dolencia o menoscabo (enfermedad constituida), *meta* de una curación, *curso temporal* de un padecimiento. Es bueno recordar lo que los escritos hipocráticos intuían: en esta actividad hay una tríada configurada por el médico, el enfermo y la enfermedad. Esta tríada dio origen también al famoso libro de Michael Balint sobre el médico, el paciente y la enfermedad¹¹. Esta última palabra condensa y cosifica (hipostasía) las acciones que hemos identificado como constitutivas de la práctica. No debe olvidarse que la medicina no es ciencia de objetos (*poiesis*) sino ciencia de acciones (*praxis*) y sus valores residen en acciones “bien hechas”. La enfermedad así concebida aglutina la relación y quien ayuda y quien es ayudado(a) dan sentido al trabajo conjunto. Por ello adquiere el carácter de un significante epistemológico y axiológico, esto es, tiene significados teóricos, prácticos y morales. Cuando se reflexiona sobre los valores implícitos se observa que precisamente su función es “dar sentido” (y también orientación o dirección) a las acciones humanas. Esta reflexión, que sobrepasa la mera comprobación o acatamiento de las normas explícitas o implícitas, es la ética. El valor ético de la práctica médica reside en la rectitud con que se generan, transmiten y usan los “productos” relacionales creados en el *diálogo* que la conforma, pues toda acción humana es, como indica la teoría de la bipersonalidad, un hacer algo “con”, “para”, “desde”, “por” otros. Puede resultar paradójico, pero la enfermedad es un “valor” de la medicina por dar sentido a las acciones de los participantes. Como en todo acto solidario de constitución de realidades, incluso lo negativo de la oposición, la lucha y el antagonismo convierten en valorable la interacción que da origen, consolida y orienta la acción en común. Así lo sugiere René Girard en sus estudios sobre la violencia y lo sagrado¹² y lo alude Max Scheler cuando habla de la guerra¹³. El radical humano por

11 Balint, M. *El médico, el paciente y la enfermedad*. Libros Básicos, Buenos Aires, 1961.

12 Girard, R. *La violencia y lo sagrado*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1983.

13 Scheler, M. En el comentario de José Ortega y Gasset a *Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg*, publicado en 1915.

excelencia de la vinculación, implícito en la teoría de la bipersonalidad, es innegable incluso en los actos aparentemente más “autónomos” o más “individuales” de las personas. Emile Durkheim, teorizando sobre la motivación al suicidio, reveló asombrosas constancias sociales que parecían desafiar la noción misma de decisión autónoma que suele asociarse con la comisión del acto suicida individual¹⁴.

La bipersonalidad debe verse como soporte epistemológico y axiológico del ser humano en condiciones de minoración (*infirmas*) y como herramienta para una *ética dialógica* del oficio médico. Precisa ser explicitada y desarrollada pero en su fundamento es potencialidad humana esencial, fundante de toda *con-vivencia*. Este carácter dialógico no siempre ha sido reconocido por la tradición médica. Lo ha negado en la cosificación objetivadora de las ciencias de objeto (como la fisiología clásica del siglo XIX), en el paternalismo de la sapiencia médica o en la aceptación de normas sociales sobre lo que debe diagnosticarse y tratarse. En este último punto, recuérdese la reflexión de Foucault sobre la constitución de la locura en la época clásica, que no nació de una mentalidad reflexiva, experimental o teórica sino de la práctica social del encierro y del aislamiento que se aplicaba a todo lo socialmente indeseable, como la pobreza, la animalidad y el crimen, de los que se segregó la locura como “enfermedad” sólo tardíamente¹⁵.

En la práctica de las actividades relacionadas con la salud (incluyendo la investigación científica, la asistencia sanitaria, la docencia) existe una dialéctica inevitable entre *deberes*, *derechos* y *objetivos* (o metas). Aunque es usual pensar que los profesionales tienen deberes y los ciudadanos derechos, en realidad ambos grupos tienen unos y otros y deben ser rectamente empleados en formular y conseguir metas razonables y razonadas. Las metas de la medicina son una amalgama de derechos y deberes codificada como catálogo de expectativas, sugerencias, advertencias, prohibiciones y

14 Durkheim, E. *El suicidio*. Editorial Schapire, Buenos Aires, 1965.

15 Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica*. 2ª ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

permisos (códigos de ética, reglas de comportamiento, cartas de derechos y convenciones universales). Pero las metas de las acciones (rotular, prevenir, anticipar, ayudar), reconocidas e individualizadas, permiten dar sentido a deberes y derechos. Unos y otros nada valen si no se ponen al servicio de metas aceptables, nobles o bellas.

La bipersonalidad como teoría

La bipersonalidad de Christian es teoría. Presenta una visión o forma de concebir la naturaleza humana que, junto con sugerir observaciones y comprobaciones, deja numerosas cuestiones a la reflexión y el estudio empírico. Así como la teoría de la evolución es una metateoría, o más bien una teoría para proponer o especificar teorías, la bipersonalidad sugiere (y propone comprobar) un “modo de ser” que, llevado a sus conclusiones lógicas, promueve la investigación en campos que, por lo general, se tratan separadamente.

Esta teoría propone ideas para el estudio del lenguaje, de prácticas sociales (como la medicina), del trabajo humano en general, de la constitución y dinámica de los grupos, de la terapéutica psicodinámica y de artes como la escritura, la pintura y la música. La constitución dialógica de la realidad y las formas de los constructivismos, de los radicales a los mesurados, quizá no sean ya afirmaciones originales. Sí es original fundar en la bipersonalidad la “dialogicidad” y el orden de la acción humana. Piénsese, por ejemplo, en la noción anglosajona de “*illness negotiation*” con que se describe una constante sociológica del oficio médico, cual es que el diagnóstico (rótulo, etiqueta) que concluye un encuentro entre médico y enfermo es fruto de un intercambio dialógico con una “oferta” (del sujeto en el papel de enfermo) recibida o rechazada por el médico, la cual viene predeterminada por lo que uno y otro creen relevante o por lo que la sociedad en que viven califica de tal. Los valores que dan sentido a las acciones configuran “bipersonalidades” (entiéndase aquí en sentido amplio, más allá del prefijo “bi”, que incluye la tri y la pluripersonalidad) y son a su vez moldeados por ellas en esa recíproca y circular interdependencia del “equilibrio reflexivo”,

pues lo que ocurre (el caso) es confrontado con la regla general y ambos se modifican en el proceso, alterando además al portador de valores.

La teoría de la bipersonalidad, contribución importante de la escuela antropológica de Heidelberg, refuerza el teorema central de esta orientación médica: se está constituido por los otros. Pero agrega un elemento de considerable valor: se está constituido por los otros en la medida en que el “hacer en conjunto” (o sencillamente la acción humana) es potencia unitiva. En la tarea conjunta, en la constitución en común de significantes, en el diálogo auténtico, se configura en realidad la persona. Y la paradoja: es en la disolución del sujeto individual o en su autoocultación espontánea que emerge la persona en un sentido antropológico útil para la medicina y otros oficios éticos. Pues la salud, advierte Gadamer, está siempre en una “*Verborgenheit*” (ocultación), pues estar sano es vivir en el “silencio” del cuerpo y del mundo, libre de molestias, en la plenitud del autoabandono (que es la posibilidad de la autoposesión)¹⁶. A una conclusión semejante llega el Aga Khan en sus memorias cuando advierte, al final de la narración de su vida, que es solamente sumergiéndose en la acción real en el mundo como se gana la plenitud del propio ser. La persona humana verdadera se forma al disolverse el sujeto individual en la acción con otros.

Quizá sea esto una manera diferente de recordar la admonición cristiana de “dar es recibir” y una forma distinta de expresar que el **amor** es potencia unitiva. Pero la *teoría* de la bipersonalidad (y por ser teoría demanda comprobaciones y sugiere experiencias) *pre-supone* (esto es, implica) que el sujeto deriva de, y no preexiste a, las formas relacionales de lo humano. Esta palabra –bipersonalidad–, en apariencia de acotada significación, engloba y transparenta en este marco –de modo compacto– la humanidad relacional y dialógica.

Los escritores de la escuela de Heidelberg pusieron en la base de sus reflexiones dos valores o principios, y en la obra de Christian ejercen influjo

16 Gadamer, H.G. *Über die Verborgenheit der Gesundheit*. Suhrkam, Frankfurt/Main, 1993.

manifiesto o encubierto: la *reciprocidad* y la *solidaridad*, en cuya descripción y fundamentación no podemos extendernos. El experimento diltheyano de la sierra operada en conjunto los incluye. Por ejemplo, la solidaridad, pues sin un hacer conjunto la acción y sus metas no son concebibles. Aunque aquí no se distingue entre lo que Durkheim llamaba solidaridad horizontal (entre pares) y vertical (con los superiores), también es posible expandir lo escrito por Paul Christian hacia una reflexión en tal sentido (especialmente cuando se refiere al liderazgo auténtico). La reciprocidad también es relevante, pues en el dar y el recibir no se trata de equilibrio sino de un balance. Los estudios en que se reunió sanos con enfermos demostraron que el enfermo aporta menos esfuerzo pero el sano compensa ese menoscabo sin siquiera percatarse de ello. Se logra un balance, una adecuación al logro, pero no un equilibrio basado en equiparar lo que no puede igualarse.

Hay otro elemento de valor en estas formulaciones. Uno de los más notables (y misteriosos) fenómenos de la bipersonalidad es que no hay designio o deliberada intención cuando ésta se constituye y rinde frutos. Todo ocurre en un plano subliminal, no manifiesto y no verbalizado pero sin embargo eficaz. Y tan evidente es su existencia que inmediatamente se nota, en una relación, en un diálogo, en un trabajo, cuando sus participantes no están “afiatados”, la finalidad no se logra o la tarea no se realiza adecuadamente. He aquí otro aporte de Christian, que legó en su libro “*Vom Wertbewusstsein im Tun*” (De la conciencia del valor en el hacer)¹⁷. Lo “bien hecho”, lo perfecto del deportista entrenado o del artesano cabal es algo implícito. Si se extiende la noción a la bipersonalidad se observa que también queda en la esfera de lo tácito, o lo implícito, la corrección en el hacer conjunto y que, por más que el análisis intente desagregar sus elementos, la totalidad de lo logrado es distinta de la contribución de factores aislados. Cuando elaborábamos la noción de *conducta implícita* para referirnos a las propiedades indicativas y comunicativas de lo no verbal¹⁸,

17 Christian, P. *Vom Wertbewusstsein im Tun*. Ferdinand Enke Verla, Stuttgart, 1948.

18 Lolas, F., Ferner, H. Zum Begriff des impliziten Verhaltens. *Zeitschrift für klinische Psychologie und Psychother.* (Freiburg) 26: 223-233, 1978.

pensábamos justamente en esta misteriosa propiedad de decir sin hablar, de concordar sin acordar, de aunar esfuerzos sin vencer ni convencer. En el armónico juego que permite inferir reciprocidad y solidaridad se descubre que hay una conciencia de valor superior —una armonía— que a veces sólo se nota cuando se altera la relación. Es un descubrimiento por desarticulación, pues cuando todo funciona bien, cuando no hay “noticias”, la conciencia suele adormecerse en las inercias del hábito (que son como los silencios de la salud orgánica) y lo que se da por sentado o por obvio pierde relevancia (pero no importancia ni valor). Esto es semejante al aire. Sería lo último que describiríamos si se nos pidiera describir el entorno y se hace evidente cuando se ensucia o contamina.

Las teorías no son solamente imágenes o escenarios de posibles acaeceres ni pura mirada abarcadora y explicativa. En su sentido más riguroso, son incitaciones para acciones humanas, fértiles en tanto las provoquen, sugieran, inspiren o guíen. Por eso, y porque del campo de la medicina todavía se reclama una teoría propia¹⁹, es que vale la pena estudiar a fondo la bipersonalidad que Paul Christian instala en el imaginario científico.

Este texto

Como explico en un artículo que anexo a esta traducción, conocí la obra de Christian en su estadio maduro, ése en el cual se cierra y clausura. Participé en la gestación de su último libro, el cual traduje y anoté²⁰ y juntos publicamos un par de artículos. Después de su muerte, y en constantes conversaciones con Petra Christian-Widmaier y su marido, Ulrich Widmaier, decidimos rescatar otras obras para lectores hispanohablantes. Así nació la idea de traducir la “Bipersonalidad”, publicada en conjunto con la Dra. Renate Haas, de la que poco sabemos cuánto contribuyó a las ideas centrales de este texto. Gracias al generoso aporte de la Fundación

19 Lolas, F. *Proposiciones para una teoría de la medicina*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992.

20 Christian, P. *Medicina antropológica*. Traducción y notas de Fernando Lolas. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997.

“Alexander von Humboldt”, que en parte financió mis estudios en Alemania, pude volver a Heidelberg en tres ocasiones durante 2007 y 2008 y realizar la presente traducción. Estos breves períodos de trabajo incluyeron, además, extensas lecturas sobre la Alemania que Christian debió conocer, sobre la universidad a la que dedicó su vida y sobre las consecuencias que tuvo el pensamiento y la acción de los integrantes de la Escuela de Heidelberg.

El texto no debe considerarse una traducción literal o estricta del original. Me he permitido ciertas licencias que, espero, contribuyan a su mejor intelección. Especialmente porque nos separa de su creación no solamente el tiempo sino el espacio ignoto de las mentalidades. Hubo ocasiones en que giros del lenguaje, expresiones inusuales y citas de citas (que cabría llamar metacitas, pues suponen, como en el culteranismo, una versación en originales ya inaccesibles) me hicieron dudar de la utilidad de la empresa. Tan importante como el libro es la época en que se gestó y así debe considerarse este trabajo: como una modesta aportación a una reflexión reconstructiva de época y pensamiento. Por muchos motivos, esta reconstrucción es necesaria, útil y conveniente. En conjunto con otros estudios que hemos conducido sobre la historia de la medicina alemana en esos tormentosos años²¹ permitiría, quizá, avizorar un horizonte en que palabras como “humanidad”, “dignidad”, “libertad”, “ciencia”, “reciprocidad” y otras de este jaez adquieran una plenitud de sentido, que impida fáciles generalizaciones panfletarias que condenan antes de entender las mutaciones históricas de los pueblos.

Un trabajo como éste, del cual la presente traducción es parte, nunca termina. Solamente se interrumpe o se abandona. Publicar esta traducción es invitar al debate, al comentario y al pensar compartido. Quiero agradecer

21 Por ejemplo, nuestra traducción del artículo “Euthanasie und Menschenversuche”, de Viktor von Weizsäcker, publicado en el primer número de la revista “Psyche” en 1947, como comentario al juicio a los médicos e investigadores nacionalsocialistas en Nürenberg, el cual se ha publicado con comentarios en un número monográfico de la revista “**Archivos de Psiquiatría**” (Madrid, 2008).

las conversaciones con Petra Christian-Widmaier y Ulrich Widmaier y su generosa hospitalidad, las conversaciones con los profesores Wolfgang Eich, Wolfgang Herzog, Peter Hahn y Wolfgang Eckart, todos en Heidelberg, quienes heredan y reformulan una sustantiva tradición. También desearía destacar el ambiente propicio del *Internationales Wissenschaftsforum* de la Universidad de Heidelberg, que bajo la experta dirección de la Dra. Peerenboom y la Sra. Strehlow representa el lugar ideal para el trabajo intelectual y la reposada inmersión en historias e ideas. Deseo agradecer, asimismo, el trabajo editorial de Álvaro Quezada, sin cuyas sugerencias y dedicación este producto no sería el mismo y no se dejaría leer con la fluidez que ha alcanzado.

Breve reseña biográfica de Paul Christian²²

Ernst Paul Helmut Christian nació el 26 de noviembre de 1910 en Heidelberg. Hijo del presidente de los ferrocarriles del Reich Alemán Karl Christian, pasó su infancia en Karlsruhe, terminando en 1929 la enseñanza secundaria con la prueba de madurez (*Reifeprüfung*). Estudió medicina en Heidelberg y Viena y rindió su examen en 1934, en Heidelberg. Recibió la autorización para ejercer la medicina en 1935 y su trabajo de promoción, aceptado en 1939, versó sobre la dependencia de la reacción pupilar de la intensidad, duración y amplitud del estímulo luminoso en condiciones normales y patológicas. Su vinculación con Viktor von Weizsäcker se estableció en los comienzos de su carrera: fue su asistente, recibió con su apoyo la *venia legendi* (Habilitation) y le siguió cuando el maestro decidió trasladarse a Breslau en 1941. Fue nombrado el 8 de agosto de ese año *Oberarzt* (médico jefe) en el *Otfried-Foerster-Institut* de la Universidad de Breslau (hoy en Polonia). De ese período, que concluyó en 1945, datan algunas de sus más importantes investigaciones sobre neurofisiología clínica y trabajos relacionados con la teoría del *Gestaltkreis*. Después de la guerra, tras trabajar en el hospital regional de Wiesloch, volvió a sus tareas en la Clínica Médica de la Universidad de Heidelberg, en la que fue nombrado profesor extraordinario el 12 de octubre de 1949. En 1958 fue llamado a ocupar la cátedra que dejara libre Viktor von Weizsäcker, convirtiéndose así en su inmediato y autorizado sucesor. Su carrera ulterior estuvo ligada a esta clínica y esta universidad, siendo además director del Departamento de Medicina Social Clínica en el Instituto de Medicina Social y del Trabajo, entre 1963 y 1974. En 1978 pasó al estado de emérito y falleció en 1996.

22 Las informaciones están tomadas de Doerr, W. Laudatio auf Paul Christian. *Ruperto Carola*, 30. Jahrgang, Heft 61, pp. 51-56, 1978.

Nota sobre Renate Haas²³

Renate Haas nació el 14 de septiembre de 1920 en Heidelberg. Tras su infancia en Berlin-Dahlem, estudió medicina en Heidelberg y mostró temprano interés por la obra de Viktor von Weizsäcker. Cuando publicó el trabajo sobre bipersonalidad, el único que conocemos de ese período, tenía 29 años. Tras un breve matrimonio con el psiquiatra Christoph Staewen, inició su formación analítica en Berlín y luego acompañó al profesor Horst-Eberhard Richter primero a Hamburgo en 1958 y luego a Giessen, en donde permaneció nueve años ejerciendo como psicoanalista. En 1951 se trasladó a París y volvió a Alemania 25 años después, en 1996. Falleció en 2001, a la edad de 80 años.

23 Según informaciones proporcionadas por la Dra. Petra Christian-Widmaier, quien localizó a la hija de Renate Haas, Esther Staewen-Schenkel, en Berlín. En octubre de 2007 ésta proporcionó los datos que aquí se consignan.

ESENCIA Y FORMAS DE LA BIPERSONALIDAD.

Fundamentos de una sociología médica²⁴

Paul Christian

Renate Haas

(Traducción de Fernando Lolas, con el apoyo de la Fundación Alexander von Humboldt, Heidelberg, 2008).

²⁴ Original: "*Beiträge aus der Allgemeinen Medizin*", Hef 7, Ferdinand Enke Verlag, Stuttgart, 1949.

Introducción

Hay realidades que tienen contenido concreto solamente en la relación entre dos personas: por ello únicamente en esta relación pueden ser adecuadamente interpretadas. Allí se encuentran la sexualidad, el amor y la amistad, la asociación en el trabajo conjunto, en el juego o en el deporte, la relación de confianza (como el encuentro entre médico y paciente en la terapia), también el lenguaje, la costumbre, la tradición y la moral –todos hechos que no adquieren concreta validez en la intimidad del solitario sino en la relación interpersonal de las personas.

Estas realidades son concebibles solamente sobre el trasfondo de la relación personal, ya que cada concreta posición por parte de Uno anticipa ya cierta determinada relación del Otro al propio ser. Una unidad significativa de sentido se da solamente cuando el individuo se considera en conjunto con los actos del otro y este “nosotros” se constituye en una relación bipersonal real, desde la cual el individuo y sus acciones recién pueden hacerse comprensibles.

“Bipersonal” indica no solamente esto, que al menos dos participan en el juego, que dos o más se asocian a algo, sino significa una unidad que está presente desde el principio “para ambos”, más allá de los participantes. En consecuencia, no se realiza, por ejemplo, la asociación a través de dos (o más) sujetos como $2=1+1$, sino integra a los individuos participantes como miembros –y no sumandos–. “Bipersonal” no quiere decir por ello algo distributivo, numéricamente agregado. De allí que la tripersonalidad o la tetrapersonalidad no signifiquen una ampliación cuantitativa y por ende derivable de la díada, sino en cada caso una ampliación diferente, cualitativa, de la agrupación.

Si de este modo la bipersonalidad y la asociación interpenetrable a partir de su esencia no pueden entenderse como multiplicidad de individuos en sí mismos autónomos es, por tanto, la autonomía del sujeto individual una ficción: el individuo es en realidad de hecho “persona”, esto es, concreto solamente en el contexto de una reciprocidad relacional –incluso si esta persona se comporta como ente aislado y adquiere (como se expresa K. Löwith)²⁵ significación “no relacional”. Cada uno está codeterminado esencialmente a través de otro: hijo de un padre, asistente de un jefe, marido de una esposa, paciente de un médico e incluso, en el caso de un ermitaño, opositor a una sociedad. Nunca es el sujeto concreto puro “individuo sin relaciones”. De lo que se sigue que el individuo se comporta con relación a sí mismo pero al mismo tiempo a otros –su existencia es doblemente significativa.

El concepto “persona” no se superpone entonces con el de sujeto individual (sus fuerzas y atributos propios), pero no solamente porque hay procesos y realizaciones que aparentemente no pueden ser entendidas o realizadas desde el individuo, sino porque el individuo, desde el punto de vista antropológico, desde su mismo fundamento, es momento relacional de un encuentro y se manifiesta desde otros. “Lo absoluto metafísico no es el yo, sino nosotros” (von Weizsäcker).

En este contexto, se podrá demostrar que en actos humanos esenciales –en el pensar, sentir, percibir y obrar– ya desde el principio se toma relación con el Otro y por ende una descripción completa de tales actos solamente es posible desde la bipersonalidad.

La bipersonalidad no puede, bajo ningún concepto, entenderse distributiva o sumatoriamente y, en este sentido, deben despejarse dos errores:

1. La bipersonalidad no es acoplamiento de sujetos individuales: si se encuentran por ejemplo dos personas para una actividad solidaria no es que dos sujetos desde una desconexión originaria se junten para

25 Löwith, K. *Das Individuum in der Rolle des Mitmenschen*. München, 1928.

una sociedad en la cual los medios de vinculación (dedicación o actos simultáneos, adaptación u otros semejantes) debieran clarificarse por separado, sino que para la duración del hacer conjunto se suspende la autonomía de los individuos de peculiar manera y ambos se comportan como un único organismo. La demostración para esta aseveración se proporcionará más adelante. Es por ello erróneo creer que la unión sea un acto especial, que puede o no ocurrir; no hay “medios de unión”, “funciones relacionales”, “procesos empáticos” (Th. Lipps) especiales y sería erróneo buscarlos. No podemos generar la bipersonalidad con dedicación y unión, sino solamente permitirle nacer, cambiarla, llevarla a la crisis o destruirla, esto es, experimentarla desde el límite. La dinámica bipersonal puede ilustrarse en comienzo y caída, crisis y cambio, como ella se realiza o se obstruye; su génesis misma, sin embargo, no es objeto de explicación sino precondition de conocimiento social y la tarea de la investigación solamente puede ser conceptualizar la bipersonalidad a través del estudio de sus formas o de las diferentes maneras de su manifestación. La situación científica y metódica es aquí semejante al estudio de la percepción y la motricidad humanas, en las cuales “lo que podemos investigar no es su origen sino solamente el formalismo de su adquisición y pérdida, la amplitud y el cambio” (Víctor von Weizsäcker “*Gestaltkreis*”, Thieme, 1948)²⁶.

2. El segundo error sería la delimitación metódica de sujetos individuales, a partir de los cuales la bipersonalidad, en cierta forma, pudiera reconstruirse.

El punto de partida metódico y epistemológico desde el individuo (“al principio está solamente el propio yo y luego se busca la existencia del Otro”) plantea desde el comienzo supuestos erróneos. Pues el sujeto concreto es originariamente y siempre accesible sólo en la relación interpersonal; el sujeto autónomo, por el contrario, una abstracción tácticamente inaccesible e incommunicable. Se mostrará que no es en absoluto evidente

26 Von Weizsäcker, V. *Der Gestaltkreis*. Thieme Verlag, Stuttgart, 1948.

que al principio solamente esté dado el propio sí mismo y luego la tarea residiría en buscar a otros mediante la “percepción”, la “proyección” o la “empatía”. En cada intercambio, diálogo, cooperación constructiva está nuestro propio obrar en vinculación con otros. Cada uno de tales actos y realizaciones abarca desde el principio al Otro, sin que esto deba ser buscado a través de inferencias o procesos de empatía por parte de un sí mismo previamente concebido. En todo caso se conciben el “sujeto” y el “contrasujeto” en su completa significación personal, esto es, son de distinto tipo y de accesibilidad diferente que las cosas y objetos indiferentes: la persona no es pasible de una cuasi objetiva cosificación y por eso no está limitada por espacio, tiempo y cifra –por no decir que no se identifica con el organismo psicofísico en amplitud y extensión.

De lo anterior se concluiría positivamente: si se parte de la existencia conjunta aparece el sujeto como estado aislado recién en la destrucción, mutación y crisis de la asociación. Los sujetos son recién diferenciables si uno de los participantes piensa en la posibilidad de la separación, la desea y la concreta. De allí se obtienen puntos de vista para el análisis del comienzo y fin de una relación o de su crisis y modificación.

Si en este contexto se vuelca el interés hacia la función psicofísica (por ejemplo, la percepción y la motricidad en el actuar juntos de personas sanas o de sanos con enfermos), aparecerá entonces probablemente la función normal o patológica en forma diferente a si se considera al sujeto aislado en sí mismo, como han hecho en forma exclusiva hasta ahora la fisiología y la psicología. Si en el contexto bipersonal la función tiene simultáneamente concreción objetiva para el Otro y siempre compromiso para ambos, entonces esto debe poder demostrarse analíticamente. El “acto biológico” debiera poder representarse necesariamente en tres formas: como acontecimiento fisiológico, psicológico y ahora también sociológico.

Cuando en el planteo del *Gestaltkreis* de Víctor von Weizsäcker se trata de la vinculación entre subjetividad y objetividad en lo orgánico, al concretar la posible subjetividad a un sujeto determinado se plantea también la tarea

de determinar en forma completa (esto es, “bipersonalmente”) a este sujeto. Esta consecuencia la ha derivado también von Weizsäcker en el último capítulo del “*Gestaltkreis*” cuando dice: “Las categorías de lo biológico son no solamente subjetivas sino también al mismo tiempo sociales”.

Estas son consideraciones sobre el tema de una sociología médica. Su elaboración se organiza en las siguientes dos partes:

La primera tiene el carácter de un análisis estructural de la bipersonalidad en general. Se elaboran los puntos de vista característicos de la bipersonalidad con el ejemplo del trabajo conjunto y el modelo del lenguaje. Si en muchos sitios se hace referencia al análisis experimental de un trabajo conjunto, no debe esto malinterpretarse: no pueden disociarse las preguntas teóricas y metasociológicas de las observaciones empíricas y los procesos concretos; a la inversa, los resultados de un análisis experimental son comprensibles integralmente sólo cuando se examinan los presupuestos para un estudio de esta naturaleza y se los presenta en un contexto de validez general.

La segunda parte contiene la aplicación bajo el punto de vista de una sociología médica.

Primera parte: Esencia y formas de la biperpersonalidad

I. Historia del problema biperpersonalidad

Recientemente, se han presentado dos intentos amplios de construir una antropología a partir de la biperpersonalidad: L. Binswanger con su libro “Formas fundamentales y conocimiento de la existencia humana”²⁷ y E. Michel, “El aspecto antropológico de la sexualidad”²⁸.

Binswanger se apoya en la ontología de Heidegger, aunque ve en su formulación existencial del ser humano una limitación principal: en Heidegger el hombre está situado entre los polos de la pérdida en lo público del “se” y del ser propio en sentido estricto. El convivir y su relación más real, el amor, no son acomodables en el proyecto de Heidegger y quedan, como lo expresa Binswanger, “helándose fuera”. Por el contrario, según Binswanger el individuo se determina al acogerse a sí mismo en el amor, desde el fundamento del Eros. “La determinación al ser no se da por gracia de la existencia sino por gracia del amor” –un amor que en lo fundamental es entendido, en sentido agustiniano, como amor al semejante, a sí mismo y a Dios, en visible unidad y orden.

La antropología de Michel, menos idealista, es confrontada con el proyecto de Binswanger. También aquí la persona se encuentra en la existencia siempre socio y acompañante; sin esta posibilidad el hombre es solamente un torso, ser fragmentario. Pero incorporar a otro no se fundamenta, como en Binswanger, en un Eros concebido idealmente, sino en el amor como suceso humano concreto. Un tal amor no está en lo nomológico: es primariamente sensorial y orgánico.

El punto central común es quizá el siguiente: recién mediante el encuentro con el semejante y la relación con otros, el hombre puede ascender de la

27 Binswanger, L. *Grundformen und Erkenntnis menschlichen Daseins*. Niehans Verlag, Zürich, 1942.

28 Michel, E. *Der anthropologische Aspekt des Geschlechtlichen*. In “*Ebe*”, Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1948.

pobreza del puro estar presente a la existencia real. Las características realmente humanas no se desarrollan en el trato exclusivo consigo mismo, sino en la vinculación interpersonal: ella es condición de la individuación.

¿No debiera ser esto fundamental siempre y más allá de la relación amorosa y la esfera sexual?

La condición metafísica absoluta de la bipolaridad tuvo antes ya variadas raíces en la historia de la filosofía, que aquí sólo pueden aludirse: de Feuerbach tomó Martín Buber la realidad ontológica de la relación yo-tú. Vio en el “nosotros” el inmediato secreto del corazón (recuérdense sus contribuciones a la revista “*Die Kreatur*”); Víktor von Weizsäcker puso el concepto de bipolaridad en el centro de un ensayo filosófico-antropológico²⁹. Dilthey orientó los conceptos Mundo y Vida a Mundo compartido: “No llevamos sentido del mundo a la vida. Estamos abiertos a la posibilidad que sentido y significado aparezcan en la persona y su historia. Pero no en el individuo aislado sino en el hombre histórico” (esto es, en el ser conjunto). La sociología filosófica y la sociopsicología (Th. Lipps, W. Dilthey, E. Troeltsch, J. Vokelt, sobre todo Max Scheler, por mencionar algunos nombres importantes) han reconocido que sólo la pregunta por la esencia y los fundamentos cognoscitivos de la relación entre humanos –la pregunta sobre la evidencia del tú– puede fundamentar filosóficamente la sociología. Sin duda alguna, se han dicho cosas válidas sobre los principios esenciales y significativos del ser conjunto, pero las preguntas concretas de organización, esto es, las formas de relación y las vinculaciones concretas entre personas, las formas de interacción, actos y resultados, su estructura y significación, por tanto los fundamentos de la sociología en sentido estricto y específicamente antropológico, justamente esto ha sido sólo esporádicamente investigado o usando medios y métodos que ya no se consideran apropiados. Lo que está disponible son investigaciones basadas en las antiguas teorías de proyección y empatía ya no sostenibles, formulaciones erróneas que, por fuerza, aparecen cuando el indi-

29 En “*Seele und Seelenführung*”, Studien des apolog. Seminars, Wernigerode, 1928.

viduo aislado se coloca al comienzo, como si todos esos actos proyectivos no aparecieran en el vacío si no estuviera preformada en forma originaria la relación personal. Las dificultades fundamentales siempre se originaron porque se creyó que debía existir primero un “yo”, cuya comprensión en forma “analógica” permitiría la comprensión de otros.

Han llamado la atención expresamente sobre este prejuicio fundamental y erróneo en primer lugar M. Scheler³⁰ y, tras él, K. Löwith, cuyo libro “El individuo en el papel de prójimo” consideramos el mejor que existe sobre el problema de la bipersonalidad. Con rotunda claridad se pone de manifiesto el malentendido central, en el cual la primacía cartesiana del “yo soy” y “yo pienso” interpreta anticipadamente el yo como autoconciencia abstracta, a la cual se contrapone formalmente entonces la conciencia de objetos. Así, el “mundo” se convierte automáticamente en la suma de los objetos como contraposición formal al sujeto, con lo cual el yo queda asegurado como autónomo y autosuficiente. Para Löwith, en cambio, “mundo” (*Welt*) no es simplemente “mundo circundante” (suma de objetos) (*Umwelt*) sino principalmente “mundo compartido” (*Mitwelt*). Éste tiene preeminencia existencial sobre el *Umwelt* porque la vida primariamente se desenvuelve en él, la persona no hace sus perdurables experiencias vitales en una relación unilateral con las cosas sino en un intercambio con el *Mitwelt* y este encuentro proporciona las experiencias fundamentales³¹. El hombre existe literalmente, en el modo de ser “persona”, desde el fundamento mismo determinado por otros: como yo de un tú, como persona de un prójimo, como consecuencia necesaria de una “vinculación esencial y originaria de todas las personas vivientes a su fundamento metafísico” (como alguna vez se expresó von Weizsäcker). Con todo el apoyo en el método ontológico-

30 Scheler, M. *Wesen und Formen der Sympathie*. Cohen, Bonn, 1923.

31 Necesariamente el análisis de Löwith se orienta en este contexto contra el concepto del “se” (*man*) de Heidegger. El convivir se determina en Heidegger por el se abierto, dentro del cual se descarga el sí mismo (*Selbst*). La posibilidad positiva y central del convivir es ignorada en esta ilícita nivelación de la convivencia. Al ignorarse el Yo y el Tú, la persona ya no es más persona sino simplemente individuo. La primera persona se salva de su pérdida en el “se” no a través de una segunda persona equivalente, sino se aleja de lo público general a través del aislamiento radical, así contrapone yo al se.

fenomenológico de Heidegger, no se trata en Löwith de una filosofía sino de una antropología, porque Löwith –al menos temáticamente– desarrolla y pone en evidencia los fenómenos del ser en conjunto sobre la base de ejemplos concretos de la vida diaria. Volveremos a menudo a él.

Naturalmente, S. Freud y el psicoanálisis pertenecen también a la historia del problema de la bipersonalidad, por el motivo siguiente. La antigua psicología, de cualquier orientación, era una psicología del alma individual. La relación de un investigador con el investigado, la significación práctica y teórica de esta relación bipersonal no fue vista en sí misma y tampoco fue investigada suficientemente su estructura. A la inversa, se reducía la sociopsicología a la importancia del espíritu individual, ocupándose de las masas y los grandes grupos. Falta una teoría ordenadora que no solamente estudie el individuo o la masa, sino tenga por objeto la díada y la tríada como formas personales múltiples en su dinámica propia. En tal contexto, el psicoanálisis esconde tesoros no descubiertos. En lo esencial, ha entendido hace tiempo que el sujeto solamente puede ser entendido como persona entre personas: especialmente en la teoría de la “transferencia” se ve con claridad desde un principio que el individuo se encuentra en una constelación de procesos de constitución y sanación junto con el Otro y, de este modo, en conjunto con él alcanza la individuación. La situación transferencial es además un modelo excelente para seguir la transformación de una relación múltiple diádica en una triádica. Más aún, cuando el psicoanálisis destaca expresamente que el análisis del paciente contiene en su esencia el autoanálisis del terapeuta indica de modo inmediato el problema central de la bipersonalidad, esto es, la crítica de la autonomía del sujeto. De modo consecuente, el desarrollo del psicoanálisis moderno ha llevado a la terapia grupal y a la antropología social (especialmente en los países anglosajones)³².

Cuando en los próximos capítulos se trate de fundamentar una sociología médica desde la esencia y manifestaciones de la bipersonalidad, debería

32 Entre otros, Kardiner, A. *Psychological functions of society*. New York, 1945.

mostrarse en primer lugar qué es la bipersonalidad, qué significa y en qué formas es eficaz. Comenzamos allí donde, en apariencia, tal investigación es inhabitual y difícil: en la fisiología.

Transformada en fisiología, la bipersonalidad significa que los comportamientos humanos –su obrar y dejar de obrar, percibir y sentir– solamente pueden manifestarse por completo en la colaboración con otros. Cualquier concentración en el sujeto aislado contiene de inmediato una exclusión del Otro y representa también en lo fisiológico una fragmentación abstractiva de la persona y sus posibilidades concretas. Por ello parece fructífero analizar funcionalmente la conducta de dos individuos en un trabajo en común.

II. La función psicofísica en la unión laboral de dos colaboradores

La psicofísica del movimiento voluntario y de la percepción se ha concentrado hasta ahora exclusivamente en el sujeto aislado y no ha investigado si la esencia y la configuración de las funciones son diferentes cuando en lugar del individuo se parte de la “sociedad de eficacia” (*Wirksozietät*). Esta limitación de la investigación fisiológica al sujeto individual probablemente ha impedido que exista una sociología médica o una sociopatología autónomas o que no haya una patología propia del trabajo o una fisiología social³³. Si se investiga desde la partida la estructura comunitaria de los comportamientos humanos se plantean necesariamente también preguntas sociales, valóricas y otros problemas de relación en el obrar, en el omitir, en el sentir y en el percibir.

Para hacer evidente el complejo de problemas en su totalidad es necesario desarrollar hechos y conceptos sobre la base de ejemplos concretos. Elegimos para ello el modelo de un trabajo en conjunto:

33 También la llamada “fisiología del trabajo” es solamente una forma especial de la psicología individual, no ha alcanzado la tercera dimensión de lo social psicológico o lo social fisiológico.

“La comprensión de otras personas surge en principio en los intereses de la vida práctica. Aquí dependen los hombres unos de otros y deben hacerse entender para lograr lo que les preocupa en conjunto. Manipulaciones simples, como las de herramientas, por ejemplo el aserrar madera, se hacen comprensibles una vez que se descubre su finalidad”³⁴. En la vida corriente la bipersonalidad se fundamenta menos en una relación personal inmediata entre los participantes que en un compartir mediatizado en el intercambio laboral. En esta comprensión se entienden los partícipes a partir de la finalidad objetiva de su trabajo conjunto. Pero el trabajo no representa solamente la obra o el trabajo por sí mismos sino también su orientación a aquello que logra y que tarde o temprano será útil. Mientras mejor y más conveniente es la cosa más logra establecer finalidades para el hombre: la obra es más “intercambio” (*Umgang*) que “cosa” neutral. Una sierra, un juguete o aparato deportivo, un objeto de uso no constituyen materiales con propia finalidad sino formas de indicación de una utilidad intersubjetiva. Hombre y obra se encuentran por ende en una densa relación.

El citado ejemplo de Dilthey de aserrar madera –se refiere obviamente a la sierra bimanual para árboles– constituye un excelente modelo de trabajo manual en común. Por ello hemos sometido este proceso a un análisis fisiológico, con el fin de obtener una perspectiva sobre el desarrollo de la motricidad, las percepciones de ambos participantes y el resultado conjunto. Además, este modelo nos pareció paradigmático de la estructura general de la colaboración instrumental como, por ejemplo, empujar o arrastrar un carro, transportar una carga; en principio, también para cada forma de coexistencia vinculante en la cual es necesaria una interacción manual como, por ejemplo, en el trabajo de la minería, la cadena de montaje u otras. No se produce una diferencia esencial si se usa como fundamento un dueto, un vals, un juego reglado o, finalmente, cualquier forma

34 Dilthey, W. *Gesammelte Werke VII*. Citado por Löwith.

de interacción entre dos personas³⁵. Constituirían diferencias especiales y en lo concerniente al análisis representarían problemas sólo de acceso metódico. Se alude en lo fundamental a un hacer solidario, significativo y eficaz. Esto significa que pertenece a la “obra” no solamente que dos hagan algo en forma descuidada, sino que se dispongan intensiva y seriamente a un objetivo con significado. Si no se cumple esta condición decae la asociación de trabajo, se destruye la cooperación y se manifiestan encuentros falsos y formas de decadencia.

Lo característico del trabajo conjunto que se investiga se resume en cinco puntos:

1. La colaboración es en principio un hecho dado.

Sin acuerdo especial, sin previa adaptación especialmente diseñada, comienzan ambos colaboradores y se encuentran tras uno o dos movimientos (ocasionalmente de inmediato) en activa colaboración. La imbricación de ambos es un hecho ya reconocible en la raíz del proceso: aunque la finalidad buscada en conjunto se realiza por dos sujetos, es en lo fundamental un proceso unitario.

2. Concordar es meta de valor.

Antes de que los participantes perciban detalles concretos (visibles) se percatan de si la cooperación está o no lograda sobre la base de un componente valórico específico: cada uno siente de modo inmediato el acuerdo armónico o las inadecuaciones no superadas en un nivel en el cual los contenidos perceptibles del obrar aún no precisan ser claros. La directriz de la cooperación no es una “adaptación” recíproca sino la orientación valórica hacia una coincidencia. El lenguaje deportivo tiene aquí la expresión de decir que los participantes están “en forma”; el francés dice “*mis en bien*”

35 Es costumbre en el bosque bávaro (*Bayrischer Wald*) que los novios antes del matrimonio aserren juntos un trozo de madera como símbolo de su futura colaboración y mutua pertenencia.

milieu” a esta orientación hacia una meta unificadora, que no puede ser entendida como adición de la conciencia individual de los partícipes³⁶.

3. La reciprocidad es fundamental para la colaboración.

El participante A no confía simplemente su acción al participante B para que se la apropie, sino actúa anticipando que ella puede retornar a él. Igual ocurre con el participante B. Ninguno puede substraerse a una vinculación de retorno y por su parte estructura esta retroacción. Al operar en conjunto una sierra, toma la iniciativa aquel que se encuentra en el movimiento, se apresura y sobrepasa a su colaborador en el impulso para luego, en la contramanoobra del socio, dejarle a éste el juego. Ahora tiene éste la iniciativa y la preeminencia. Movimiento y presión, cuyas duraciones y magnitudes se turnan, la díada es en el fondo retorno de simetría en un proceso unificador. La conducta es siempre de tal naturaleza que el hacer de uno puede ser recibido por el otro, respondido y apoyado. A esto pertenecen también anticipaciones y superposiciones de un tipo tal que uno “quita al otro la palabra de la boca” y la fija en forma cambiante; lo que A hace por B, lo hace B por A; el juego está para ambos y no entre ambos. El conjunto adquiere el carácter formal de una “responsabilidad” (“co-responsalía”): en lugar de una entrega sin expectativas cuida cada uno en la disposición de su hacer que su conducta comprometa al otro.

4. Los sujetos participantes no son “autónomos”.

Esta forma de trabajar recíprocamente comprometida vale en lo fundamental para la conducta relativa de los participantes, pero no así para las proporciones absolutas de las fuerzas empeñadas por cada uno. Esto indica que el resultado esperado en conjunto es constante, pero uno de los participantes puede rendir un tercio o un cuarto menos que el otro. Ninguno sabe o nota esto; la magnitud de la participación oscila en forma notable,

³⁶ El conocimiento *a priori* de un “nosotros” es probablemente una conciencia de valor en sí mismo, como la vaga conciencia de la existencia de un grupo: “no hay clase sin conciencia de clase”. Véase en la segunda parte “Sociología de la comunidad”.

pero la diferencia es compensada por la contraparte sin notarlo. En ello muéstrase un hecho sorprendente. Si alguien en un trabajo solidario es hacendoso o flojo, apresurado o lento, no puede determinarse solamente en el individuo, sino depende del otro. La moral del trabajo, el temperamento y la forma de reaccionar no son constantes individuales sino propiedades decididas por ambos colaboradores. Ocurre como en el diálogo verbal: si alguien es locuaz o el lenguaje le abandona es en buena medida cosa del interlocutor; y las ocurrencias de uno también dependen de que el otro reaccione a ellas.

5. La solidaridad se basa en la autoocultación.

En la realización de una colaboración exitosa desaparecen en cierta medida los participantes: ninguno puede separarse del otro, cada uno es miembro de una comunidad de tarea y juega un papel. Objetivamente puede uno dirigir, pero no lo sabe ni lo nota; concretamente uno es el guiado, mas tiene por propio el accionar del otro. Por eso lo escogido, realizado y sentido siempre es algo propio³⁷.

Incluso si A deliberadamente modifica su contribución al trabajo, lo compensa B en forma espontánea e inobservable. Cada uno se siente libre y autónomo en el plano de la colaboración y esto más incluso en la medida en que más se liga al otro. Recién cuando falla el trabajo, en groseros intentos de perturbación, se nota al interlocutor al precio de sacrificar la finalidad del trabajo. Por ello no es necesario ni determinable separar a los colaboradores en realización ni en el resultado.

El entramado en la sociedad se oculta por sí mismo. Precisamente cuando ambos participantes en la culminación del trabajo en común se experimentan a sí mismos como enteramente autónomos, muestra el análisis que ambos se encuentran ligados por fuerte vinculación. La vivencia de

³⁷ Aquí radica por lo demás el peligro del “contagio”, que el colaborador considere como originalmente propias las vivencias inducidas por su semejante y no esté consciente de la influencia inducida. Este hecho es la fuente de fenómenos propios de la psicología de las masas.

la libre autonomía se obtiene sólo cuando se alcanza objetivamente la reciprocidad en el hacer. Por ello, la autonomía subjetiva del individuo se corresponde con aquella que entrega al otro y que éste acepta positivamente. Por otra parte, esta autonomía libre del individuo descansa en un engaño conjunto (más precisamente: en una relación complementaria parcialmente oculta)³⁸.

De lo anterior se sigue:

- 1) El vivenciar consciente (desear consciente, percepción, etc.) no constituye fundamento de la coherencia interpersonal. Pues aun cuando la incorporación a la sociedad permanezca oculta al individuo, aunque no por ello sea menos total objetivamente, esta autoocultación es un factor real de la dinámica relacional.
- 2) Mientras más solidario el proceso, más autónomo se vivencia cada uno. La tendencia a permitir al otro actuar tan libremente como uno se basa en la forma de mutuo respeto por la liberalidad –supone ya de hecho la comunidad. Se entiende así el hecho notable de que, en la colaboración, siempre alguno dirige y otro sigue voluntariamente, sin que esta relación de prioridad sea consciente o deliberada. Tal prioridad se da sola y no puede ser fabricada o intentada. Cuando ello ocurre intencionadamente se destruye la asociación de un modo característico.

Tampoco las percepciones de los participantes durante el trabajo conjunto son generadas sólo por un individuo sino en conjunto. Este paradójico hecho puede explicarse de la siguiente manera: pongamos por caso que en el curso de la colaboración uno de los participantes reduce secretamente su contribución. Ante una reducción parcial el otro participante la compensa espontánea e inconscientemente. Si se comporta por completo pasivo y elimina su contribución, el contrario fortalece su actividad en una proporción no mayor a la que se produce en caso de una compensación no

38 Relaciónese esto con la transferencia y la contratransferencia en el psicoanálisis.

percibida. A pesar de ello nota que el colaborador falta. Su propio empleo de fuerza ha quedado sin cambio. El implicado no debería notar diferencias entre ambas situaciones. Objetivamente, sin embargo, se ha reducido a la mitad la fuerza resultante ante la ausencia del colaborador y, sobre esta base, surge la percepción “está más pesado”, “falta el otro”. Esta resultante, sin embargo, es una magnitud alcanzada en conjunto. De allí se infiere que la percepción de los participantes se configura no en el sujeto aislado sino en ambos conjuntamente.

Si se consideran en su conjunto los resultados del análisis de una colaboración típica entre dos individuos, resumidos en cinco aspectos, los siguientes puntos de vista para comprender la bipersonalidad son de interés.

El intercambio interpersonal no resulta de funciones conscientes, procesos voluntarios, sensaciones o simpatías del individuo aislado sino, inversamente, éste se conceptúa, desea y reconoce en el intercambio.

El sujeto aislado es inestable y plástico, ya que se concreta en conjunto con otro. Como esto acontece en una parcial autoocultación, no se superponen las determinaciones de la subjetividad con las de la “persona” ya que, de hecho, puede otro reconocer mejor que yo mismo mi influencia en un trabajo y puede contribuir en ciertas condiciones con mayor energía a ella.

Hemos dicho: como sujeto no se es autónomo en la relación colaborativa al segregarse del Otro, sino cuando cada uno se determina completamente en el Otro. Este punto de vista es importante ya que también es demostrable mediante una distinción fenomenológica sutil pero clara.

Si se aleja un participante (en caso extremo, si suspende secretamente su trabajo) se genera en la contraparte una conciencia positiva de vacío, pues realiza un acto al cual falta un acto complementario, esto es, un acto que con éste formaría una unidad de sentido. Es evidente de modo súbito que el Otro está presente, se le vivencia positivamente en su ausencia. Este saber sobre el socio se verifica, sin embargo, en un plano completamente distinto de aquel del observar y percibir objetivo y cosificador. Las perso-

nas no se encuentran y se comprueban (como en la percepción de objetos) sino que se sienten. Soy porque el Otro completa mi determinación en la cosa y colabora eficazmente.

En la colaboración no se “percibe” al colaborador en forma aversiva (como límite y objeto) sino en el modo transparente de la completación como colaboración, acción conjunta, ser en común. Los sujetos no se experimentan como expuestos (“ónticamente”) sino como personas complementarias necesarias, esto es, en el modo de su existencia “pática” como opuesta al modo de ser “óntico” (von Weizsäcker, “*Anonyma*”, Francke, Bern, 1946). El Otro no es extraño (experimentado fenoménicamente como restricción de mi autonomía) sino reconocido en su presencia como socio, co-realizador y co-ejecutor. Este plano de relaciones pertenece de alguna manera al conjunto del psiquismo, pero sólo en parte es objetivable.

Esta vivencia del hacer conjunto, realizar conjunto, ser conjunto está allende los límites de la psicología objetivante, pero no por eso es menos un hecho fenomenológicamente determinable cuando se estudian las expresiones vivenciales de los sujetos experimentales y en la autoexperimentación³⁹.

El significado subyacente a co-laborador, co-realizador, co-conocedor es el encuentro relacional en la congenialidad. Se puede formular así: el colaborador no es un doble, es no separable pero sí distinguible de mí. Se determina así la subjetividad diversa de los socios en la preexistencia de la dualidad, ya que toda posible diferenciación se realiza dentro de la solidaridad.

39 Tal vez Sartre considera un fundamento “pático” cuando sobre la pregunta de la autonomía del sujeto adopta un punto de vista anticartesiano y antikantiano, y comprueba: “Para experimentar cualquier verdad sobre mí mismo debo pasar a través de los otros. El otro es indispensable en mi existencia tanto como es indispensable el conocimiento que tengo de mí mismo. Bajo estas condiciones manifiesta el descubrimiento de mi interioridad al mismo tiempo al Otro, como una libertad que se me enfrenta, para o contra mí. Con ello descubrimos un mundo que deseamos llamar intersubjetividad y en el cual decide el hombre qué es y qué es el Otro” (Sartre, “Es el existencialismo un humanismo?”, Zürich, 1947).

El modelo del trabajo manual conjunto genera fácilmente la impresión de que podemos obtener, aunque precisos, solamente datos fisiológicos y experimentales. Quizá las formulaciones así obtenidas parecen como preconcepciones que podrían ser fundamentadas en otro objeto de estudio. Para ello escogemos los fenómenos bipersonales del lenguaje en la forma especial del diálogo.

III. La bipersonalidad del lenguaje

Nada contradice de modo más evidente el error de que al principio debe existir el propio yo para luego –por analogía, proyección, etc.– entender a un extraño que los hechos concretos y fenomenológicos del lenguaje. En cada diálogo serio pensamos “nuestros” pensamientos junto con los del interlocutor; precisamente, este pensamiento, a partir de la retroalimentación del mundo vivencial del Otro, incluye a éste *a priori*, esto es, presupone la bipersonalidad. Considérese la forma especial del diálogo, con la inclusión de todos los contenidos noéticos, psicológicos, racionales, emocionales etc., tal como se presentan en la psicoterapia, y nada es más evidente que, en tanto nos apropiamos del mundo del Otro, lo propio y lo ajeno quedan al principio indefinidos y se requiere un acto independiente para separar el yo de los otros⁴⁰. En todo caso, fenomenológicamente, en el diálogo no se da ni se requiere una separación entre los interlocutores.

Al considerar la estructura del diálogo verbal es evidente la analogía con la asociación de trabajo.

Si discuten dos personas sobre un tema (piénsese en el diálogo socrático como medio de esclarecimiento) se desarrolla un habla de intercambio, esto es, el tema se desarrolla en anticipación y recolección. En dar y tomar se da la dualidad de la dirección recíproca en una unidad personal. Allí se superponen los interlocutores de tal modo que el material no dicho aún pero significativo y abierto es tomado por el Otro y continuado, o bien

⁴⁰ Véase al respecto lo que dice Scheler en “*Wesen und Formen der Sympathie*”, 2ª. Edición, Bonn, 1923 (págs. 289 y siguientes).

vuelto a enviar. En la interpelación yace la anticipación de una posible y concreta respuesta. El momento relacional de la reciprocidad está dado de antemano en el lenguaje. Ambos están imbricados pero una simetría total, absoluta y precisa sería un puro cambio de palabras y no diálogo. El intercambio no debe ser absolutizado al precio del diálogo serio, ya que el conjunto de las acciones pertenecen constitutivamente a la asociación.

Lo que uno produce depende fuertemente del interlocutor, y se destruye el diálogo auténtico con el dejarse llevar o con la autorreferencia. El diálogo depende además de la mantención del tema, aquello de que se trata. Un tema plano no permitirá surgir un diálogo verdadero, al igual que una tarea irrelevante no permitirá el trabajo solidario.

Se observa que la analogía con el trabajo conjunto es demostrable en muchos aspectos. Incluso esa característica de la asociación tiene validez, en el sentido de que, mientras más fluido el proceso, más olvidan los dialogantes su propia subjetividad, se concentran en la cosa misma y aprenden de las fallas sobre cómo el verdadero diálogo puede ser sentido y personal, de modo que al final lo instrumental del lenguaje puede quedar en el trasfondo y bastan palabras clave e indicaciones. El diálogo se convierte así en un vínculo de silencios más que de expresiones.

Por ende, el momento relacional bipersonal está dado de antemano en el lenguaje, es explicación de la “nostridad” y no la constituye recién al hablar. Ninguno de los interlocutores está encerrado en sí mismo y habla limpiamente desde sí mismo, sino le habla al otro escuchando y esperando su réplica.

En el diálogo puede haber énfasis en la distribución de tareas igual que en la bipersonalidad del trabajo. En el trabajo o el juego hace diferencia si dos personas mediante algo se influyen mutuamente o si ambas actúan sobre una cosa. Este desplazamiento del acento también se muestra en el lenguaje. En el diálogo objetivo desaparecen los interlocutores tras la cosa; el más notable contrario es el lenguaje amoroso que, en tanto puro deseo

de relación, no se orienta a la comunicación sino al comunicarse. Nada es más característico para esta significación “alógica” del lenguaje que contenido y mantención del habla sean irrelevantes en tal “*discours du coeur*”, de modo que aparece limpiamente la sobreabundancia comunicativa del lenguaje. Atractivo y comunicativo es el lenguaje “hermenéutico” de los niños, el consejo del médico, el “*small talk*” del salón –todas formas expresivas en cada una de las cuales se manifiesta en el lenguaje una forma especial de la interacción bipersonal.

En la asociación laboral existe diferencia si alguien (o algo) se expresa deliberadamente o si lo hace en forma involuntaria. En especial el “valor” –aquella culminación de la colaboración valiosa– es una vivencia de plenitud que de modo natural surge por sí misma, no es planeada ni fabricada. Aún más claramente se muestra esto en el lenguaje, que a veces desdibuja la claridad cuando de manera deliberada la busca. La mejor comunicación es, por eso, menos la deseada que la simpatética, autóctona, obvia. Se origina así la suposición de que realmente debajo de su objetividad, en cierta forma subterránea, desarrolla su capacidad de expresión pática a través de la forma y del habla.

IV. La estructura formal del encuentro bipersonal

Los modelos discutidos (unión de trabajo de dos participantes y lenguaje) constituyen el material concreto mediante el cual debe poder derivarse la conceptualización específica de la bipersonalidad. Sería por tanto injustificado el reproche de abstracción. El tipo y forma del análisis se basan en lo principal en Kart Löwith, con la diferencia de que nada se aceptará sin que haya sido observado en la conducta real y haya sido presentado ya en el apartado III.

La estructura de una relación bipersonal es triple:

1. La relación con el otro participante (*Mitwelt*)
2. La relación con la cosa (*Umwelt*)
3. La relación consigo mismo (Yo-Sujeto)

El “para qué” de la relación puede tener acentuaciones en cada caso concreto; su triple carácter sin embargo no puede ser eliminado, a menos que desee pagarse el precio de una destrucción de la relación bipersonal.

La vinculación tripartita no está sobre ni subordinada sino coordinada en forma correlativa. Formalmente se manifiesta así:

1. comportándose en relación con el asociado se realiza algo;
2. comportándose objetivamente se relaciona uno con alguien (la ocupación impide que el estar juntos se independice, ya sea hacia una unificación o hacia un modo vacío de relación. El concreto para qué separa y cohesiona a los asociados al mismo tiempo);
3. comportándose en relación consigo mismo se es independiente, en la medida en que se realiza algo en contexto con el otro en una relación de reciprocidad.

Antes de otras consideraciones deben aclararse conceptualmente los conceptos “contexto” (*Zusammenhang*), “relación” (*Verhältnis*) y “recíproco” (*gegenseitig*).

El sentido formal de yo “y” el otro es de antemano no un acoplamiento con el contenido lógico de una unión sino desarrollo de una “coordinación” o “ilación” originaria.

Formalmente existe entre los asociados una coordinación contextualizada, pero ésta fue determinada ya como una relación. Toda relación se da en una coordinación, mas no toda coordinación es una relación.

Una coordinación o contexto puede producirse por azar o estar determinada objetivamente. Las piedras de un muro no sólo están vinculadas, sino relacionadas una con otra en el muro. Cada piedra refiere a las otras, cumple una función con relación a la piedra vecina. Existe entre ellas una relación y una relación con la totalidad del muro.

Las relaciones pueden ser unilaterales o bilaterales (el marco está relacionado unilateralmente con el cuadro, ya que lo inverso tiene significado oscu-

ro “cuadro de marco”. Las relaciones recíprocas serían determinaciones en que uno de los constituyentes refiere necesariamente al otro, por ejemplo, la llave y la cerradura se comportan en forma correlativa).

Existen por ende coordinaciones bilaterales que, sin embargo, no puede decirse que sean una relación. La diferencia consiste en lo siguiente.

La llave se comporta con la cerradura como algo con algo. Y como un algo fundamentalmente sólo se relaciona con y no “se” comporta; se encuentran algo con algo solamente en una relación de correlación pero no se comportan recíprocamente.

Se comporta sin embargo una madre en relación con su hijo o yo con relación a una cosa. En este caso, una persona se comporta frente a otra o frente a una cosa. La esencia de esta diferencia es la posibilidad del comportamiento adecuado. “Yo” en relación con “algo” (cosa) es relación unilateral (aunque la cosa esté en relación conmigo no se comporta con relación a mí). “Yo” en relación con “Otro” contiene la posibilidad de la respuesta, por tanto la reciprocidad de la relación.

Scheler indica en este contexto que la relación entre personas, en contraposición a la relación con el ser inerte, se fundamenta o no en una apreciación de ambos lados, hacerse notar y darse a conocer. Las personas pueden callar y ocultar sus pensamientos. Y eso es algo distinto que simplemente no hablar. Es conducta activa mediante la cual pueden ocultar sus caracteres a cualquier forma de reconocimiento espontáneo. La naturaleza en su conjunto en cambio no puede “callar”⁴¹.

Relaciones de recíproca relación hay solamente entre personas y, como la persona en sí misma es relación, contiene en forma fundamental la reciprocidad. El sujeto aislado contiene la reciprocidad sólo como posibilidad, esto es, poder ser persona frente al otro; como puro individuo desprecia esta posibilidad y se convierte en abstracción u objeto inanimado.

41 Véase M. Scheler en “*Wesen und Formen der Sympathie*”.

Sería un error de principio, tras la relación entre dos personas, buscar una relación sujeto-objeto personificada, porque si cosifico al otro someto la definición fundamental de la reciprocidad en el encuentro interpersonal y un sujeto así sometido sería entonces cosa muerta o pura abstracción⁴².

La reciprocidad en la relación interpersonal se funda sobre el estar para otro. En él se comportan ambos asociados uno en relación con el otro, correflexivamente activa y unitariamente.

Llamamos a esto “solidaridad”. El sentido concreto de este concepto se hace evidente cuando, por ejemplo, uno usa al otro como o para algo (por tanto abusa), porque de inmediato la relación de ambos se sitúa fuera de la posibilidad de autocomportarse en un “para otro” solidario⁴³.

Como en la relación solidaria cada uno puede comportarse, puede abrirse o cerrarse al encuentro. Si golpeo una piedra, ésta no tiene tal libertad. A partir de la reciprocidad fundamental de la relación se sigue también que la libertad, en el sentido del estar para otro, procede de ambos, esto es, no puede ser generada unilateralmente⁴⁴.

La auténtica bipersonalidad significa la libre correflexividad de los asociados en el trato mutuo. Como cada uno se vivencia autónomo (y no como doble del Otro), pero no por ello está menos determinado por el Otro; sentido y conducta de cada uno tienen doble significado: si hago algo lo hago para mí pero –al menos en forma ejemplar– también para el Otro. En el trabajo conjunto se me confía la forma y el estilo de mi actividad,

42 Al “*cogito ergo sum*”, como conciencia propia abstracta, se opone una conciencia opuesta de las cosas. El entorno aparece *eo ipso* objetivo y como este par objeto-sujeto se define en abstracto, el otro se convierte también en abstracción.

43 Sobre el concepto de solidaridad y las formas de su abuso véase el capítulo V y el ensayo “*Euthanasie und Menschenversuche*” de Viktor von Weizsäcker, 1947.

44 Por mi propia libertad debo desear yo la del otro. “No porque para mí sea ventajoso dejo al otro su autonomía (ello sería una liberación del otro determinada negativamente), sino que éste debe ser positivamente libre en una relación equitativa. Esta reciprocidad de la entrega es presupuesta por la bipersonalidad (véanse en este contexto los argumentos de Löwith contra la “ambigüedad de la entrega”, en “*Sein und Zeit*” de Heidegger).

no necesito fisgonear al Otro y, a pesar de ello, lo asocio paso a paso. Se muestra así una notable dialéctica en la relación personal.

(1) El uno busca, especialmente en las relaciones neuróticas, expresarse más en el otro que en sí mismo: el malhumor propio se determina en el enojo del otro; en el reconocimiento y la alabanza del asistente se reencontra por ejemplo el jefe. Si desconfío, confío a otro algo con reservas, pongo al otro en sospecha anticipada. Desde Nietzsche y el psicoanálisis conocemos la relatividad de la moral: “uno va hacia otro porque desea ganarse, otro porque desea perderse” (Nietzsche). Se enseña a otros para tener uno mismo claridad sobre algo. Este principio general, dialéctico, se hace más evidente si

(2) se reflexiona en la dualidad de la persona desde el principio. Por ejemplo, en el experimento básico del trabajo en común el asociado se comporta desde el comienzo de tal forma que la posible respuesta del otro determina por anticipado su propio hacer. Si uno de los participantes quiere perturbar, ello no es tan simple. Al investigar las causas se ve que al que trata de perturbar le es difícil salirse de su papel porque inconscientemente ha anticipado la respuesta del otro –en síntesis, en realidad no molesta. La retroalimentación esperada y no expresada del otro sobre el propio hacer motiva la tendencia de evitarla. La dualidad de la propia conducta es de tal modo refleja que, en la intención de perturbar, al anticipar la reacción del otro me comporto de una manera distinta a como realmente quiero y he intentado. La lógica paradójica de esta conducta se fundamenta en la dualidad bipersonal del ser sujeto. Otro ejemplo: durante una discusión animada o dura entre dos oponentes, uno de ellos se dirige al otro de tal modo que anticipa algunas respuestas –le saca el viento a las velas, en cierta forma. A la inversa, el interpelado responde anticipando posibles respuestas y puede de esa manera llegarse a un cambio de frentes, de modo que se intercambien las posiciones y, al final, cada uno luce con los argumentos del oponente. En el diálogo “sofístico”, “pedagógico” o “jurídico” puede desarrollarse esta posibilidad como método e imponer determinadas intenciones.

(3) La dialéctica de la relación personal se continúa finalmente más allá de la dualidad: si se amplía el círculo de personas, con la multiplicación de los miembros aparecen nuevas relaciones personales. En el trato entre tres personas se desarrolla un tipo de relación tal que una asume la dirección y entran los otros dos en una relación de subordinación. No sólo eso sería notable, sino que ahora los dos que son conducidos se conducen solidariamente contra el tercero, según la ley conocida de que la antipatía común contra un tercero fortalece la simpatía mutua. Que uno se destaque (alabanza, privilegios, distinciones) convierte a los rezagados *eo ipso* en solidarios en su minusvalía. Se genera, por tanto, una doble relación interpersonal: por una parte, una relación de acuerdo entre ellos y de desacuerdo respecto del tercero. El resentimiento contra el primero de la clase produce necesariamente la solidaridad de los otros contra él.

Interrumpimos acá y concluimos el análisis formal de la bipersonalidad en el próximo apartado. Se dijo ya en la introducción que, en lo esencial, la dinámica bipersonal se puede pensar solamente desde el “límite”, esto es, en la crisis y la mutación. Pero interesan de modo especial las formas de destrucción de la asociación.

V. Formas de destrucción de la asociación

Terminología:

Bajo “encuentros aparentes” entendemos relaciones anómalas en la bipersonalidad, por ejemplo, que un encuentro auténtico se establece imperfectamente o su realización se obstaculiza. Formas de aplanamiento en un trato diletantesco, relaciones empobrecidas por un jugueteo no serio o fascinaciones desprovistas de significado.

Bajo “destrucción de la asociación” entendemos formas de decaimiento de un tipo tal que, por alguna circunstancia interna, una comunidad real se hace vulnerable y caduca en la desvinculación de los participantes.

Decimos intencionadamente caducar y no destruir, ya que está en el concepto de la bipersonalidad que también estas formas de destrucción nunca llevan a una interrupción de la relación con el mundo compartido. Incluso cuando el individuo se comporta de forma en extremo privada aparece a lo sumo en el modo de “no relación”, pero no sin relación, ya que tal individuo solamente se puede manifestar en la medida en que se afirma contra la comunidad. Por ende, no puede excluirse de la relación bipersonal. Los conceptos “relación inadecuada”, “ausencia de relación”, “sin relación” como modos del ser sujeto se usan con una cierta precisión. Así, el encuentro aparente es una genuina desvinculación de los participantes; la forma de caducidad una no vinculación; el modo del individuo aislado una ausencia de la relación.

Encuentros aparentes (fingidos)

El análisis del experimento fundamental (capítulo II) indicó que en un compromiso insincero de los participantes o en el trato diletantesco es incompleto el socorro mutuo. Las fuerzas dirigidas contra los asociados se incrementan internamente. El conjunto se desordena de manera concreta y al final se hace insuficiente. Por otra parte, se incrementa esta actividad improductiva entre los participantes en la medida en que la tarea a acometer, el trabajo en conjunto, se hace menos productivo (incluso si ambos se “esfuerzan”). Esta relación entre “actividad” y magnitud del trabajo conjunto permite suponer que una colaboración correcta sólo es posible cuando la tarea propuesta es seria y de importancia. La cooperación se aplana en una tarea insignificante. De allí se sigue que un hacer en serio y una tarea en serio son preconditiones de la colaboración solidaria; la sociedad se arruina cuando dos personas en conjunto hacen algo carente de importancia o lo realizan sólo “al pasar”. La asociación es entonces falsa, un encuentro aparente, una ocupación vacía.

En este contexto se ofrecen fácilmente comparaciones. Formas análogas de descomposición son, entre otros, el diálogo banal de la mesa de amigos, la pobreza relacional de ciertos juegos sociales, el juego perdido de un en-

cuentro sexual inmaduro. Es por demás una observación de la psicología grupal que las tensiones interpersonales aumentan en la medida en que se atrofia la tarea común. La realidad de una asociación está en lo fundamental establecida en estos ejemplos, pero queda sin madurar en una relación inadecuada. Este concepto adquiere en este contexto una significación precisa en la forma y en el contenido. No se trata de que el aplanamiento de una relación sea atribuible al fracaso unilateral de un asociado. Incluso, por la naturaleza de la relación interpersonal, cuando alguno expresamente se manifiesta indeciso o carece de algo también el otro es corresponsable. Como son ambos sujetos sólo en dependencia del otro, la deficiente apertura de uno es por fuerza indecisión del otro.

En el trato de los sanos con los enfermos se mostrará luego que, por ejemplo, en la colaboración de personas sanas con sujetos con alteraciones del movimiento se pueden lograr rendimientos valiosos. El análisis muestra que el sano no simplemente conduce al enfermo sino que desarrolla insospechadas capacidades para interactuar productivamente con el enfermo. Justamente esta capacidad se manifestará sólo en el trato con el enfermo.

Formas de declinación de la asociación

Según los comentarios del capítulo IV existe una triple posibilidad de destrucción.

1. Independización de uno de los participantes. Ya que se puede modificar la forma o el contenido de un modo de relación, se bifurca en un cambio formal o de contenido de la relación.
2. La relación vinculante de los asociados puede hacerse autónoma como tal y rigidizarse en pura formalidad (un juego de tenis que se convierte en puro intercambio de pelotas no es juego, un parloteo no es conversación).
3. La asociación se desnaturaliza cuando sus miembros se involucran en una unificación sin diferencias.

Cada una de estas posibilidades tiene aspecto característico.

La primera, independización de un asociado en el seno de la bipersonalidad. La total autonomía de un participante es siempre un estado paradójico; como no puede darse objetivamente una autonomía genuina, debe ser lograda a partir del vínculo bipersonal y es, por tanto, oposición. El niño conquista su independencia del vínculo parental; en la asociación laboral se hace “independiente” uno de los asociados en la medida en que se opone. La iniciativa para retirarse es siempre más difícil que el ingreso a una relación vinculante. Éste es en lo fundamental un “dejarse llevar” y una confirmación de un ser en común ya dado, en tanto la salida exige la fuerza de una explícita tendencia antagónica. Consideremos algunos ejemplos.

En el trato habitual de trabajo entre dos participantes tiene uno de ellos la dirección sin que se note. Se da por sí misma sin elección o intención de los asociados. La iniciativa no ha estado orientada a oposición o a obediencia, por ende es aceptada y retribuida espontáneamente. Cualquier intervención sobre la dirección por imperativo del tiempo, de la fuerza o del camino destruye el proceso laboral; la perturbación se experimenta como tal y degenera el trabajo. Cualquier deseo deliberado de querer conducir (o negativamente: cualquier resistencia pasiva voluntaria) determina de inmediato una terminación de la asociación que lleva a una posición de unilateralidad. El así llamado activismo se incrementa y quien lo causa aparece en la vivencia en forma casi objetiva. Junto con la degeneración de la asociación se transforma el carácter fenomenológico de la vivencia interpersonal recíproca. El modo “pático” de existencia (con su evidencia específica del otro como co-realizador y colaborador) se convierte en la apariencia percibida a la distancia, neutral y objetiva. Describe este cambio una mutación del carácter valórico del Otro. De una diferenciación de equivalencias, por ser mi semejante, se llega a un objeto personificado equitativo. Nos interesa en este contexto la diferencia principal en la percepción de la persona. Si se desrealiza la asociación por la obstrucción de uno de los miembros, acontece la presentación del otro no en la esfera de lo pático específicamente no objetivable, sino se considera al otro en cierta

forma como “individuo”, esto es, se le cosifica como objeto personificado. La diferenciación subjetiva no acontece ya más dentro de la dualidad (“entre nos”) sino entre “yo” y “aquel”. La secularización de los sujetos acontece luego de la destrucción de la asociación de una manera novedosa: si bien se terminan las comunidades, de modo tal que continúa la relación original, adquiere la “individuación” de los asociados, por la privación y la oposición, un carácter fenomenológico especial. En modo alguno los individuos que se separan recaen en una desvinculación dispersa⁴⁵.

En la forma de destrucción descrita se ha desplazado la relación de trato de los asociados, de modo tal que uno de ambos trató de dictar la forma del trabajo (tempo, método, fuerza). Otra forma de descomposición de la asociación aparece cuando se modifica unilateralmente no la forma de la participación sino el contenido objetivo de las relaciones de trato. Si uno involucra secretamente al otro en una diferente relación laboral (en lugar de orientarse a la meta común), abusa de él (como medio) para un fin. Aparece una relación de asociación falsa o un comportarse no solidario. En la práctica esto lleva a un decaimiento del trabajo en común natural. Basta que, al tratar en conjunto con una herramienta, se haga observar ésta al otro en lugar de dirigirse a la cosa para perturbar el conjunto. Cuando el semejante es mediatizado como herramienta y ambos se desentienden de la meta aparece una falta de acuerdo sobre el cambio de contenido de la relación que lleva necesariamente a una secularización de los sujetos. La bipersonalidad se reconstituye en un nuevo plano o en otro contexto.

También aquí se manifiestan ejemplos de la vida diaria, del lenguaje, de la relación entre géneros. Todos los encuentros con reservas y segundas intenciones, todas las transformaciones unilaterales de la asociación en pura objetivación del otro (con todas las variedades del narcisismo) desva-

45 Se pudo observar entre los prisioneros de guerra de los soviéticos que, bajo la influencia del hambre y del alambre de púas, el individuo se vuelve egoísta, de modo tal que sólo puede comportarse rechazando al grupo. Esta autocracia del individuo adquiere un tinte especial (véase Schilling, “*Selbstbeobachtungen im Hungerzustand*”, Beiträge zur allgemeinen Medizin, Heft 6, Enke, Stuttgart, 1948).

lorizan la bipersonalidad, se destruye de inmediato la transparencia de las personas y dejan distantes a sujetos autonomizados.

Sobre 2. La autonomía del encuentro relacional.

Es teóricamente concebible que el modo de relacionarse de dos personas adquiriera el carácter de una institución autorreferente. Cuando por ejemplo en el diálogo el lenguaje se convierte en simple intercambio de palabras y se produce en realidad nada, se comportan los interlocutores en completa simetría en el toma y daca del vacío hablar, la relación se absolutiza y se hace estéril. El lenguaje se agota en puro cambio de palabras y vuelve sobre sí mismo en forma improductiva. O como en el tenis: una reciprocidad ideal generaría un intercambio de pelotas estéril pero no un juego que esencialmente consiste en que gane un jugador y pierda el otro. Sobre la simple relación, pertenece a la esencia de la bipersonalidad el traerse recíprocamente a validez, de otro modo esta relación se revuelve en sí misma en el vacío y se desnaturaliza en la medida en que se autonomiza. Si en el trabajo en común ya no se distinguiera en quién radica la iniciativa, sino que cada uno se orientara por el otro y a la inversa, se mantendría el trabajo en común no por las personas sino por la autonomía del encuentro (piénsese por ejemplo en la conversación de la mesa de amigos, que se mantiene sólo por el parloteo). En el trabajo natural orientado a resultados no se demuestra nunca tal autonomía del modo de relación⁴⁶. Uno de los participantes tiene siempre la iniciativa, “dirige” y es en tanto director aceptado. Se comprueba esta relación recíproca a través de la dominancia solamente en el análisis posterior y entonces se comprueba que uno es siempre centro de acción pero solamente puede dirigir en la medida en que el otro pueda comportarse complementariamente. Esto significa que sin solidaridad es nada y tampoco puede forzar esta dirección, quererla y buscarla por sí mismo. Porque ella existe solamente cuando se acepta espontáneamente por el asociado.

⁴⁶ Una simetría absoluta del comportamiento no hemos encontrado nunca en el análisis; parece como si el precio a pagar por una colaboración real exigiera reprimir esta relación en forma instintiva.

Sobre 3. La falta de distancia (desdiferenciación de la relación entre personas en la unificación).

Cuando dos personas trabajan armónicamente ninguna tiene la sensación de actuar contra la otra, ambas actúan de consuno sobre la cosa. No obstante, el análisis muestra que alrededor de un quinto del impulso aplicado se utiliza en contra. Si dos mueven una masa inerte entre uno y otro, la sensación de actuar contra el otro es más notoria que en condiciones de fuerzas de fricción (por ejemplo, aserrar un árbol), aunque objetivamente se empleen menos fuerzas. Como tercer caso se puede imaginar un puro manoteo (pelea en el ring) en el cual ambos asociados orientan las fuerzas contrarias en forma directa.

En esta enumeración la distancia interpersonal es gradualmente diferente pero nunca cesa; en la inmediatez del intercambio manual puede incluso ser mayor, como en la gesticulación a una cierta distancia. Lo que aquí se entiende por “distancia” se comprende a partir del ser relacional de la asociación. Estar en relación significa encontrarse pero también no perderse en la unión. Por lo regular, está objetivamente fundamentada la posibilidad de encontrar asidero en la relación interpersonal pero, al mismo tiempo, mantener la autonomía subjetiva: la tarea en común une y separa al mismo tiempo. Con el aplanamiento de la tarea o la falta de seriedad y ambigua regularidad del acto palidece la autenticidad del encuentro y se empuja a los participantes a la desdiferenciación masificadora. En lugar de una unión en la diferencia aparece una masificación indiferenciada⁴⁷. La degeneración extrema de la relación personal sería el vértigo indiferenciado en el que el individuo se pierde por completo en la masa, por ejemplo, en identificaciones orgiásticas, conductas comunitarias por contagio sentimental, etc. Pertenece al vals bien bailado que si bien funde armónicamente a los danzantes esta fusión no puede tomarse literalmente. La total entrega mutua destruye de nuevo la armonía del baile. El arte consiste

⁴⁷ Tal es el sentido cuando se dice que alguien carece de tacto, cuando vulnera las formas habituales de la cortesía. El concepto de “falta de tacto” capta eso, la falta de reglas en la relación personal hace perder distancia.

precisamente en mantener el medio entre la incongruencia por una parte y la congruencia sin diferenciación por otra.

La destrucción de la relación personal en la masificación de los participantes muestra claramente que aquí se encuentra una diametral contraposición con la verdadera bipersonalidad: la dinámica de una sociedad sana no puede derivarse de una consideración de psicología de masas oculta o posiblemente debilitada. Scheler ha mostrado que todos los fenómenos de “contagio ciego” constituyen lo opuesto de un “comprenderse” bipersonal, como se muestran por ejemplo en las acciones de rebaños y masas. Mientras menos participe el acto genuino del “ser en relación”, más subyace a una actividad común el peligro del contagio. En realidad, en una acumulación notablemente forzada y mecánica: las reacciones generadas por ciego contagio contagian a su vez por mediación de expresión e imitación, de modo que también el sentimiento contagioso crece; es por ende el proceso mismo del contagio el que se desmarca de toda meta e intención. En ello radica el notable automatismo cuya potenciación mecánica y reglada como un reflejo en cadena hacen añorar el contenido específico y “personal” de una genuina bipersonalidad (Nietzsche habla en el “Anticristo” del instinto contagioso-depresivo como un “multiplicador” de la miseria). Contagio de sentimientos, identificación con lo ajeno en el sentido de la psicología de masas, tales fenómenos aparecen precisamente al evaporarse la bipersonalidad. Los criterios fenomenológicos importantes de la bipersonalidad –el modo pático de la simpatía del hacer-con, actuar-con, sufrir-con– suponen centros personales muy resistentes contra la psiquis masiva que, por su parte, fundamentan el poder estar en relación. La dualidad bipersonal es precisamente lo contrario de una “masa de dos” (Freud)⁴⁸.

Puede naturalmente ocurrir que tal desdiferenciación de la relación personal sea buscada en sí misma. En cualquier celebración se arriesga la genuina bipersonalidad en aras del ritmo propio de la unificación, pero en la

⁴⁸ En las auténticas “compenetraciones” de la mística específicamente religiosa advierten los expertos que la “*unio mystica*” mantiene expresamente la distancia intencional del *Dasein* (Scheler) a Dios y lleva a lo sumo a una unificación inadecuada.

medida en que ello es deseado y buscado, se llega a lo sumo a una desdiferenciación de la bipersonalidad pero nunca a una total fusión en la masa. Sólo inconscientemente en la histeria de los contagios grupales es posible una unificación real en el sentido de la psicología de masas, por ejemplo en el conglomerado vengativo de una familia. Al involucramiento bipersonal real pertenece de modo esencial el “yo colaboro” (“hago-con”), en contraste con el contagio de la psicología de masas que en el “eso” (contagio propiamente tal) me dispone a participar.

VI. Sujeto, persona, individuo

Si hasta ahora se mostró con cierto énfasis que la autonomía del individuo es sólo tácticamente posible dentro de una relación bipersonal, debe ahora examinarse la sobrevaloración de la no autonomía del individuo. Si bien cada cual está determinado de manera recíproca, se experimenta sin embargo subjetivamente unitario, independiente y no vinculado; tiene la capacidad a cada instante de moverse con libertad y retirarse. ¿Qué es por consiguiente la bipersonalidad desde el punto de vista del objeto individual? Nos movemos ahora en dirección opuesta y estudiamos la bipersonalidad desde el punto de vista del sujeto, del mismo modo que hasta ahora hemos desarrollado al sujeto desde la relación personal.

La privación del individuo se obtiene de regla contra la propia oposición y es impuesta en la medida en que esta autonomía se origina a través de delimitación externa o accidental (por ejemplo, desprecio, enfermedad). Denominamos al primero modo privativo del ser propio, deficiente al segundo.

Como modo privativo, es el ser propio de grados no expresables (por ejemplo, la salida de la casa paterna), posible de incrementarse hasta la forma más expresiva, por ejemplo, del suicidio. Cada una de estas formas contiene al otro en forma privativa. Y como la estructura relacional del sujeto individual no puede ser destruida, del mismo modo la autonomía del otro es también forzable: en el caso extremo, bajo la forma del total

abandono en desprecio y falta de comprensión. En ambos casos es la autonomía en el contexto de la relación personal. Ya sea con intención privativa o permitida por el otro. La autonomía es por tanto de doble significado (como también la independización del niño es al mismo tiempo pérdida por parte de los padres).

En el segundo caso de la deficiencia esta autonomía es una relación, ya que se mostrará, en el caso de la enfermedad, que en ella se mantiene en forma solapada la exigencia de la comunidad (neurosis). Se mostrará además que, en el caso de la enfermedad, los otros son capaces de ser una relación para el paciente, y en realidad no en el sentido de una “prótesis” personal sino en forma de una auténtica relación de trato, en la cual se complementan sanos y enfermos en un nuevo nivel de encuentro. De lo cual se sigue: ser persona es tanto ser sujeto en la privación autodeseada –porque los otros, como rechazados, permanecen relacionados–, como también ser sujeto en la deficiencia no deseada –porque la falta de uno se convierte en deuda con el otro.

Ya que ser sujeto siempre contiene al otro en forma esencial, la determinación del sujeto en tanto “persona” va más allá de la determinación del sujeto (como él mismo se vivencia para sí). La vivencia del sujeto como un sí mismo no se superpone con la determinación fáctica, de modo que aquella en la que consiste se pueda realizar o reconocer. Quizá otro puede reconocer mis características más adecuadamente y colaborar mejor en su realización de lo que yo pueda reconocer y realizar. Tampoco es la vivencia consciente lo comprensivamente real del ser sujeto, ya que posibilidades ocultas pueden ser recuperadas precisamente en la relación con otros.

En esta diferenciación de persona y sujeto sólo pueden confundir las definiciones conceptuales de la filosofía. Ser sujeto en el modo de la “persona” es esencialmente “pático”, no “óntico” (según von Weizsäcker). En consecuencia, el sujeto como unidad de vivencia con el mundo circundante está más allá de cualquier determinación lógica expresa o tácita. Por ejemplo, la decisión de ser sujeto siempre debe realizarse en forma concreta (esto es, en relación con éste o aquél en interpelación personal); es por ello errada la

definición de sujeto basada en cualquier idea de persona. Si se determinara el sujeto a partir de la idea de persona se eliminaría la determinación relacional del ser sujeto. La idea de persona “vale”, pero no tiene “iniciativa”.

Parece por tanto que cualquier determinación abstracta del sujeto impide su determinación en tanto que persona. Para la esencia de la bipersonalidad se originan de ello las siguientes consecuencias.

Si con Max Scheler ponemos como sujeto⁴⁹ aquella unidad que antecede a toda diferencia en actos y que contiene en sí misma todos sus posibles actos, no sería entonces persona el sujeto “consciente”, “pensante”, “percipiente” o “actuante”, ya que todos estos actos del sujeto son formas artificialmente especializadas y abstracciones *eo ipso*. Por ello carece de sentido concebir la persona teniendo en cuenta contenido y formas de manifestación de estos actos (por ejemplo, tampoco en las formas de espacio, tiempo, fuerza y cantidad como las formas manifiestas de los actos). “Persona” es siempre “existencia pática” y no determinable retroactivamente de las manifestaciones y formas de sus realizaciones. Por ello la persona no es concebible mediante determinaciones, como “psíquico” o “físico”, o a través de categorías objetivas como las usuales determinaciones de límites para “individuo”.

Esta clarificación es relevante porque cualquier cosificación manifiesta sólo individuos y no la persona en cualquier forma de abstracción (los cuales pueden ser categorizados en singular y plural, en precedente y subsecuente, como existencia física o psíquica).

Se producen así polos no unificables: por una parte individuos abstractos (y su determinación plural, *Gesellschaft*) y persona concreta, con la superación cualitativa de *Gemeinschaft*.

En este contexto debe aludirse a aquellos errores metafísicos que en lo principal han impedido la comprensión del *Dasein* personal. Son las teo-

49 Scheler, M. “*Formalismus in der Ethik und die formale Wertethik*”, Halle, 1928.

rías sobre la identidad y la autonomía de la persona, la existencia en tiempo y espacio y la determinabilidad numérica de la persona.

Seguimos a von Weizsäcker⁵⁰: “Una primera consecuencia de la identidad de la persona humana se reconoce cuando se pregunta si alguien puede no solamente cambiar sino también transformarse. La dialéctica del problema se hace insoluble y circular si además se pregunta si una persona tras una ilustración, conversión, pero también frente al otro en el tratamiento y la orientación sería la misma que antes. La respuesta oscila entre el escepticismo y la afirmación al infinito si tratamos de resolverla en pura imaginación, esto es, en la teoría. Pero igualmente ilícita es la solución así llamada práctica o pragmática, según la cual se diría por ejemplo que si bien no podemos comprobar esto teóricamente lo podríamos vivenciar en la práctica. Esta vivencia espiritual es engañosa, o puede serlo. La respuesta es tan poco obtenible comparando a la persona ‘antes’ y ‘después’ como derivándola del contenido espiritual de un ‘momento’. La certidumbre de este momento: llegar a ser otro no basta y solamente puede ser reconstruida en una nueva preservación; sin preservación es puntual y pasajera. La respuesta a si el hombre permanece idéntico consigo mismo o puede llegar a ser diferente no puede darse ni práctica ni teóricamente, sino más bien reside en la tercera esfera de la preservación. De allí se sigue que también la identidad a través del tiempo no es una determinación del hombre viviente sino de la materia o de la esfera de la lógica y, más aún, que el ser humano como persona no está sometido a esta categoría lógica. No está en ella sino ella en él. Finalmente, debemos comprobar que es un error representarse al ser humano como persona en el tiempo que transcurre, ya que aquí también vale que la persona humana no está en el tiempo matemático sino este tiempo está en ella. Precisamente en esto no puede formularse una comparación de la persona pasada con la futura para determinar su identidad o no identidad. La persona antes y después, el anterior y el ulterior son incomparables, porque el pasado y el futuro no son comparables

50 Von Weizsäcker, V. “*Seelenbehandlung und Seelenführung*”, Studien des apolo. Seminars Wernigerode, 1927.

metafísicamente sino que tienen diferencias esenciales, porque el tiempo del ser humano persona es distinto del tiempo fisicomatemático, es un tiempo histórico. Este tiempo de la persona no está en ella y ella tampoco en él (como indican ambas afirmaciones filosóficas sobre el tiempo físico-matemático) sino transcurre con ella como su tiempo.

Esta última comprobación se hace importante cuando se pasa al segundo error metafísico del libre albedrío. Ya que este problema infinito, igualmente dialéctico, se presenta en el tiempo matemático inhumano en la dividida antítesis: debe ocurrir de este modo y, la otra, no debe ocurrir así. Precisamente esto no sólo no es posible de decidir en el tiempo matemático, sino también esencialmente indefinible, no constituye realidad sino simple reflexión. Aquí podemos explorar más acuciosamente la diferencia metafísica esencial real del pasado y del futuro histórico. En la actitud humana hacia el futuro vale la libertad de la voluntad, no en el pasado. Se puede anticipar teóricamente el futuro, pero no por eso se cumple. Se puede enjuiciar el pasado como si hubiera podido ser diferente, pero no por ello puede cambiárselo. En la realidad fue el pasado necesidad, en la realidad está el futuro aún libre. Pero la persona humana no ‘es’ necesaria ni libre sino que se encuentra en la realidad de la responsabilidad; la necesidad y la libertad en el sentido de alternativas dialécticas no son realidades metafísicas de la persona humana sino solamente reflexiones lógicas. Quien ya sabe que es responsable ante Dios y el prójimo no necesita reflexionar más acerca de si es libre o necesario: si reflexiona, es que no sabe aún que es responsable”.

El modo singular de la persona no desaparece, pero el sujeto personal no se determina con antelación desde la abstracción lógica ni se predetermina al hombre como objeto personificado (como “punto” lógico o social, como unidad, limitado en tiempo y espacio, etc.) –con lo cual todas las preguntas sobre su accesibilidad en la relación personal quedarían excluidas por implícitas objetivaciones⁵¹.

51 También Scheler es finalmente inconsecuente en la medida en que, si bien no objetiva al hombre en tanto “substancia de acto”, lo aísla de nuevo cuando habla de la pluralidad de los yoes y el cuadro mundanal de los actos consumados, como en ellos el hombre “aparece”.

Si uno se libera de la objetivación de la persona, la cual desde Descartes se ha deslizado como una metafísica mecanicista errada de la coexistencia, entonces el encuentro bipersonal se convierte en un existir-juntos como un “nosotros”. Este proceso “transjetivo” (von Weizsäcker)⁵² de la instalación en una dualidad, en la cual cada uno se siente miembro mas no parte, es un proceso de aumento pero no de suma. De este modo, “persona” no es un punto en una serie numérica y por ello no es capaz de la duplicación, la reproducción o la adición⁵³. En la práctica esto significaría que dentro de la comunidad (*Gemeinschaft*) hay asociaciones, modos de encuentro multipersonales y condiciones de incremento, cuyos miembros no se encuentran como cosas en el espacio sino en reciprocidad y cuya fuerza de relación alcanza hasta donde llega su meta autoimpuesta (meta de trabajo, idea de comunidad, exigencia, etc.).

Un error metafísico adicional con relación a la persona es finalmente la reducción a la subjetividad consciente. Dijimos: la vivencia consciente no es lo real inclusivo del ser persona ya que, al igual que en el olvidar, reprimir en el inconsciente individual, también en la relación personal hay elementos relacionales que se ocultan. La limitación de la persona a la objetividad personal es entonces una reducción.

Si se entiende “conciencia” en un sentido “psicológico” (“percepción interior” o algo semejante), entonces la esfera de la persona es un existir supraconsciente (por tanto indiferente respecto de diferenciaciones como consciente-inconsciente, ya que persona significa la unidad de los actos y es indiferente frente a la objetivación especificable en sus actos). Si se entiende por conciencia no una conciencia específica sino algo más, ya

52 Von Weizsäcker, V. “*Anonyma*”. Francke, Bern, 1946.

53 El lenguaje (y su investigación) demuestra una fina comprensión. “Nosotros” como primera persona del plural es un “singular colectivo” no un plural de yo y tú. Sólo él, ella, ello (es) como tercera persona singular son unidades y sólo de esta unidad hay una pluralidad (sin embargo, no de yo y tú). Esta pluralidad de la tercera persona singular es la sociedad (*Gesellschaft*) impersonal. Las “personas” y sus formas ampliadas (comunidad, *Gemeinschaft*) no existen en una cantidad numérica definible, sino en la esfera de yo-tú-nosotros, que pertenece a la misma raíz lingüística y al mismo nivel de relación. Véase Binswanger, Vossler, entre otros.

que esta palabra está lastrada por racionalismo, como por ejemplo sentir, querer, valorar (categorías “páticas”), estaría más cerca de “persona” y se inclinaría a designar ésta como “conciencia concreta” (Scheler). Sin embargo, la unidad de los actos de la persona es desde el punto de vista de la bipersonalidad más amplia de lo que pudiera percibirse en la óptica del individuo. Me completo en concreto con el Otro. Esta parte, en la cual la existencia bipersonal de la persona en una parte toca una parte simétricamente articulada del otro, queda oculta de suyo. Respetando una exactitud conceptual, debería preferirse el término manifiesto-oculto, ya que persona es indiferente respecto de la antítesis consciente-inconsciente (aplicable al sujeto, no a la persona)⁵⁴.

Recapitulemos

En la esfera de lo bipersonal existen “personas” pero en el fondo no hay “sujetos”. En la medida en que la “persona” se orienta hacia algo⁵⁵ se eleva sobre lo que hay de subjetivo en ella para sí y los demás. Que esto trascendente sobre la unicidad permanezca en lo esencial oculto no debe sorprender ahora. La persona se encuentra frente a la determinación subjetiva sin disminución, ya que para su acción es irrelevante si algo está allí “en mente” o no.

Sería sin embargo errado concluir de allí que la persona carece de constancia subjetiva sobre sus actos. Aunque la persona (acto) y el contenido del acto se encuentran mutuamente excluidos (el acto y la imagen se relacionan por un ocultamiento recíproco)⁵⁶, no se puede esperar esta evidencia

54 Si uno se libera de la confusión entre sujeto y objeto se escabulle del siguiente dilema: si se determina al sujeto respecto de sus posibilidades de conducta psicopatológica en “conciencia de actividad”, “unidad”, “autoconciencia por oposición a otro” (Jaspers en “Psicopatología General”), sería cada una de estas determinaciones en realidad un error. En la práctica el otro participa y no puedo sino hacer lo que quiere, lo que en realidad significaría “división”, “automatismo” o “despersonalización” sin engañarse. Ninguna de las dos condiciones es cierta.

55 Según las categorías “páticas”: *wollen, können, sollen, dürfen, musen* (V. von Weizsäcker).

56 Según la exigencia del “círculo de la forma” (*Gestaltkreis*) que se va de uno a otro, pero no puede considerar ambos a la vez.

en forma gráfica (como se ofrecen las percepciones sensoriales). En realidad, se manifiestan la intensidad, la densidad, la evidencia y corrección del hacer personal en un nivel en el cual los contenidos concretos no precisan ser obvios. Tal evidencia se deja estudiar cuando algo se hace completa y correctamente, y la decisión y densidad de tal hacer se controla en esta vivencia de plenitud. La persona está consciente de su actividad, experimenta la fuerza o debilidad de su vinculación con el entorno, siente lo congruente o conflictivo de cada encuentro pero en su forma, no sobre la base de una percepción concreta o conocimiento objetivo.

En general, no se puede proveer una contraargumentación al enraizamiento fáctico en la relación personal a partir de la forma de ser sujeto (la conciencia de su subjetividad y su unicidad, el contenido de sus experiencias basado en percepciones internas y externas). La esfera de lo personal no es tocada por argumentos de la esfera de lo subjetivo. Así, la bifocalidad de ambos ojos se experimenta de una manera que siempre es misteriosa para un ojo aislado.

Resta finalmente la pregunta si, desde la perspectiva de la bipolaridad, existe un modo puro de ser autónomo, esto en el caso de que el sí mismo se realice en sí mismo. En el lenguaje de la bipolaridad eso constituiría un ser interior sin relación o aislado que no se determina en nada del entorno. Incluso cuando uno está atento contra una posible vinculación o mezcla con otro y cuando sobre la base de esta prevención se aísla, en realidad se encontraría, a pesar de ello, en una relación privativa. Incluso cuando alguien se aísla en oposición radical a la comunidad, se resta a un modo relacional originario. ¿Existe por tanto un aislamiento concreto donde alguien radicalmente sólo trate consigo mismo o deba hacerlo? Como el Otro pertenece esencialmente a la bipolaridad, lo relacional puede abolirse sólo si se la piensa como limitada, insuficiente o postergada y no como imposible o inexistente. Tal sería el caso cuando los criterios relacionales de la comunidad se reducen al mínimo: un estado autónomo con ausencia de contacto (contrario a la solidaridad), con desigualdad (contraria a la equivalencia de los humanos), con incomprendibilidad, etc.

Se ve que este modo de ser no es posible en lo concreto y se da en forma asintótica solamente en la psicosis o la idiocia, e incluso allí no se realiza en forma estricta. El puro aislamiento sería, desde la perspectiva de una antropología bipersonal, un estado irreal altamente patológico⁵⁷. De aquí se comprende que el individuo puro en la esfera del ser persona no puede tener espacio páticamente. El “individuo” sería el puro aislamiento no realizable de la persona, en el fondo una construcción teórica.

Esta reflexión tiene un sentido concreto en la medida en que en cada enfermedad esta forma del aislamiento es visible al menos en forma de tendencia. En el enfermar, en el dolor, en el ataque epiléptico, en el defecto orgánico se orienta el yo en forma autoerótica hacia sí mismo. En lugar de la orientación hacia el semejante, con el cual se puede realizar algo, aparece la orientación autoerótica al sí mismo –y esto vale tanto para la persona como para el órgano⁵⁸.

VII. De la interacción de los sanos con los enfermos

Los conceptos “fisiología social” – “patología social” parecen extraños, por ello debe mostrarse primero con ejemplos elaborados qué se quiere decir y hacia dónde llevan tales consideraciones.

1. La función patológica en la relación de trabajo entre dos personas

Partimos de la base que la función fisiológica es máximamente evidenciable allí donde adopta forma concreta. Para el caso de la motricidad, por

57 Recuérdese la etimología de “idiota” (*idiotes, idios* = el propio).

58 La consideración bipersonal y su formalismo se dejan también transferir al acontecer biológico en el organismo; se obtiene así una fisiología sociológica y una patología sociológica. Los órganos pueden reemplazarse en forma vicariante, o la crisis de relación al complemento funcional lleva a la privación, esto es, la unidad funcional se rompe y se convierte en hallazgo patológico, es decir, la parte corporal enferma se individua en forma unilateral. Lo que originalmente estaba incorporado a un contexto funcional unitario se desvincula y en el defecto final se comporta como un sustrato patológico sin relación, individuado. La forma y modo como existe la “persona” (por oposición a “sujeto”) no representa una dificultad epistemológica para tal transferencia. (Ecos de una consideración semejante creemos encontrar en Göppert: “*Organkrankheit und Neurose*”, *Nervenarzt*, Heft 10, 1947).

ejemplo, en el uso cotidiano, en el manejo de objetos, en el trabajo. Allí no es extraída la función de su cometido natural (como en una situación abstracta de laboratorio) y allí se exige su rendimiento propio. El análisis debe por ende, si se produce en forma experimental, tener al experimento por caso límite de un rendimiento y así valorarlo. Si se completa la transición desde una fisiología del órgano a una fisiología de los rendimientos, debe en consecuencia incorporarse la situación total de trabajo como una tercera dimensión, por así decir, del curso de la investigación. A ello pertenece la comprobación de que a menudo el trabajador colabora con otros. El sistema solidario del moderno trabajo industrial obliga a los participantes a un ritmo común, a un hacer mano con mano, a disciplina laboral, esto es, a un estar juntos mediante el trabajo. Un problema especial sería la crisis de relación del trabajador con el colaborador, como por ejemplo se daría en forma desconocida debido a una función alterada. Investigaciones orientadas en forma expresa a la colaboración entre sanos y enfermos producen los siguientes resultados⁵⁹:

El trabajo individual por ejemplo de alguien afectado por una hemiparesia espástica mediana produce un cuadro desordenado: no se produce un trabajo ordenado. Si el mismo sujeto trabaja con un sano se muestra un resultado sorprendentemente sobresaliente en realización, forma y resultado. El análisis muestra sin embargo que el desordenado trabajo del espástico no se compensa mediante permanente equilibrio por parte del sano sino que solamente se precisa de un marcapaso sano para transformar la motricidad inicialmente desordenada en una colaboración armónica. En la relación con un sano el defecto es en cierta forma plástico y de allí procede que el sano no compensa el trastorno con un esfuerzo de trabajo adicional sino más bien lo elimina a través de una reestructuración. Puede además comprobarse que también el enfermo, en cierta forma por sí mismo, se adapta al sano: coloca su discapacidad de tal forma que molesta en

59 El análisis incluye métodos empíricos y los resultados se resumen aquí. Detalles pueden encontrarse en los trabajos de U. Gebauer sobre la alteración extrapiramidal (Tesis Heidelberg, 1948) y H. Scherer sobre la parálisis piramidal (Tesis Heidelberg, 1949).

forma mínima al trabajo conjunto. En el registro gráfico se puede observar que en determinados momentos el espástico se deja guiar pasivamente allí donde su empleo del tiempo (involuntariamente retardado) sólo molestaría. Así se manifiesta un exacto rendimiento global allí donde el trabajo individual fallaría.

Tampoco ocurre que con el aumento de la dificultad de la alteración se produzca una destrucción proporcionalmente incrementada de la colaboración, sino se dan niveles de realización discretos que no se derivan simplemente uno de otro.

En los grados ligeros de la alteración motriz de la rigidez extrapiramidal el sano no compensa manteniendo bajo cualquier circunstancia la conducta normal, sino sacrifica su forma fisiológica habitual de trabajo en aras de una diferente que permite alcanzar el mejor resultado posible. En la mayoría de los casos se “sintonizan” recíprocamente enfermo y sano, de modo tal que el sano controla por completo algunos elementos del acto laboral (tiempo, iniciativa) y deja al enfermo los elementos “más simples”. Por ejemplo, tira hacia sí el extrapiramidal y la herramienta y deja al sano la orientación, reconducción y modulación de las fuerzas. El trabajo es así menos pleno de detalles y de alguna manera más “primitivo”, pero el llamado “grado de eficacia”, esto es la relación entre las fuerzas empleadas y el resultado, permanece sorprendentemente apropiado a pesar de notables trastornos del participante enfermo. Tampoco puede concluirse sin más sobre el resultado de una cooperación a partir de los hallazgos clínicos: puede ocurrir que trastornos aparentemente graves se demuestran aún más plásticos que los más leves; hay asociaciones en las que el enfermo, con ayuda del sano, rinde mucho más de lo que sería esperable por su trastorno. Esta plasticidad de la función patológica es en sí misma menos notable en el estudio del enfermo que en el trabajo conjunto; la agilidad se manifiesta recién en este contexto. En los grados extremos de trastorno la relación está muy llena de consecuencias para la esencia de la bipersonalidad. Entonces los participantes trabajan no complementariamente, sino que el sano sobrepasa de tal forma al enfermo que simplemente lo arras-

tra⁶⁰. Mas el enfermo se mantiene de tal manera en pasividad temporal que este dejarse arrastrar es posible con un mínimo de esfuerzo adicional por parte del sano⁶¹. La función patológica no se mejora mediante una activación de impulsos residuales (como sería de suponer en la conducta individual, pero aquí molestaría) sino que el defecto se integra de tal modo que produce la más mínima resistencia. La función deficitaria se comporta “correctamente” aunque sea “patológica”. Aquí se ve claramente la doble significación de la conducta individual. Sólo así se comprende el resultado global de estas investigaciones: el trastorno funcional fuerza tanto al sano como al enfermo a un compromiso en un nivel en el cual éste rinde más de lo que sería esperable por su trastorno. La función patológica no es por tanto un rígido fenómeno de sustracción que debiera compensarse en el trabajo grupal mediante esfuerzo adicional del sano sino que el equilibrio ocurre en un plano en el cual bajo circunstancias especialmente felices pueden aparecer rendimientos de valor.

Si se consideran ambos participantes (sanos y enfermos) como una unidad personal, se concluye que la función patológica del sujeto aislado tiene una significación relativa en lo bipersonal. Si se considera el rendimiento intacto como medida de salud y la bipersonalidad como unidad, se oblitera el concepto de “enfermo” en tal forma que permite a los participantes compensar recíprocamente trastornos funcionales. De igual modo que en el organismo pueden los órganos actuar en forma vicariante unos por otros, así también en la comunidad pueden los participantes estar uno para el otro. Sería sin embargo un error simplificar esta relación, por ejemplo en

60 Esto se muestra en forma objetiva de modo que el trastorno del enfermo simplemente se agrega como resistencia friccional aumentada. El sano determina la colaboración de modo que el enfermo aparece como parte de la resistencia mecánica. El deterioro significa con relación al enfermo una regresión al ámbito de los objetos, se convierte en objeto personificado.

61 También aquí hay dos aspectos. No ocurre que en estos casos el enfermo solamente por parte del sano es dejado en el papel de objeto, sino que el enfermo se comporta de modo tal que puede ser considerado objeto. Otro ejemplo, distinto pero análogo. La seguridad social fuerza al asegurado al papel de objeto cuando la enfermedad compensa sólo monetariamente en forma de renta sin producir una preocupación productiva. A la inversa, el asegurado en la neurosis de renta puede desear este papel de objeto.

el sentido de una simple “complementación” (el ciego con un lazarillo, el inválido con un acompañante), ya que no se trata de compensación en el sentido de “prótesis” personal que se coloca al final y en el defecto de la persona aislada, sino de una verdadera imbricación de tipo bipersonal, en cuya realización se obtienen rendimientos totalmente normales, en ocasiones sin la menor conciencia de estar limitado por parte de uno de los participantes.

Si por el contrario se hace trabajar a enfermos con enfermos, faltan aquellos criterios de relación bipersonal: el encuentro es un pseudoencuentro aditivo de los dos participantes con modos de referencia por entero discordantes. La relación de trabajo de enfermo con enfermo cae dentro de las formas de destrucción de la cooperación descritas antes (pseudoencuentros). Mientras el sano tiene la capacidad de reorientar los rendimientos inadecuados del enfermo en conjunto con éste, la relación entre enfermos se retrotrae a una forma de trabajo patológica. El enfermo es capaz de tener un rendimiento excelente con el sano, pero pierde tal potencialidad cuando su colaborador también está enfermo.

Con ello se concluye en cierta forma el problema aludido. El sano tiene la capacidad de reorientar la función alterada hacia un rendimiento ordenado en la colaboración con el enfermo. Por otro lado, también el enfermo exhibe plasticidad para esta adaptación dentro de ciertos límites. Se entrega a una auténtica cooperación con el sano en la medida en que ambos se imbrican en forma de trabajo en un nuevo plano formal de relación. Los enfermos en relación con enfermos carecen de esta capacidad, su conducta es un encuentro aparente, no real cooperación. Incluso los enfermos leves, aún plásticos con sanos, caen en una relación aparente patológica con enfermos leves; desaparece su posibilidad potencial de trabajar con sanos. Por ello, no se trata en el fondo de una simple “adaptación”, sino de un “problema de prueba”. El sano tiene la capacidad y la tarea de valorar con ellos su residuo de eficacia, de modo que el rendimiento sea de valor.

2. La situación trilogica

Represéntese el primer encuentro de un médico con su paciente. Allí está en primer lugar el interrogatorio: el paciente se siente enfermo y además hace observaciones específicas sobre su enfermedad. Se agrega el médico, que trae consigo expectativas y prejuicios que transfiere al sujeto. La auto-observación del enfermo se reformula desde la representación del médico, ya sea que éste formule determinadas preguntas, manifieste sus propias expectativas y dirija la observación del enfermo. Éste ya no es más ingenuo, sino que sus observaciones son reflejadas desde el prejuicio del médico. El juicio madurado bipersonalmente del enfermo entra en fricción con la experiencia propia. Ésta puede perturbarse y así se origina en la vivencia del enfermo algo nuevo y distinto. La productividad de esta confrontación bipersonal se enraíza por tanto en un encuentro triple, la vivencia ingenua del enfermo, la observación de posibles síntomas con relación a la expectativa anticipada del investigador y, según existan o no coincidencias o contradicciones, todo será vuelto a pensar por el paciente. El resultado será distinto según si la exploración está dispuesta como médicamente orgánica, psicológica, científico-curiosa, simplemente humana, superficial, comprensiva, etc. El proceso es siempre bipersonal y se mueve en una “relación ambivalente” –ya que la exploración por lo general es objetivadora (orientada a la observación y la objetividad). Todo médico experimenta esta deformación como tensión. Lo esencial inmediato siempre es alterado por la tendencia objetivadora de su trato con el enfermo. (En el fondo, la relación ya es tripersonal: contiene los papeles accesorios del tercero: médico, investigador, funcionario, etc.).

Lo producido por esta situación trilogica (experiencia propia del enfermo invocada por la intención y la expectativa del explorador y reflexión del encuentro de ambos) contiene la fuente propia de la decisión. Aparece un pronóstico de realidad más allá de las contradicciones que afloran bajo la decisión.

Ejemplos concretos⁶²: una mujer ha perdido su seno derecho en una operación debido a una neoplasia. La cicatriz está cerrada, la paciente ya no tiene una conciencia específica de su defecto después de concluido el tratamiento. Un médico con inclinaciones teóricas se interesa si y cómo la mujer experimenta la pérdida del seno y formula su pregunta desde la anticipada expectativa de que existen “fantasmas de amputación”. Además formula sus preguntas en una forma ingenua, de modo que implícitamente supone una percepción “tipo miembro”, como la de una extremidad. Pone a la mujer bajo presión en dos formas: pregunta primero con el prejuicio de posibles vivencias fantasmáticas y en segundo lugar con el prejuicio de un “esquema de acción” (esto es, del modo como una extremidad se manifestaría en la vivencia de fantasma). La mujer por su parte argumenta desde su propia experiencia, pero bajo el efecto de una reflexión conformada junto con el prejuicio del médico. Realiza ahora sus afirmaciones no sola sino junto con el médico. De esta forma controla la paciente la paradoja, por una parte vivir un “fantasma” (el cual ahora efectivamente por influencia del médico experimenta) y además tener que repensar que el fantasma no solamente fue supuesto por el médico, sino que ya en forma anticipada era supuesto (en forma absurda como miembro, en tanto ella en todo caso lo vivencia en una difusa realidad). Contradicción y sinsentido permiten nuevas afirmaciones sobre una realidad. No era sin embargo así, que lo que ahora se hace manifiesto como “experiencia” en la vivencia personal estuviera “antes” allí (algo impreciso, vago), sino que la experiencia es resultado de un encuentro relacional trilogico, esto es experiencia propia, prejuicio por parte del Otro y reflexión en un mal-entendido formulado conjuntamente. La forma de la vivencia (el cómo el fantasma es entonces descrito) está de tal manera coloreado que en principio se desarrolla sobre el posible malentendido del médico. El ejemplo contiene en forma bastante precisa la situación trilogica.

62 El primer ejemplo está tomado de la colección de O. Hallen, Heidelberg, el segundo fue comunicado verbalmente por A. Derwort.

Un segundo caso: un paciente sufre de una psicosis con una pérdida de realidad. A pesar de la pérdida de la conciencia de realidad de su entorno utiliza tácticamente la realidad de su médico examinador para documentar precisamente la pérdida de realidad. Coloca al otro como real y lo incorpora de tal modo en la argumentación que, contrario al examinador, rechaza su “presencia”, “expresiones”, “representaciones”, etc. como irreales, equivocadas y malentendidas. De esta forma, el paciente utiliza al otro (junto con un malentendido en permanencia) como fuente de comprensión de su pérdida de realidad.

Un ejemplo adicional para la situación trilogica es en cierta forma el fenómeno de la “transferencia” en el psicoanálisis. En ella se proyectan conflictos neuróticos y encuentran allí su elaboración terapéuticamente eficaz. Como sin embargo se trata de situaciones conflictivas escondidas o reprimidas que se encuentran en una transferencia ya existente, la relación de confianza actual y visible no es en sí misma importante, sino proporciona solamente el asidero técnico para activar los contenidos reprimidos y fijarlos. El fenómeno de la transferencia contiene algo ilusorio, ya que de facto se trata de proyecciones de contenidos inconscientes y el médico adquiere una significación de papel social de sucesos históricos y reprimidos. Como el médico sabe de este hecho general pero no de los contenidos específicos (que se descubren recién en el trabajo psicoanalítico) se genera una situación trilogica. El médico y el paciente se mueven en el mecanismo visible de la transferencia, que se configura como espacio para fuerzas inconscientes a través de la familiarización artificial de los participantes; al mismo tiempo, recibe esta relación carácter de fantasma como posibilidad precisamente de invertir algo inconsciente. El “malentendido” por parte del paciente es completo, el médico se deja involucrar (en conocimiento de este hecho) y conserva (al menos en la primera parte del psicoanálisis) este “malentendido”. Con la resolución de la transferencia aparece un nuevo nivel, en el cual la separación es fuente del conocimiento propio y maduración hacia una nueva vinculación personal.

En los capítulos precedentes estarían ya trazadas, y en una versión general, esencia y formas de la bipersonalidad; alguna luz se arrojó sobre las regularidades derivables de modelos simples de la dualidad. El hilo rojo lo constituyó la convicción de que la autonomía del sujeto es una abstracción, ya que el sujeto es siempre “persona”, esto es, fundamental y originariamente para otros como expresión de la vinculación originaria de todas las personas vivientes como su fundamento metafísico (Viktor von Weizsäcker). La pregunta por el individuo puede solamente ser respondida en el contexto de una teoría del orden social. Aquellas conclusiones orientadas al individuo ponen al ser humano en forma abstracta, son por ello unilaterales y obliteran el camino para una sociología médica sostenible. A la inversa, la pregunta por la comunidad es sólo respondible si se esclarece que el individuo demuestra su no autonomía también en sus estructuras y propiedades elementales. Es en cierto sentido un ser social no sólo debido a cualquier obligación ética, religiosa y política, sino porque le es inherente. Como consecuencia puede haber una sociología “médica”.

Segunda parte: Fundamentos de una sociología médica

“Sociología” alude aquí a una teoría del orden de los hechos humanos de relación bajo la perspectiva amplia del grupo. Bajo “grupo” entendemos sin embargo, después de lo dicho hasta ahora, no una colección de interesados puntuales y separados (tal sería la sociedad, *Gesellschaft*) sino una forma multiplicativa de diversas formas de personas recíprocamente vinculadas. Puede para ello usarse el concepto de comunidad (*Gemeinschaft*), en concordancia con la diferenciación conocida especialmente a través de Tönnies del concepto de sociedad (*Gesellschaft*), bajo la siguiente condición: la comunidad nunca puede ser conceptualizada en forma numérica, tampoco derivada sistemáticamente de estructuras más sencillas. Cualquiera generalización de condiciones iniciales en apariencia constantes conduce a una teoría de orden más o menos abstracta y estática, pero no a una sociología antropológicamente utilizable. Para ello hay muchas razones.

1. Debe aceptarse que el entendimiento planificador y anticipatorio denominado “razón” no juega ese convincente papel en la conducción de la vida que supusieron la psicología positivista y la antigua sociología. El hombre no se determina sólo por un nivel de regulaciones vitales más la fuerza ordenadora lógico-racional, sino también por sentimiento irracional y los planos ocultos del inconsciente. No puede hablarse de una constancia pasible de generalizaciones del hombre y de sus principios de conducta, por ejemplo según su estructura categorial intersubjetiva no mudable, como principalmente las sociologías filosóficamente orientadas han dado por supuesto.
2. También el miembro contrario del hombre, el entorno (por ejemplo en la versión especial de objetos de trabajo), se presenta hoy diferente a como lo trataba la definición de la ciencia natural. Según nuevas investigaciones, es un error que en el trabajo manual existiera preparado un objeto, en cierta forma como precondition obvia del hacer; él se desarrolla recién en el tomarlo, no según leyes predeterminables. No es así que el entorno con-

sista en un conjunto independiente de objetos a los cuales el ser humano se “adapta”: en realidad, se realizan estos objetos recién en el trabajo. Si introduzco un clavo en una tabla, es el “martillar” una sucesión compleja de actos muy variables que llevan al clavo a un acto significativo en permanente mutación (que en realidad es modificado por los martillazos). Así se modifica tanto la forma y tipo del actuar como la forma y tipo del objeto manipulado. El trabajo no es por ende un proceso de adaptación a un objeto (simplemente presentado) sino la “aparición de un objeto en el trato del sujeto con el objeto. Recién a través y con este trato se genera un objeto y con ello al mismo tiempo una determinación del sujeto” (Viktor von Weizsäcker).

Por diversos motivos, hombre y entorno se modifican en el trato recíproco; no existen condiciones iniciales fijas a partir de las cuales pudiera derivarse lo complejo mediante generalización y transferencia. En lo esencial, es también errado incluso el concepto previamente discutido de comunidad (*Gemeinschaft*); tácticamente existen diversas “comunidades”, cada una con estructuras especiales que deben demostrarse.

Es oportuno partir de “escenas originarias” de la comunidad –formas de trato bipersonal, tripersonal, etc. en su realización concreta–, porque son evidenciables y por eso pueden ser estudiadas en toda dirección. Con ello se resuelve la pregunta que ya antes ha aparecido: ¿qué sentido tiene la introducción de concepciones sociológicas en la psicofísica de la colaboración y en qué medida se justifican conclusiones fundamentadas en análisis experimentales?

La totalidad de circunstancia es una sociedad de realizaciones (*Wirksamkeit*), los miembros son sujetos de actos y de efectos. En esta medida, no es la estructura de la colaboración estudiada una pregunta puramente psicológica, psicofísica o fisiológica, y mucho menos una pregunta artificial, sino un problema especial social-antropológico. Las reglas de relación cambian con los fines del trabajo y por ello expresan las formas y principios de la colaboración de los participantes con base en un instrumento común

en relación con una finalidad de trabajo. “Cosas, fuerzas y personas” se encuentran en una ordenación unitaria para la completación de procesos laborales” y tal es precisamente la definición sociológica que H.W. Riehl y E. Michel han dado para la forma organizativa del trabajo (industrial).

Lo especial de nuestro análisis estructural es que en el complejo triple (de cosas, fuerzas y personas), meta del trabajo, concreción técnica y estructura psicofísica de la interacción de dos personas entre sí y con el trabajo no se separan. Esto no es obvio: el técnico consideraría especialmente los aparatos técnicos y la organización técnica del trabajo (a los cuales las personas se subordinan como fuerzas), el empresario se orientaría hacia los fines del trabajo (producción, rentabilidad), el psicólogo social (o el médico en la empresa) se interesaría por el aspecto humano, el fisiólogo del trabajo por fuentes de pérdida en el balance energético del acto laboral, el sociólogo por las relaciones estructurales generales y así sucesivamente. Las diversas perspectivas e intereses impiden un contexto unitario. Nuestro propósito es opuesto y –si ello no sonara demasiado ambicioso– de naturaleza “fundamental-sociológica”. El modelo de trabajo investigado es para nosotros precisamente el caso límite del trabajo técnico mismo de esta forma:

El sujeto experimental es trabajador, el socio es colaborador, el aparataje medio de trabajo, la tarea es meta del trabajo y el director del experimento es en lo fundamental el “editor” o “empresario”. En este momento el “experimento” ya no es una construcción de laboratorio sino caso límite del trabajo técnico, con la ventaja metodológica y epistemológica que aquí el método investigativo y el curso real del trabajo se presentan con los mismos medios mecánicos que constituyen una realización de trabajo técnico. La función psicofísica examinada (percepción, motricidad) se analiza por ello no en forma abstracta sino unificada con el trabajo concreto. La peculiar armonía de conjunto es la ventaja invalorable de este proceder.

En los capítulos siguientes se evalúan los resultados de estos experimentos desde el punto de vista de una “sociología real” (*Realsoziologie*).

VIII. El conformismo

En todo tiempo y lugar en que nos interesamos por la sociedad humana encontramos un “espíritu objetivo”, esto es un contenido significativo corporizado en materias o procesos: por ejemplo, herramientas, lenguaje, escritura, costumbres, ritos, reglas de comportamiento. En este contexto, se puede demostrar que el trato de las personas con las cosas externas (especialmente herramientas) transcurre de modo tal que tales cosas no se manifiestan simplemente como “objetos”, sino se hacen tanto cognoscibles como utilizables.

El análisis mostró que los rendimientos motrices poseen una forma determinada o la adoptan en el curso de la repetición que produce algo doble: nos presentan el objeto en una configuración individual que podemos percibir y, más aún, que con un mínimo de esfuerzo podemos manipular. Un ejemplo: se encuentra en las ferias un juguete apreciado, un resorte espiralado como cuerda o cinta de goma en cuyo extremo inferior se fija un peso con forma de esfera o figura. Este peso puede hacerse oscilar con un breve impulso de la mano. El análisis⁶³ de esta actividad motriz indica lo siguiente: mecánicamente se trata de la extensión y retención de un sistema capaz de resonar en el sentido de una oscilación atenuada forzosa. La fuerza aplicada es incorporada al sistema en tal forma que se encuentra con la frecuencia propia del resorte espiralado pero nunca coincide plenamente con ella. Este “ajuste” genera que la fuerza que mueve es lo suficientemente grande como para estar dentro del umbral táctil, pero en el fondo tan escasa que mantiene el conjunto en movimiento con un mínimo de fuerza. Con ello, por una parte percibo el objeto, por otra genero mediante la forma de mi actividad una oscilación resonante (con una serie de condiciones adicionales difíciles pero no imposibles de analizar). Las fuerzas controladas por el organismo siguen determinadas reglas: las fuerzas aportadas representan un mínimo, las desarrolladas un máximo.

63 Christian, P. “*Die Willkürbewegung im Umgang mit beweglichen Mechanismen*”. Heidelberger Akademie der Wissenschaften, 1948.

El mínimo está sin embargo determinado por el umbral sensorial de la piel o de presión, bajo el cual ya no puedo percibir y por ende no puedo manipular.

Este ejemplo representa muchos otros y confirma la afirmación más general de que el entorno se manifiesta a través de la forma de la intervención, tanto perceptible sensorialmente como utilizable al máximo.

La “forma” del trato sensoriomotriz significa sin embargo algo más: al tratar con cosas de carácter mecánico (herramientas, determinados juegos, deportes) se manifiesta una conducta del organismo que lleva a que se manifiesten regularidades puras, mecánicas (“nomofilia” según von Weizsäcker, “idealidad de la motricidad” según Derwort)⁶⁴. Esto no es obvio ya que de todas las posibilidades mecánicas igualmente viables se escogerá la más “simple” y evidente. En cada lanzamiento logrado de una pelota o de un golpe de martillo se esconde una objetividad reglada de tal modo que manifiesta una regularidad a partir de la forma del movimiento, la cual representa lo esencial del proceso en una forma evidente. Eso no significa que originariamente el movimiento debiera obligadamente presentarse según tales reglas (podrían aparecer otros resultados mecánicos); no, la tendencia de la motricidad normal se dirige a la elección de claras sucesiones según el principio de la simplificación mecánica. Esta tendencia organizadora del acto motor significa que en lo fundamental la motricidad no hace algo distinto que el físico: reduce un proceso complejo a regularidades claras y evidentes que simultáneamente tienen carácter representativo. Con ello el proceso se mediatiza para otros y adquiere validez general: la forma de lo ejecutado se convierte simultáneamente en medio de una comunidad de trabajo y relación más económica. Puede demostrarse que tales formas no son resultado de “experiencia laboral” (por ende sólo reglas prácticas de ejecución) ni tampoco efecto de obligaciones mecánicas. La nomofilia no tiene el sentido de un “ideal natural” sino, en el fondo, está determinada

⁶⁴ Von Weizsäcker V. “*Über Psychophysik*”, *Nervenarzt* 16, Heft 11; von Weizsäcker und Christian, P. *Zeitschrift für Sinnesphysiologie* 70/30/1943; Derwort, A. *Zeitschrift für Sinnesphysiologie*, 1943.

socialmente: el principio formal nomotrópico es forma especial de vinculación y relación en acción y reacción. Sería no obstante errado entender tales “formas” como primariamente individuales (y entonces quizá válidas para otros) o a la inversa como primariamente sociales (y por tanto obligatorias para el individuo). No, la forma tiene simultáneamente significación individual y general. Eso debería mostrarse de modo más exacto:

En el caso de que dos personas en conjunto muevan en uno y otro sentido un trineo (o una sierra) bajo una resistencia constante a la fricción, la curva trayectoria-tiempo del movimiento conjunto muestra una forma sinusoidal. Se produce la impresión de una oscilación armónica en la cual las fuerzas se aplican en forma rítmica. Mecánicamente no tendría por qué esperarse este resultado, porque el mover en uno y otro sentido el trineo no contiene fuerzas proporcionales a su control. Podría manifestarse bajo otros principios mecánicos distintos del de la oscilación armónica (por ejemplo como impulso y contraimpulso, parábola cuadrática o cúbica, según el principio de una función exponencial o quizá bajo ningún principio simple y evidente).

Que sin embargo se imponga un principio especial y elemental de la mecánica no descansa sobre una regularidad procesual o una necesidad predeterminada, sino significa algo completamente distinto: en el trato en conjunto se relacionan dos personas en el contexto de una regularidad, de modo tal que la forma perseguida en conjunto es vinculante para ambos. Ambos están en cada momento del proceso bajo el mismo principio: se “conforman”. La sinusoide tiene aquí el carácter de una regla de completación para el hacer conjunto (análogicamente al ritmo, lenguaje, escritura, costumbres y otras reglas de comunicación) bajo cuyo imperio se relacionan los participantes. Otros procesos pueden adoptar otras formas: círculo y ritmo triple en el vals, el ritmo en el coro. Que tales “formas” no son simplemente resultado de la experiencia de trabajo se manifiesta además en el hecho de que se anticipan al proceso y se manifiestan también en principiantes y sujetos no entrenados. Puede por tanto hablarse de conformismo porque con la actitud conjunta entre los sujetos participantes

hacia su objeto se forma una unidad de un orden determinado. Esta forma reúne a las personas bajo una regularidad y los refiere juntos a un objeto del entorno.

Reglas de trato en el sentido del conformismo serían también:

Reglas de juego (juegos infantiles, ronda de baile, juegos sociales, ruleta, juegos de naipes, ajedrez. O convenciones de concordancia grupal, por ejemplo fútbol).

Ceremonias, ritos, costumbres (¡moda!).

Las reglas de trato pueden también articularse y ordenarse valóricamente: valores grupales y su jerarquía (por ejemplo, disciplina partidaria⁶⁵, *Fairness*, decoro, “tacto”).

También el lenguaje en su forma dialógica es un buen ejemplo: conformista es expresión de una relación bipersonal determinada; *mediumnístico* regula el trato de quienes se aman; propositivo ordena la temática en la *synousía* temática, unilateral determina el trato del juez con el inculpado, “hermenéutico” se presenta en el mundo del niño.

Un ejemplo prácticamente más significativo de aplicación del conformismo bipersonal es la llamada “disciplina laboral” en la industria. Se entienden bajo ella las reglas de relación de trabajadores y colaboradores bajo las exigencias de un resultado. Si el “conformismo” es en nuestro sentido el elemento unitivo inconsciente que se manifiesta en la coordinación de muchas personas en lugar de la primacía de un individuo (que a lo sumo podría imponer la unidad), se producen para la esencia de la disciplina laboral las siguientes consecuencias:

65 El sentimiento de solidaridad es en sí mismo un valor y es genéticamente anterior a la conciencia de sí mismo.

Es un error suponer que la disciplina laboral se produciría exclusivamente en sentido del alinearse y someterse del individuo a las exigencias del resultado técnico concreto (como ha supuesto unilateralmente la política empresarial). La disciplina laboral es más bien una aplicación especial del conformismo que articula tanto el contexto económico de los participantes como su orientación hacia algo en común. Esto significa que ni el acontecer técnico del proceso laboral ni la significación individual del trabajo para cada trabajador ni su comunicación social tienen primacía, sino que en el complejo real del trabajo se articulan cosas, fuerzas y personas. Ello permitiría aseverar que el punto de vista de una “idea del trabajo como material”, de modo tal que la pujanza de la técnica moldearía al hombre como “punto de menor resistencia”, es incorrecto. La consideración cosificadora del trabajo (su exigencia mecánica y obligatoria) no justifica sola la disciplina laboral y es erróneo basar ésta sólo en ella.

La cosificación del trabajo no solamente es una manifestación deficitaria histórico-social y éticamente⁶⁶, sino también un error desde el punto de vista sociofisiológico, ya que la disciplina laboral es aplicación especial del conformismo bipersonal –una regla de trato que, si bien no puede separarse de la cosa, no es derivable sólo de la cosa. La historia social del taylorismo demuestra además que, precisamente bajo el sistema del impulso cosificante, debe exigirse más la disposición del individuo a someterse incondicionalmente a los deseos de la dirección cosificada. Un análisis de la disciplina laboral (o del conformismo) lleva en línea recta al problema ya aludido de la “dirección” en la comunidad del trabajo.

IX. “Modelo” y “Caudillo”

El análisis de la unión de trabajo de dos participantes produjo esto: uno de los dos “da el tono” para la relación recíproca. Hay sin embargo una diferencia importante si uno de ellos se levanta expresamente y se apropia

⁶⁶ Véase von Weizsäcker, V. “Über die Arbeit” y Michel, E. “Sozialgeschichte der industriellen Arbeitswelt”, Frankfurt, 1948.

de la dirección (“dictamina”) o uno en silencio y sin manifestaciones actúa como “modelo” y el otro lo sigue espontáneamente como tal.

La situación a) lleva inevitablemente a la deformación y en algunas circunstancias a la destrucción del acto de trabajo; b) es el caso modélico de una colaboración auténtica y armónica.

Ya se comentó en el capítulo V que sería perjudicial una simetría total o una reciprocidad completa e ideal de los participantes en el acto de trabajo, porque intuitivamente no se desea tal relación. En mayor medida aparece una relación cambiante bajo dominancia: uno de ambos domina pero sobre la base del apoyo deliberado del otro. Cuál de los dos asume el papel director no queda fijado al comienzo y tampoco puede ser establecido o anticipado (el proceso del trabajo se haría de inmediato artificial). Por regla general, tampoco se hace consciente la relación directiva, sino se la establece en el análisis ulterior. Se puede además observar que la relación de dependencia es más intensa objetivamente cuando los participantes menos la notan. Caudillo y seguidores no son relaciones conscientes recíprocas y se habla mejor de modelo e imitación antes que de líder y liderado⁶⁷. El modelo no necesita saber o querer serlo objetivamente. Al contrario, pertenece a las precondiciones del líder que él lo sabe y lo desea. Al concepto de “modelo” pertenece, en este contexto, que si bien una persona real se comporta tácticamente como modelo su actividad está de modo simultáneo orientada hacia algo ideal: a la idea común, finalidad del trabajo, tarea por cumplir, etc. Un “caudillo” ligaría al seguidor (en tanto individuo) en la relación del dominar y obedecer. Al modelo corresponde una imitación en la relación bipersonal: ambos se complementan en reciprocidad. En lo fundamental, en el “modelo” bipersonal se esconde una dualidad: un participante concreto de realidad empírica asume la iniciativa solamente porque lo hace mejor que lo usual. El modelo es ambas cosas: persona concreta y representante de la corrección del acto (portador

67 Una diferencia que ha elaborado M. Scheler en su artículo “*Vorbild und Führer*” (en los artículos póstumos, Berlín, 1933).

de valores)⁶⁸. En otras palabras: en el modelo se personifica tanto el valor de rendimiento como el participante.

Se entienden tras esta comprobación los siguientes hechos de la experiencia:

El modelo actúa fundamentalmente en forma inconsciente; el colaborador se convierte en imitador y lo sigue de manera espontánea y por propia voluntad. (Al caudillo se lo obedece porque obviamente se debe). El modelo genera un encuentro bipersonal equitativo; el liderazgo es en cambio un pseudoencuentro o forma deteriorada, ya que la relación personal es unilateral y en principio no equitativa. En el modelaje pueden realizarse valores (fidelidad laboral, camaradería, solidaridad). La relación de liderazgo es contrariamente indiferente desde el punto de vista valórico⁶⁹. El modelo se transforma en una figura valórica personalmente conformada, que inspira tanto al colaborador como al grupo y que se acrecienta en esta forma y la completa de modo inconsciente.

Mediante experimentos especialmente diseñados pueden hacerse visibles estos dos principios –dirección y modelo.

Si uno de los participantes se comporta como intencionado dador de ritmo (sería el caudillo), por ejemplo imponiendo el tempo, lo impone a su colaborador. Una colaboración es todavía posible, si bien con el sentimiento de forzar y oponerse. Si se lleva al marcador de tiempo a un ritmo de trabajo (como corresponde para ser correcto el acto), la vivencia del colaborador cambia por completo y en forma espontánea y deliberada participa del sentimiento superior de concordancia y corrección. Aún entonces el análisis puede mostrar que el otro igual ha dominado, pero ahora es modelo y no caudillo. Todo trabajador manual conoce esto en la experiencia cotidiana de la industria. Ocasionalmente se muestra en este fenómeno (conocido en la psicología): puede ocurrir que, tras larga cola-

68 En el habla corriente se dice con plenitud apropiada “está (es) en lo correcto” (“*er ist richtig*”).

69 La sentencia “Verdadera objetividad lleva a la camaradería y la auténtica camaradería necesariamente a la objetividad” encuentra aquí su profunda fundamentación.

boración, dos colaboradores “dejan de estar sintonizados”, aparecen fricciones cuyas causas no son evidentes al principio. El modelo se convierte en una figura contraria y el colaborador se opone en permanente protesta que desaparece recién con la dedicación a nueva tarea o con el cambio de los participantes. Este proceso del antimodelo se desarrolla espontánea e inconscientemente.

Esto demuestra que la colaboración se ordena según el principio de la eficacia del modelo y no del liderazgo. De allí se deriva el importante concepto: no es posible que incluso un muy bien escogido caudillo pueda servir de modelo, sino a la inversa: desde el grupo se pueden perfilar autónomamente modelos de quién es apropiado como caudillo⁷⁰.

X. La dinámica bipersonal y su fenomenología

En la cotidianeidad, la bipersonalidad no se funda tanto en la relación inmediata personal de Yo y Tú como en el trabajo compartido, que mediatamente desarrolla una fuerza impulsiva comunitaria. Si se estanca el trabajo respecto de su magnitud o valor o se reducen la seriedad o la fuerza de los participantes se produce una reversión a los participantes mismos con el peligro conjunto de que se anule la comunidad. Es por tanto necesario que el acto personal se pierda en el mundo de la tarea: mientras más intensiva la realización de la obra más cohesionada está la comunidad. Por otra parte, no hay aquí una rigidez de los polos: Yo, Tú y meta común no son coordenadas fijas de un triángulo, sólo hay vectores y énfasis. Eso significa que en la confrontación entre la demanda esencial de la cosa y la tendencia individuante existe permanente tensión e inquietud. Dentro de esta confrontación, la conciencia vigilante oscila entre cosa y punto de partida personal, entre éxtasis y sí mismo individual. La tarea concreta y las personas se integran en una densa forma social; esta triple relación no

70 E. Rosenstock destacó en este contexto con razón que la empresa industrial moderna puede ser tan propensa a la crisis, ya que forma cada vez más personas en escuelas industriales en lugar de dejarlas formarse genuinamente en el grupo (citado por Michel).

puede ser unilateralmente destruida o deteriorada sin riesgo. Ya se observó que con una tarea más intensa la fricción de los participantes entre sí aumenta de modo necesario (por ejemplo, en la prisión de guerra); la riña crece también por descuido o falta de seriedad de uno de los participantes. Cualquier relación inadecuada en el triángulo –yo-tú-cosa– lleva inevitablemente a la crisis social.

Los participantes poseen una medida subjetiva confiable para cualquier deformación de la actividad correcta y con ello también para la coherencia social.

Igual que en el quehacer de la persona individual existe conciencia inmediata de lo correcto y lo incorrecto antes de cualquier enjuiciamiento, percepción o cualquier otro acto de cosificación⁷¹, también hay una conciencia inmediata de solidaridad, esto es, una inconfundible y especial evidencia de la calidad de una actividad comunitaria y de la densidad de su contextura. La correspondiente conducta de los participantes es dirigida por esta conciencia, cada cual sigue una “intención” cuyo fundamento no debe buscarse en consideraciones racionales, percepciones conscientes o contenidos imaginados, sino se encuentra regulada valóricamente. Es lo contrario que en la percepción: cuando dos colaboran la concordancia de los participantes no es materia de una atención especial y el juego conjunto es precisamente óptimo cuando desaparecen los participantes para sí mismos. Lo que se experimenta es una estimulante actividad, haciendo lo mejor posible (“estar a la altura de las cosas”) –por tanto la calidad del acto propio espontáneo que se manifiesta sin tratar de adivinar lo que hace el otro. Pero cuando cada uno se figura en lo correcto, entonces la interacción entre ambos es correcta, esto es, no necesita buscarse intencionalmente el consenso social, ya que se da por sí mismo en la medida en que cada uno cumpla su papel de modo sincero. A la inversa, cada acto controlado, intencional o psicológico elimina lo ejecutivo, o por lo menos

71 Christian, P. *Vom Wertbewusstsein im TUN. Beiträge aus der Allgemeinen Medizin*, Heft 4, Enke, Stuttgart, 1948.

lo altera en la medida en que algo es intencionado, deseado o forzado. Como se trata aquí de intuiciones valorativas y los valores están en los actos y las personas, es de esperar que una mala relación en la acción de uno necesariamente se note en el contexto del grupo. Cuando comete una falta, cada trabajador o deportista siente de inmediato que es detestado por los otros⁷². En la comprobación de la propia falta se incorpora un sentimiento suprapersonal de vergüenza y escarnio y esta señal inequívoca aparece incluso antes de saber de qué forma se ha fallado. Además, esto se observa en ocasiones en los participantes incluso antes de comprobar quién es el culpable. Precisamente por este hecho se comprueba que se trata de fenómenos ligados a la bipersonalidad. Recuérdese por ejemplo cuán penosamente tocado se siente uno cuando alguien se comporta sin tacto y cómo da vergüenza cuando el equipo pierde la victoria. Lo que estos ejemplos demuestran es que en el momento de una falla personal ocurre una retroacción al yo y al mismo tiempo a los otros con el efecto claro de la vergüenza. Tal afecto aparece con relación a una acción incorrecta de uno mismo, por parte de otros o a la vista de un tercero que se comporta incorrectamente⁷³. Por lo demás, es indiferente si la cosa escogida es errada o si la disposición personal fue deficiente; siempre está presente la vergüenza cuando en la desproporción, en la relación triádica cosa-persona, algo no encaja⁷⁴. Cuando se manifiesta la crisis relacional aparece también la “distancia” en la relación personal. El “estar con otro para algo” da lugar a una regresión a los participantes como tales⁷⁵.

72 Especialmente característico en deportes grupales (como el fútbol), en que la falta propia es dolorosa y censurable con relación al grupo.

73 La “discreción” de un “gentleman” se basa en el fondo en el sentimiento compartido de ser despreciado por otros y el sentido fino de esta posibilidad.

74 En el sentido más amplio del término: a) la expresión vergüenza puede ser dirigida al sí mismo o a otros, pues cada uno puede ser aludido, b) no se trata de un concepto psicofísico relevante por personal: entre la vergüenza espiritual y la corporal no hay diferencias ni diferenciaciones; c) se trata de una expresión valórica, no necesariamente relacionada con la vergüenza sexual. Puede por eso modificarse como “lamentable”, “sin tacto”, “no solidaria” (en sentido valorativo) como “desproporcionada” en el sentido más general del término.

75 Nada impide establecer paralelos con la vergüenza sexual. En el momento en que un paciente ya no es más un “caso” sino objeto sexual, se completa la orientación hacia el sujeto y aparece el fenómeno de la vergüenza. La entenderá solamente aquel que se manifiesta hacia

La retroacción del empático “estar para otro” de dos personas en un unilateral “estar frente a otro” manifiesta en forma aguda el quiebre bipersonal. Éste aparece especialmente cuando la dedicación objetiva desaparece y la dirección del interés se vuelve a los mismos participantes.

Si se produce el quiebre, aparece miedo y de allí la contrarreacción de la desconfianza –en síntesis, lo que acompaña al conflicto social. La percepción aislada del otro en el rompimiento de una parte determinada de la personalidad o bien su pérdida en el mundo de la tarea contiene el germen de la descomposición social y produce miedo, desconfianza y resistencia. Una relación laboral en la cual uno de los participantes está desde el principio subordinado lleva igualmente a una orientación individualizante, vergüenza, miedo y resistencia, y estas reacciones pueden ocurrir en todos (no solamente en el afectado).

XI. Tripersonalidad

Cuando dos personas trabajan juntas el ritmo que se instala es más veloz que si cada uno trabajara por sí solo bajo las mismas condiciones. En contraexperimentos se demuestra que un ritmo más lento (como en el del individuo aislado) lleva a un modo incorrecto de trabajar cuando se agrega un colaborador. Ambos participantes buscan involuntariamente a partir de ese momento un ritmo más elevado y recién en éste ambos consideran correcto el proceso. Si desde el comienzo se entrega el proceso a la espontaneidad de los participantes se instala el ritmo acelerado. El análisis demuestra finalmente que la amplitud de la variación del ritmo es menor en el trabajo conjunto que en el trabajo individual; la libertad de resistencia en la comunidad es más estrecha que en el trabajo aislado. Además, es también más consciente la sensación subjetiva de la precisión temporal en el trabajo de a dos que en el aislado.

el otro, su relación depende por lo tanto del otro. Ya que la comprensión de la vergüenza supone la consideración del otro, por tanto la bipersonalidad; hay un contexto bilateral (véase M. Scheler “*Über die Phänomenologie der Scham*”, escritos póstumos).

Esta aceleración obligada e inconsciente del ritmo en el trabajo en común lleva a las siguientes consideraciones. Uno solo trabaja relativamente más lento, dos juntos algo más rápido pero, en apariencia, de forma menos económica, ya que en el trabajo conjunto algunas fuerzas se dirigen contra el colaborador y por tanto se pierden. El ritmo rápido supone una ganancia en rendimiento, la tensión una pérdida. Se puede preguntar: ¿se equiparan pérdida y ganancia? ¿No es la aceleración inconsciente del trabajo una compensación?

Los cálculos producen lo siguiente: en caso de un trabajo solidario, corresponde a cada participante cerca de $2/3$ del esfuerzo que cada uno aisladamente bajo condiciones idénticas debería producir. Por tanto, el mismo trabajo se reduce para cada uno sólo en $1/3$ y no, como podría suponerse, a la mitad.

Objetivamente, esto significa mayor esfuerzo por trabajador, comparado con el trabajo individual. Por otra parte, dos trabajan más rápido y con ello se aumenta el resultado por unidad de tiempo, más o menos un 35% sobre el trabajo individual. El mayor esfuerzo corresponde aproximadamente a un incremento de la eficiencia en semejante proporción.

No obstante, permanece en el lado del esfuerzo (¡no del efecto!) un balance negativo, porque en la unión siempre algunas fuerzas se usan contra el colaborador y se pierden en el efecto final. En la unión el individuo trabaja por tanto algo irracionalmente, porque no debe aportar la mitad en caso de compartir el esfuerzo sino solamente $1/3$ menos. Sin embargo, se aumenta el efecto deseado cuando no se considera el trabajo (mkg) sino el rendimiento (mkg/seg). De lo que aquí se trata es de lo siguiente: se ha introducido secretamente una comparación que confronta en cierta forma esfuerzo y efecto desde un tercer punto de vista, que en principio está fuera de los participantes. El tercero “comparador” es en cierta forma el “empresario”, que no trabaja sino que compara desde fuera esfuerzo y ganancia sobre la base del cálculo. El acto de comparar tiene solamente sentido

cuando se coloca por sobre el trabajo mismo e introduce una instancia extraterritorial, el empresario, que sopesa inversión (salario, materiales) y efecto (ganancia)⁷⁶.

Naturalmente, uno de los participantes puede asumir el papel de empresario en forma adicional, pero con ello asume una función sobre la relación inmediata de trabajo e introduce una determinación foránea, aquella instancia que realiza comparaciones o produce balances. Se hace adicionalmente “funcionario” y ya no es más “socio” equivalente⁷⁷.

Con la triangulación aparece en forma simultánea una transformación personal: la dualidad era originalmente de tal modo filial que dos se afanaban solidaria e ingenuamente por una meta de trabajo. El tercero que se agrega real o ficticiamente no es por lo general un socio equivalente, se separa de la relación laboral, vigila a ambos ya que, como capataz, distribuye las proporciones de trabajo o se independiza de otras maneras (cuando, por ejemplo, distribuye las ganancias). Al haber tres aparece una persona que no trabaja y frente a la cual adoptan las otras dos un rango subordinado. En la colaboración bipersonal ingenua no se separan entre sí las esferas de significados y realizaciones; como consecuencia de una relación personal multiplicada, se produce la diferenciación entre las esferas ingenua-filial e intelectual-planificadora como norma de desarrollo de la estructura social. Entonces es sobrepasada la estructura bipersonal en su regularidad conductual y su equidad originalmente determinada. Si un participante es también representante de una tercera instancia paralela o superior, aparece junto con la doble identidad una tripersonalidad teórica: el cargo, la autoridad, el empresario comercial, etc. En la verdadera bipersonalidad la

76 En lugar de “empresario” sería mejor decir “editor”, como se representa en la industria casera del capitalismo temprano la separación entre producción artesanal, y con ello se degrada al trabajador a productor de materiales para un intermediario. Por fuerza aparece el sistema del salario por trabajo: el trabajo es ahora parte de un cálculo en conjunto con el trabajador.

77 El director del experimento es aquel tercero que asume el papel del empresario, mide y compara.

persona no es reemplazable, esto es, no se puede asociar con una finalidad paralela, superior o inferior⁷⁸.

Este ejemplo del trabajo muestra sólo en forma condensada lo que surge en relaciones tripersonales o de muchas personas. En el momento del nacimiento se origina con el niño la tripersonalidad ideal como “paternidad” (en realidad, bajo la forma de oficio, autoridad, dignidad, responsabilidad, etc.). En cualquier grupo de tres se incuba el liderazgo, que conscientemente toma en cuenta a los otros⁷⁹.

El estudio de la tripersonalidad está aún en sus comienzos y por ello no nos queda más que recurrir a lo que está vinculado o pertenece al fondo de experiencias de la teoría de las neurosis, en la cual es notablemente claro en muchos puntos.

La relación paciente-médico en la terapia psicoanalítica es sólo aparentemente bipersonal, ya que el médico personifica también los intereses de la comunidad frente a la cual el paciente está narcisísticamente aislado⁸⁰. La asociación bipersonal del comienzo se aumenta a una tripersonal –al menos en el tratamiento avanzado– a través de la manifestación de la transferencia o sus equivalentes. Contra la resistencia y el dolor de separación aparece una nueva relación personal, que el médico traspasa, por así decir, a la comunidad anulando su propia persona. Tal proceso es característico para la relación transferencial.

“Si un niño transfiere de la madre a la madrastra ésta reemplaza a la primera; se separa el factor ideal de la maternidad de la madre real y pervive en la

78 Parece producirse aquí una contradicción con las declaraciones del capítulo V. Allí se consideró el oculto acoplamiento de la colaboración con una meta adjunta como destrucción de la asociación. Esta afirmación ya no es más contradictoria, ya que cada separación en una relación significa una crisis con nueva orientación relacional. Si el acoplamiento lleva a la producción del “funcionario”, se encuentran los otros dos en una relación de solidaridad contra éste en el nivel de la tripersonalidad.

79 Esto parece deducirse del trabajo de A. Derwort en experimentos con tres personas en Mainz.

80 Ver H. Trüb, *Psyche* 171/ 47, Heidelberg.

madrastra –aparece en ella la nueva realidad de la función. La generación de una función es por ello una consecuencia metafísica de tal transferencia. A la transferencia corresponde no solamente que está presente un factor psicológico sino que se ha originado y formado por una transferencia vital y en lugar de transferencia vital podemos decir: continuidad de la historia. Precisamente porque una persona no es reemplazable debe formarse una persona ideal y vemos ahora que lo reemplazable es la función, no la persona. Con la transferencia vital aparece necesariamente una independencia de un factor ideal (psicológico). También, y sólo en la interacción de la personas, este proceso multifacético es más posible y realizable; reconocemos en este caso que es realizable no por dos sino por tres personas” (V. von Weizsäcker).

Helene Deutsch⁸¹ describe otra variante de la tripersonalidad en otro contexto: el “triángulo de personas” como importante factor en el desarrollo psicológico de la mujer. Tomamos de su libro los siguientes ejemplos.

“La niña pequeña tiene una cierta predilección por su padre y con ello se encuentra en contradicción con su madre, está sin embargo vitalmente unida a la madre. Si tiene una hermana mayor se repite el triángulo y las hermanas están unidas en su actitud frente al padre. Con la pubertad el triángulo empieza a desarrollar su significación propia: si la hermana se compromete juega el cuñado un papel especial e intenta reproducir con la hermana el papel que originalmente tenía con ella frente al padre. Desea por tanto aprovechar las relaciones de la hermana y su vinculación afectiva experimenta un desarrollo”.

O bien: “La amistad entre dos muchachas se continúa de un modo típico después de la aparición de las primeras tendencias heterosexuales en el período inicial de la pubertad. Aparece una situación triangular y confiere a este período un carácter bisexual. La joven niña oscila aún entre objetos homo y heterosexuales y su orientación hacia la heterosexualidad se

81 Deutsch, H. *Psychology of Woman*. Vol. I., New York, 1945.

completa sólo gradualmente. Esta situación triangular puede instalarse en la prepubertad, como el amor común de dos muchachas por su profesor. Los primeros pasos exploratorios en dirección a la heterosexualidad son acometidos en forma de juego conjunto. Las niñas encuentran placer en experiencias que pueden compartir. Cuando crecen aparecen diversas dificultades en el triángulo. La más madura de ambas comienza a considerar más seriamente a los compañeros del otro sexo y la más joven y pasiva adquiere el papel de una colaboradora y promotora de la relación. A menudo ocurre esto en una situación triangular en la cual el hermano de una de las niñas asume uno de los ángulos. Un buen ejemplo encontramos en ‘Guerra y Paz’ de Tolstoi: Natascha se esfuerza en conseguir el amor de su hermano Nicolás para su amiga Sonia: ‘Sonia es mi mejor y más querida amiga, tal que por ella yo me quemé el brazo. Mira aquí. –Levantó el brazo de su blusa y le mostró una cicatriz roja en su largo brazo tierno—. Lo he quemado para demostrar mi amor por ella. He calentado una barra en el fuego y luego presionado. ¡Tal tipo de amigas somos, tan amigas! Y así me quiere ella a mí y a ti!’” (H. Deutsch).

Según Helene Deutsch tales situaciones triangulares nunca se abandonan en la vida ulterior de la mujer. “Es incorrecto decir que la niña pequeña suspende su primera relación materna a favor del padre. Ella solamente lo incorpora a la unión, progresa de la relación madre-hija exclusiva al triángulo padres-hija que mantiene como el primero de toda su vida, si bien en forma más atenuada y menos elemental; cambia solamente el papel principal, primero lo juega la madre, luego el padre.

La indestructibilidad de las constelaciones afectivas se manifiesta en posteriores repeticiones. En su relación con su propio hijo repite la mujer su propia relación con la madre e intenta proseguir el proceso psicológico regular en un nuevo triángulo.

Mientras espera su hijo, incluso antes del comienzo de la maternidad, la mujer se prepara psicológicamente para el triángulo. A veces se expresa esto directa y conscientemente en el deseo: quiero un hijo de él, con él. El

papel del hombre está claramente delineado desde el principio. En otros casos puede ser el deseo: quiero un hijo, y el hombre queda en segundo plano. El papel femenino normal siempre incluye al hombre y no sólo en sentido físico sino porque la constitución de un triángulo es en ella necesidad profunda. Tal necesidad se manifiesta incluso en las situaciones más inesperadas y puede, si no es satisfecha, alterar considerablemente las relaciones con su hijo” (H. Deutsch).

Según las experiencias y observaciones disponibles, cada ampliación de la relación personal significa un cambio que produce algo nuevo y distinto, no derivable de la relación más sencilla. El número de las participantes no anticipa la estructura posible: un sistema tripersonal no precisa consistir necesariamente de tres cabezas; un juego de tirar la cuerda es un sistema bipersonal, incluso si los oponentes son muchos jugadores desigualmente distribuidos. El ser común es cualitativamente mejorable pero no multiplicable numéricamente agregando individuos⁸². Igualmente poco importante es de qué distintos modos se agrupan los miembros o en qué forma (espacial o temporal) aparecen comunidades. La persona siempre pertenece a distintas comunidades: el niño está en la comunidad de la familia, también en la del colegio, de los compañeros de juego, de un movimiento juvenil. La imbricación es múltiple y en cada caso se comporta el niño diferentemente. Las fuerzas sociológicas de esta comunidad se mueven e influyen o se superponen. Un matrimonio no es solamente una sociedad conyugal sino también una camaradería de trabajo, una sociedad económica, una comunidad de pensamientos. Las imbricaciones son innumerables y no se encuentran en el espacio. La persona humana nace en una familia, recibe, conserva y pierde amor, crece en una relación de diferenciación con hermanos y amigos, ama y odia, se esfuerza y se opone en conjunto con otros, se desarrolla en todo caso en permanente vinculación con el entorno. Así germinan formas independientes de la elección y la voluntad, que a su vez tienen una evolución en la vida

82 La expresión “el bien común está antes que el bien individual” sería falsa si se la considera numéricamente.

personal. El niño pequeño muestra un modo de formación de grupo a la que se llama “afiliación” (“*Gesellung*”) (E. Stern). Se junta con otros indiscriminadamente, sin que algo especial o personal lo atraiga a niños determinados; desea solamente “estar junto a”, “participar” –independientemente de lo que se juegue. Sólo en edades más tardías se desarrollan amistades y camaraderías de juego. En la pubertad aparece la pregunta por la relación del individuo con la totalidad, los fines y tareas de la comunidad se experimentan como exigencias y obligaciones. La madurez trae al compañero(a) sexual y luego la camaradería de trabajo y tarea. Las transiciones son inconscientes y de carácter discreto⁸³. La conducta social de los adultos está determinada a su vez por las experiencias inconscientes de la secuencia total de desarrollo: la relación niño-padres, la relación con los hermanos es decisiva para las relaciones sociales de la vida ulterior. Lo que concretamente ocurre en cada relación es el entrecruce de fuerzas multidimensionales, cuyo origen y dirección van más allá del tiempo, el espacio y la cantidad.

De modo consistente, la relación tripersonal se continúa en la forma aumentada del grupo; por ello, una breve consideración sobre la esencia del grupo desde el punto de vista de la bipersonalidad, aunque esto trascienda el marco de la investigación.

En el antiguo ejército la voz “grupo” designaba una unidad táctica de número fijo. Tras todo lo dicho, debe aceptarse que ni la caracterización numérica ni la división necesaria según cometido captura lo esencial del grupo. Todos los ordenamientos forzados por la división del trabajo u otra partición objetivamente necesaria llevan a “equipos” (*Körperschaften*), “sindicatos” (*Betriebsvereinigungen*), “gremios” (*Berufsverbände*) pero no a “grupos”. Cuando determinaciones objetivas, contratos u organizaciones ligan a las personas está el cierre y no la elección espontánea de la comunidad. También a partir de una idea puede, pero no debe, formarse un gru-

83 La influencia deliberada sobre la maduración social encuentra de regla oposición. Allí donde se obligan afinidades se producen contrarreacciones (Véase K. Kors, “*Arbeiterjugendbewegung*”, Berlín, 1924).

po auténtico: recién cuando la idea común del grupo tiene una faz dando la capacidad de interpelarse y con ello unirse contra otros nace un grupo auténtico, independientemente del número y la composición.

Pensemos en ejemplos cotidianos. En un choque de automóviles se forman espontáneamente grupos que toman partido (curiosos, ayudadores, etc.). Viktor von Weizsäcker describe en “Casos y Problemas”: “Cuando hoy temprano estaba en el tranvía presencié una escena que se experimenta con frecuencia. Puede describírsele con la frase ‘Un hombre desea entrar al vehículo’. El que está delante de la puerta se niega. Se forman entre los presentes dos grupos: unos piensan que hay suficiente espacio en el interior, otros que tal no es el caso. Hay disputa generalizada. Pero hay un tercer grupo que displicentemente calla pero escucha. En su interior participan todos”.

Para el grupo es fundamental el “entenderse” mutuamente de sus miembros, ya sea en forma subjetiva en el saber y querer comunes u objetivamente en la realización espontánea de trabajo, costumbre o rito. Que este comprender no necesariamente se presenta racional y consciente lo ha mostrado en especial el psicoanálisis en su forma “terapia de grupo”⁸⁴.

Todas las características tratadas de la bipersonalidad son también distintivas de la relación personal multidimensional de un grupo. El grupo no puede formarse por órdenes sino que se genera espontánea y libremente.

84 Para el desarrollo del método se partió de la suposición de que las acciones de un miembro son permanentemente moduladas por la percepción que el individuo tiene de la postura del grupo hacia él. Dentro del grupo esta capacidad de empatizar del individuo con relación a la postura de los demás es despertada y promovida. Así se muestra a sus miembros que cada individuo participa en doble forma en la vida del grupo: una es abierta y consciente; junto a ella hay otra forma de participación “anónima”, oculta aún para la misma persona. Y esta conducta anónima del individuo sólo puede tener expresión dentro y a través del grupo, esto es, en la convivencia diaria de los pacientes. Esta esfera de lo anónimo se denomina “mentalidad de grupo” (Bion: *Gruppentherapie, International Congress on Mental Health*, London, 1948). Especialmente digno de mención en este contexto es el así llamado grupo sin dirección en el cual el terapeuta queda en el trasfondo y la dirección es asumida en forma cambiante por miembros individuales. Los “grupos sociales psiquiátricos” pertenecen a esta categoría.

Su formación es, igual que la bipersonalidad, un fenómeno no derivable sino en su manifestación especial descriptible. Un conjunto de personas no es aún un grupo, porque no puede definirse numéricamente. El líder de un grupo no puede ser impuesto, sino se establece por la actividad del grupo y por la conducta complementaria de sus miembros es reconocido como tal. Por tanto, no es líder por propia voluntad o por “gracia de Dios” y tampoco en forma vitalicia, sino en tanto los miembros del grupo lo confirman mediante su conducta complementaria.

Como muestra el ejemplo de la terapia grupal de Bion, las relaciones de los participantes de un grupo entre sí descansan sobre la participación abierta, consciente y oculta, también “anónima”. Precisamente, tal participación oculta requiere el grupo para alcanzar expresión (“pática”). Como la bipersonalidad auténtica, también el grupo exige fuertes centros personales, ya que también es susceptible de diversas formas de destrucción: degradación hacia la unificación de los participantes (masticación) o en el anonimato de la organización con rigidización en estatutos preestablecidos (el grupo vive en contraste mediante reglas no escritas y por responsabilidad no codificada); por otro lado, caída en la anarquía (privación en la falta de relación, según la terminología de la bipersonalidad). Todas estas formas de degradación las ha observado y comprobado Lewin en Iowa en escolares⁸⁵.

Vemos en el “grupo” un límite transitorio para la aplicación de la dinámica bipersonal. Independientemente del número de personas o la forma de su comunicación, alcanza una tal consideración sólo en tanto es posible

85 Ha podido, mediante experimentos con escolares, producir y observar tres estructuras sociales artificiales: la autoritaria, la democrática y la anárquica. Por fuerza se dio en el grupo autoritario una exacerbación de la postura hostil con el deseo compartido de encontrar un chivo expiatorio. Se comprobó la mayor estabilidad y productividad en el grupo democrático, el cual requirió formación y tiempo. Una observación típica se corresponde con nuestra investigación de la situación laboral (F. Redl “*Elements in discipline problems*, Detroit, 1942). Mientras el “monarca escolar” dirige para el “pueblo” está todo bien. Mas no bien utilice su situación para necesidades personales, se identifican los miembros el grupo con su jefe y dan expresión a sus propios impulsos individualizantes: la corrupción social va “de arriba hacia abajo” (citado según Alexander “*Die irrationalen Kräfte unserer Zeit*”, Klett, Stuttgart, 1948).

una auténtica concordancia y una participación personal. Ella puede estar limitada por la amplitud del círculo de personas, esto es, por la imposibilidad de una mirada global e imbricación personal. En lo esencial, tal amplitud es imposible de establecer numéricamente. Una idea potente, una meta valórica de gran ascendiente puede abarcar numerosas personas en auténtica pertenencia bipersonal; a la inversa, desaparece el grupo en una idea insuficiente o en la incapacidad de sus miembros. Puede obligársela mediante la uniformidad forzada externa o a través del impulso a la entrega interior. Nunca es medida de su existencia lo ordenado-estático sino solamente la fuerza de vinculación de sus miembros por sus valores y metas reconocidos comunitariamente. La sociología debe partir del pluralismo de tales grupos cuando progresa a ordenaciones amplias.

XII. La forma social del trabajo

La investigación ha atravesado hasta ahora tres estadios.

En el primero se trató de esclarecer la estructura de la bipersonalidad y en este contexto se investigaron los principios de relación entre dos personas en la conducta normal, en la destructiva y en la patológica.

El segundo estadio ya constituyó algo de “sociología real”, ya que las formas de encuentro y trato fueron expresamente analizadas bajo el aspecto de procesos vitales socialmente determinados. Aunque nos hemos servido del método de la psicofísica, en contraposición a la fisiología sensorial, sin la meta de una “idealización” (*Ideierung*), el experimento y el método fueron desde el principio un caso extremo (“esquema”) de un trabajo manual concreto, como prototipo de una conducta orientada a la modificación de realidades con sus determinaciones sociales necesariamente inherentes a ella. El modelo de pensamiento no es “científico natural”, sino pretende ser “sociológico”.

En el tercer estadio se amplía el ámbito de la indagación: objeto de investigación, configuración y método son ahora caso límite (“esquema”) de la forma moderna de trabajo industrial.

En la “forma social del trabajo” se ordenan en conjunto las metas y los factores de la producción, fuerzas técnicas y personas con sus correspondientes relaciones de poder. Ningún factor está aislado. Los trabajadores no pueden actuar excluyendo las fuerzas técnicas de producción y tampoco puede hacerlo el sector empresarial sin considerar lo social y lo técnico. Esta relación recíproca no es una cualquiera que se constituyera ciegamente a tenor de agrupaciones de poder ocasionales sino una ordenada. Según las reglas hasta ahora elaboradas en el “pequeño” triángulo (cosa-proceso de trabajo-persona), tampoco puede esperarse que uno de los factores fundamentales del trabajo industrial pueda ser considerado variable independiente y constante, sino que todos los factores se encuentran en una relación de reciprocidad. Si en la “forma social del trabajo” se distingue entre “factores reales” (todo aquello que es concretamente eficaz en el trabajo) y “factores ideales” (aquello que contiene el sentido y valor del trabajo en el “espíritu” técnico), no se observa determinación unilateral –causación ideal o natural– sino igualmente una relación recíproca inhibitoria o facilitadora. Nada puede ser aislado o unilateralmente considerado.

La influencia recíproca entre actividad laboral y objeto del trabajo ya fue comentada. Así como en el tacto la mano mueve el objeto y así percibe cómo, en el acto de tocar, se manifiesta siempre nuevo y con mayor perfección, asimismo se desarrolla el objeto del entorno recién en el manipular, en el trabajo mismo. Esta relación no permite aislar elementos de la organización del trabajo y analizarlos separadamente; por ejemplo: de una parte el resultado técnico y de otra el trabajador. En este contexto no es válido dividir a la persona en fuerza de trabajo y portador de la fuerza de trabajo, como suele hacerse en los contratos laborales⁸⁶. El trabajador se incluye así en la constelación de las fuerzas técnicas y es desvalorizado como persona. Tales determinaciones exteriores son erradas porque, como se ha mostrado, la determinación puramente racional-mecánica no es apli-

86 En el “contrato de trabajo” el trabajador es considerado sólo fuerza laboral en contraposición al derecho eclesial, estatal o familiar. Véase E. Rosenstock “*Vom Industrierecht*”, Berlín, 1926.

able para el concepto de “trabajo”. Allí donde hoy se habla de trabajo hecho por personas se trata en segundo plano de procesos cuantitativo-mecánicos porque, a lo sumo, tales energías definibles son proporcionadas por máquinas y el auténtico trabajo humano consiste en distribuir, formar y estructurar las energías al tratar con máquinas o herramientas. “Trabajo” es, por tanto, en las formas esenciales de rendimiento, formación, estructuración, más un suceso cualitativo que cuantitativo. Aunque se mueva el trabajo en el espacio ambiguo de lo concreto-energético y lo humano-formador, no puede trazarse una línea estricta de demarcación. Tales límites pueden formularse teóricamente pero son cambiantes según el estado y la meta del análisis y se pierden durante el acto concreto de trabajar. Entre organismo y objeto de trabajo no existe diferenciación concreta en la realización concreta; el sujeto y el objeto son generados en cierta forma en su trato recíproco.

De allí se sigue que la forma social del trabajo moderno no está determinada sólo por los aparatos ni por la empresa económica ni solamente por fuerzas sociales, sino que es todo eso en conjunto en una condicionalidad recíproca. Sobre la técnica se ejercen sin límite claro fuerzas sociales formativas que, a su vez, tienen efecto sobre la rentabilidad y la economía, y viceversa.

Si resumimos todo lo que se entiende por aparatos técnicos, idea técnica e intención de rendimientos técnicos, y designamos a su representante como “ingeniero”, al representante de la parte económica como “empresario” y al realizador de la tarea como “trabajador” tenemos un problema de comunidad, de cuyas regularidades podemos sacar algunas conclusiones.

1. En la dinámica tripersonal la autonomía del sujeto aislado es una ficción. Por ello, no pueden entenderse distributivamente los elementos de organización del trabajo, ya que la forma social del trabajo es un sistema solidario de necesidad comunitaria (Michel). Cada aislamiento paga el precio de destruir, con daño de la meta concreta del trabajo. La tecnocracia consecuente con un capitalismo de mercado unilateral es, en los

términos de la bipersonalidad, tan inaplicable como un socialismo político unilateralmente establecido. El crecimiento sano y autónomo de estas formas de organización requiere de libertad para su desarrollo, que sólo puede adquirirse considerando a los miembros. Tengamos en cuenta la historia social para determinar la corrección de este argumento. Por ejemplo, parece demostrado históricamente⁸⁷ que la influencia aislada de las fuerzas productivas lleva al cambio social. Porque un orden social se encontraba en descomposición y porque cambios espirituales y políticos habían acontecido primero, se ha podido desarrollar la técnica sin vinculaciones sociales. Las fuerzas sociales contrarias se han desarrollado entonces no con sino contra la técnica y necesariamente como un “malentendido correlativo” en el sentido de la dinámica tripersonal.

2. Otro hecho fundamental de la bipersonalidad: el involucramiento en la relación personal está dado de antemano. Sería un error considerar la relación como “ejercida” por una orientación del interés o mecanismos de vinculación. Tampoco existe entre los tres elementos de organización del trabajo un sistema externo específico de dirección o adaptación, ya que no es posible ni deseable crear tal adaptación si no se genera a partir del trabajo mismo. Es por tanto errado intensificar la relación entre empresariado y técnica, por una parte, o entre técnica y trabajadores, por la otra, con medios que no se encuentren en el encuentro mismo y se hayan desarrollado a partir de éste. La política laboral desde 1900 es un tesoro para demostrar la exactitud de esta afirmación, por ejemplo, la errada especulación de un socialismo humanitario y compasivo, tal como se ha desarrollado “de arriba hacia abajo” en sistemas económicos capitalistas como medidas complementarias para solventar urgentes demandas sociales (contratando, por ejemplo, “ingenieros sociales”). En semejante dirección se encuentran los errores de querer influir mediante artificiosas medidas educacionales, psicológicas o morales. Cada política social directa y caprichosamente for-

87 E. Michel, citado antes, y M. Scheler en *“Wissensformen und die Gesellschaft”*: “El espíritu de la ganancia ilimitada, que tras la eliminación de la economía medieval de subsistencia se limitó por la competencia, promovió el racionalismo técnico y llevó a la entrada de la técnica y luego a su hegemonía”.

mulada se preocupa en lo esencial de una homogeneidad de orientación (*Gleichrichtung*) que no existe por motivos epistemológicos y sociales: “Por su naturaleza, la política social puede a lo sumo actuar desde afuera. Puede abrir compuertas o eliminar resistencias. Pero como acto que fundamentalmente quiere influir por sobre la empresa y en forma obligada, y privar así de la libertad de autoconformación y ordenación de las partes en la empresa, no alcanza ella el núcleo de la organización empresarial. Actúa dictando leyes, generalizando y uniformando de arriba hacia abajo, en tanto la tarea de la política empresarial exige un proceso de crecimiento y conformación de abajo hacia arriba y necesita de leyes que abran caminos y fomenten libertad” (E. Michel refiriéndose a E. Rosenstock y Jos. Winschuh). Aquí lo que el empresariado y el Estado pueden intentar es, independientemente de su breve eficacia, un proceso que a) por sí mismo considera una “adaptación” ficticia y b) planea una secuencia de “arriba hacia abajo”.

Se ha demostrado que en ambos casos aparecen reacciones en contra inesperadas (por ejemplo, por parte de los trabajadores).

El mismo error se comete cuando se busca la “adaptación” entre trabajador y técnica en lugar de entre empresario (o Estado) y trabajador. El error es aquí más manifiesto. La asociación constructiva de persona y empresa culminó en la “psicotécnica” de los años 20, que prometía una mejor coincidencia entre hombre y máquina mediante sus métodos. También aquí la pregunta es unilateral, formulada exclusivamente desde la máquina y con un efecto disgregador en lo social. El caso clásico de deseo de acoplamiento de hombre y técnica fue en este contexto el taylorismo exagerado, el cual finalmente llevó a una burocratización de los repartidores del trabajo, controladores, funcionarios para evaluar tiempo y función y, por otra parte, condujo a una yuxtaposición sin vinculaciones del trabajo atomizado” (Hellpach). La vinculación originalmente personal entre maestro y trabajador o trabajador y colaborador se perdió porque la economía humana racionalista no se preocupó de si esta forma de ordenamiento está de acuerdo con las necesidades del trabajador y satisface aquella libre voluntad que supone

el principio bipersonal de la reciprocidad⁸⁸. Una liga de trabajo no puede ser formulada exclusivamente desde fuera y luego dictada en forma obligatoria. Es un error sociológico creer que una economía planificada o una política laboral constructiva pueden forzar colaboración productiva de los participantes. Una investigación sobre tal asunto ha indicado que en el trabajo bipersonal el grado de eficacia es óptimo cuando el trabajo se puede organizar libremente. Disminuye cuando un parámetro (forma o tiempo) es fijado por un marcador de ritmo y es peor cuando se prescribe tanto la forma como el tiempo. Incluso cuando lo indicado sea fisiológicamente apropiado. “Si el espíritu se impone metas del ser común y modificación de los factores reales que no se encuentran en el ámbito del contexto propio de causación, intenta morder el granito y sus utopías desembocan en la nada” (Scheler, en “*Probleme einer Soziologie des Wissens*”).

3. Si se acepta que los elementos básicos del trabajo como forma social (economía, técnica, trabajadores) son miembros mutuamente dependientes, es inadecuada cualquier prioridad de uno de los miembros y señal de una destrucción:

a) El egoísmo del interés empresarial y del “*scientific management*” de la conducción de la empresa después de 1900 supuso la exclusión opositora de los trabajadores. Apareció el mismo fenómeno de la división que en los experimentos grupales de Lewin, en los cuales los seguidores obligadamente se inclinan hacia la obstrucción cuando la cabeza comienza a manifestar intereses egoístas.

b) En el momento de la priorización de lo técnico, a tenor del desarrollo de la gran empresa, se contrajo (necesariamente) la relación personal hacia el trabajo. En lugar de un conformismo espontáneo se desarrolló una disciplina laboral técnicamente dictada. La repartición personal de

88 W. Eliasberg ha demostrado que nuestra economía descansa esencialmente en que por propia iniciativa –aunque en forma inconsciente– se realiza más trabajo que el realmente compensado por salario. Este rendimiento adicional es el que propiamente produce plusvalía (citado por Michel).

tareas en mutua comprensión fue reemplazada por cosas (línea de ejecución, hoja de trabajo, guías). El ordenamiento y la subordinación ya no se realizaron en la relación entre personas sino entre cosas y personas; una subordinación auténtica bipersonal supone implícita o explícitamente el reconocimiento de otra persona. Si ésta es reemplazada por una cosa, se trata tácticamente de un sometimiento unilateral; la relación del trabajador con el trabajo pasa a ser una pseudorrelación de apariencias. Procesos de represión de magnitud no imaginada se asocian a esta desvalorización con consecuencias en la familia, la camaradería, etc.

c) Una tercera unilateralidad yace finalmente en el lado de los trabajadores cuando les interesa adquirir una prioridad en el sector económico y financiero del “trabajo”. Por ejemplo, tendencias exageradas a participación monetaria o aspiraciones sindicales unilaterales, con lo que se deteriora el rendimiento comercial genuino del empresario y su derecho a determinar y fijar la producción. Cualquier deformación del triángulo de fuerzas que representa la forma social del trabajo actúa destructivamente, ya que al desplazarse el énfasis de una parte enfatiza la otra su punto de vista obligatoriamente.

Bastan estas consideraciones, ya que no se puede aquí tratar de sacar la multifacética contextura del “trabajo” de la zona limítrofe entre antropología social o sociología médica al para nosotros desconocido ámbito propio de la ciencia social. Pero no puede quedar sin resolver la pregunta final sobre qué soluciones podrían proponerse o en qué dirección deberían buscarse, considerando los aspectos hasta ahora examinados de la bipersonalidad. Nos referimos aquí a la historia social del ordenamiento laboral y extraemos los correspondientes estímulos.

El desarrollo moderno de la vida laboral, su extensión con imbricación simultánea y la interpretación tecnificada no pueden volver atrás. La orientación debe acontecer considerando esta condición; una nueva orientación es eficaz sólo si procede de dentro y no de fuera.

Como en la situación bipersonal el individuo tiene un doble carácter y cada acción en relación con el prójimo y los otros tiene efectos retroactivos (manifiestos u ocultos), el punto de partida más importante es el elemento corporativo del trabajo. Este elemento corporativo y personal puede solamente considerarse si se desarrolla en concreto: en el círculo visible del grupo por ejemplo. Como en la forma antigua del trabajo se estilaba que el encargo se tomara de la mano del maestro, en su lugar entra el grupo. Lo que antiguamente en el trabajo manual constituía la familia trabajadora es ahora el grupo autoordenado y personalmente vinculado. Desde el centro de éste surge un representante con eficacia de modelo en forma genuina y negocia con el empresario. Se forma así en las grandes empresas ese espacio intermedio en el cual la responsabilidad y la corresponsabilidad todavía pueden ser personales. Al transferir el espíritu y la individualidad del grupo a un representante que se genera desde su propio centro, no se trastorna la conexión y la técnica con su tendencia a la determinación foránea no se opone al grupo. Con ello se plantea un segundo principio: la colaboración recíproca y retroalimentada. Ocurre así: una corrección de todos los intentos de solución unilaterales es posible cuando todos se sacrifican del mismo modo en forma no manifiesta. Este sacrificio se produce secretamente cuando la jerarquía empresarial tiene una limitación y, a la inversa, las propias exigencias de los trabajadores se limitan autónomamente. Notables, desde el punto de vista de historia social, son en este contexto ejemplos prácticos en esta dirección. En Francia aparecieron después de 1918 los así llamados trabajos en comandita; en Alemania, E. Rosenstock con su idea de las “colonias taller” (*Werkstattaussiedlung*): “Si es correcto que tanto la industria como el suelo laborable debe dividirse para mayor estabilidad y lograr que los trabajadores industriales laboren con el celo de los campesinos, debe ser algo más espiritual que la propiedad lo que permita la división, esto es la responsabilidad de cada uno, esté arriba o abajo en el proceso laboral, según sus capacidades en cada parte” (H. Dubreuil)⁸⁹. El grupo es “comanditado” por el empresario, esto es, se le

⁸⁹ Es el fundador del movimiento comanditario con su libro “*La République industrielle*” (cita según Michel).

encomienda algo para su realización autónoma; en lugar del mandato de dependencia aparece el concepto de la “colaboración” comprometida. El grupo tiene además la posibilidad de formar su propio orden en el sentido del conformismo. El trabajador se encuentra en una cierta relación de membresía respecto de la empresa. Incluso desde el punto de vista legal se superaría su actual posición en la relación salario-trabajo.

En el capítulo sobre el conformismo se mostró que la “forma” es algo distinto de lo “uni-forme”. Se malentendería el conformismo si se lo equiparara a la uniformidad forzada del trabajo industrial técnico. El conformismo involucra en recíproca relación el triángulo realización objetiva, persona y prójimo. Con ello la forma se torna maleable y nueva con cada meta laboral. Entonces, por su parte, el grupo opondría a la uniformidad técnica aquella fuerza individual de la estructuración que ha desaparecido en el industrialismo moderno⁹⁰.

Terminamos aquí, ya que no esperamos solucionar problemas sino discutir caminos y orientaciones en donde buscar soluciones y aquellos intentos de solución que en principio descansan en falsas premisas. Tan bueno y quizá más importante y urgente sería la aplicación de la estructura bipersonal a problemas jurídicos (por ejemplo, el derecho laboral)⁹¹ o a los fundamentos jurídicos del seguro social. En la zona limítrofe entre medicina y derecho penal (eutanasia y experimentos en seres humanos) existe ya una investigación orientadora⁹².

90 El pensamiento del “*Werkstattaussiedlung*” (Rosenstock) o de “*Werkstattskommandite*” se recoge en muchos sitios. Michel, Lohmann y otros en Alemania, en Suiza bajo la divisa “*Au delà du salarial*”. Se promueve en este contexto una nueva figura legal, en la cual el trabajador no ingresa a la empresa sobre la base de un contrato de servicio, sino en el marco de una auténtica participación. Véase el conjunto “*Soziale Betriebsgestaltung*”, editado por W. Hergt y O. Pfeffer. Heidelberg, 1948.

91 En teoría y práctica tan separados porque no se consideran los fundamentos antropológicos del derecho laboral, por ejemplo en el concepto del “contrato de trabajo”. Véase H. Sinzheimer, “*Grundzüge des Arbeitsrechts*”, 2ª. Ed., 1927.

92 Von Weizsäcker, “*Euthanasie und Menschenversuche*”, Psyche I, 1947.

En todos estos temas el pensamiento decisivo es que la medicina, dentro de su propia sustancia, debe desarrollar los parámetros mediante los cuales, en el campo de las relaciones personales, dar una respuesta válida a problemas del poder y a preguntas éticas y jurídicas. La medicina es en muchos sentidos más capaz que la sociología porque conoce mejor al ser humano y ha reconocido que la persona no sólo es simultáneamente “espíritu” e “instinto”, sino también determinación recíproca de ambas. La medicina ha dejado su objeto específico –la persona– a las ciencias naturales y estaba en riesgo de someterse a una determinación externa, cuya significación sociológica nos ha ocupado. El viejo antagonismo entre sujeto y objeto, más o menos culpable de la oculta metafísica mecanicista del otro, en la medida en que ha puesto en su fundamento el “pienso, existo” del sujeto cartesiano autónomo y por lo cual el objeto-mundo se explica mecanicistamente, es en parte responsable de que adquiriera un carácter sociológicamente neutral y en extremo científico-natural. Si se determina el hombre bipersonalmente en conjunto con el entorno, es por tanto él y su mundo un proceso de trato recíproco en un encuentro pleno de sucesos. De forma necesaria, ni el mundo es plenamente objeto ni el hombre solamente subjetividad, sino se separa de esta alternativa (por lo menos como predeterminación y ulterior precisión epistemológica). Entonces, la medicina muestra también de nuevo su carácter de fusión general, esto es, sociológico. Algo parece indicar tal desarrollo, como el interés creciente de la política, la filosofía del derecho, la ciencia social y la religión por la medicina. Actualmente, cuando la medicina ha descubierto su propio núcleo sociológico, retomará la recíproca relación de todos los ámbitos de la vida –algo que realmente debe esperarse por la dinámica bipersonal.

La medicina antropológica de Heidelberg: una perspectiva personal y algunas reflexiones⁹³

Fernando Lolas Stepke

Me propongo presentar una perspectiva personal sobre lo que el profesor Pedro Laín Entralgo llamara, alrededor de los años 50 del siglo XX, la “escuela de Heidelberg”. Quería con ello significar una unidad de propósito y una continuidad histórica en autores que aportaron a la mirada médica una amplitud y una profundidad a las que hoy, desde la lejanía de un futuro que ellos apenas entrevieron, podemos rendir tributo y enjuiciar críticamente. Al hacerlo, me situaré en un contexto altamente personal y autobiográfico, ya que realicé parte de mis estudios en esa tradición, inspirado por el deseo de globalidad con que quería enriquecer mi incipiente carrera académica, entonces orientada a la investigación fisiológica del comportamiento. Deseo aclarar que la expresión “escuela de Heidelberg” también ha sido usada para referirse a la psiquiatría. Creo que en ambos casos es la vertiente antropológica del arte y la ciencia de la medicina lo que se quiere destacar⁹⁴.

Para mí, Heidelberg y la medicina antropológica que Laín Entralgo destacaba están inextricablemente ligados a mi evolución personal. Apenas me

93 Una versión de este artículo apareció en la revista “Persona”, publicada por la Facultad de Psicología de la Universidad de Lima, Perú, nº 11, 2008.

94 Hago notar la polisemia de la expresión “antropología médica”, de muy diverso valor semántico en el ámbito angloparlante y en el de la literatura médica continental, especialmente la alemana y la española. Cf. Lolas, F. Antropología médica. En *Terceras Jornadas Argentino-Chilenas de Medicina*. Instituto de Chile, Santiago de Chile, 1999 (pp. 143-146).

gradué de médico en la Universidad de Chile, en 1973, decidí continuar el trabajo que como ayudante del Departamento de Fisiología y Biofísica iniciara ya en el segundo año de mis estudios. Entonces nuestro tema era la actividad eléctrica cerebral durante los procesos de aprendizaje en conejos y monos ardilla, y el deseo de entender los correlatos fisiológicos de los procesos psicológicos, aun en la forma sencilla que exige la indagación de laboratorio, me enfrentaba a interesantes problemas epistemológicos. Gracias a la benevolente ayuda de personas a las que guardo afecto entrañable y a mis méritos académicos pude realizar una formación mixta en que combiné la disciplina de la neurofisiología con la clínica psiquiátrica. Hacia 1975, en que partí por primera vez a Heidelberg gracias a una beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (*Deutscher Akademischer Austauschdienst*), ya había decidido que la perspectiva que cultivaba en el *Institut für Allgemeine Klinische Medizin* el profesor Paul Christian, sucesor de Víctor von Weizsäcker y quien sería mi maestro, era la que yo requería para ampliar mis horizontes. He narrado algunas de las circunstancias de mi carrera temprana en otro lugar, destacando los principales temas a que me aboqué y la forma en que la experiencia de Heidelberg se insertó en lo que luego sería mi trabajo en la Universidad de Chile⁹⁵. Asimismo, en una entrevista que el psiquiatra peruano Renato Alarcón incluyó en su ya famoso libro “Identidad de la psiquiatría latinoamericana”, bosquejé algunos de mis tempranos intereses y su evolución ulterior⁹⁶.

La amalgama entre la fisiología, concebida al estilo de Claude Bernard como el fundamento de la medicina científica, la clínica médica y la reflexión filosófica no se encontraban en ninguna parte mejor representadas que en Heidelberg y la lectura de algunos estudios en que se combinaba la psicoterapia con la medición de variables corporales no hizo sino reafirmar mi convicción de que la vertiente psicósomática, en esa peculiar versión alemana, era lo que necesitaba para consolidar una línea de trabajo

95 Lolas, F. Hacia una psiquiatría multidimensional. *Investigación en Salud* (Guadalajara, México) 1: 29-33, 1999.

96 Alarcón, R. D. *Identidad de la psiquiatría latinoamericana*. Siglo XXI, México, 1990.

satisfactoria. He dejado en mi libro “La perspectiva psicósomática en medicina” una impronta de lo que fueron aquellos tempranos intereses, mi impresión del Heidelberg de los años 70 y algunas aportaciones teóricas que me acompañan desde entonces como saber implícito⁹⁷.

Cuando llegué a Heidelberg encontré algo diferente de lo que había esperado, pero también algo que no imaginaba. Amplié mis trabajos a la Clínica Psicósomática, dirigida a la sazón por el profesor Walter Bräutigam, y a la Clínica Psiquiátrica, especialmente el Departamento dirigido por el recordado profesor Hubertus Tellenbach, a quien unían con Chile ya antiguos lazos de amistad y trabajo. Asimismo, incursioné en el estudio de la historia medieval y la historia de la medicina, uniéndome al grupo de trabajo en torno al profesor Heinrich Schipperges, con cuyo colaborador Dietrich von Engelhardt todavía hoy me unen lazos de estrecha amistad. Fue en la biblioteca del Instituto de Historia de la Medicina donde encontré algunos números de la revista *Quirón*, que diligentemente editaba y distribuía José Alberto Mainetti desde La Plata, en Argentina, publicación en la que se daban cita las humanidades y la medicina bajo la advocación del centauro sabio. Quienes me conocen me han oído mencionar más de una vez la paradoja de nuestro ser latinoamericano, que precisó que yo estuviera en Heidelberg para conocer los trabajos que se realizaban en la vecina Argentina.

El trabajo en investigación psicósomática pronto me llevó a incursionar en asuntos relativos al comportamiento no verbal⁹⁸ y a la conducta verbal⁹⁹, al desarrollo de métodos biométricos y psicométricos para la recolección de datos en condiciones significativas para los sujetos¹⁰⁰ y al estudio de la

97 Lolas, F. *La perspectiva psicósomática en medicina*. Editorial Universitaria, Santiago, 1984. (Segunda edición, 1995).

98 Lolas, F., Ferner, H. Zum Begriff des impliziten Verhaltens. *Zeitschrift für klinische Psychologie und Psychotherapie* (Freiburg) 26: 223-233, 1978.

99 Gottschalk, L.A., Lolas, F., Viney, L. (eds.). *Content Analysis of Verbal Behavior. Significance in Clinical Medicine and Psychiatry*. Springer-Verlag, Berlín, Heidelberg, New York, 1986.

100 Lolas, F., Mayer, H. (eds.). *Perspectives on stress and stress-related topics*. Springer-Verlag, Berlín, Heidelberg, New York, 1987.

tradición histórica que me acogía¹⁰¹. Largas y placenteras fueron las conversaciones que a lo largo de los años sostuve con muchas personas. Nadie negó su colaboración a mi deseo de conocer el pasado, a veces de difícil memoria, que nos enfrentaba a la época nacionalsocialista y a la evolución conceptual y empírica de la “medicina basada en la persona”. Esta expresión, que invento para contrastar con la más conocida “medicina basada en pruebas” (*evidence-based medicine*) recoge el espíritu nuclear de esa escuela, cuyo principal exponente había declarado que la tarea de su doctrina y enseñanzas eran y debían ser la (re)introducción del sujeto a la medicina y la biología.

Heidelberg, en los muchos años y largos días que ahora evoco, representó una estación importante en mi peregrinaje intelectual. Cierto es que la tradición, cuando yo la conocí, arrojaba solamente los destellos de un pasado más venturoso, pero aún se mostraba, en la letra impresa al menos, con el macizo continente de algo inconcluso y merecedor de atenciones y cuidados. Con mi maestro Paul Christian debatimos muchas veces sobre lo difícil que resultaba encontrar interlocutores que supieran recrear algo del entusiasmo y la densidad intelectual con que aquellos renovadores de la medicina, entre los que él con modestia se incluía, habían abordado sus trabajos en los difíciles años de pre y posguerra.

Las figuras y las estaciones del desarrollo

He dejado en la nota prologal a mi traducción del último libro de Paul Christian una impronta del desarrollo histórico de la escuela de Heidelberg, centrándome en las que podrían llamarse sus personas importantes¹⁰². Asimismo, en un artículo publicado en alemán, recapitulé algunas de sus orientaciones principales¹⁰³. No puedo dejar

101 Lolas, F. *La perspectiva psicosomática en medicina*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1984. (Segunda edición, 1995).

102 Lolas, F. Paul Christian y la escuela de Heidelberg. Nota prologal. En Christian, Paul. *Medicina Antropológica*. (Traducción y notas de Fernando Lolas). Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997 (pp. 13-30).

103 Lolas, F. Paul Christian und die Heidelberger Schule. *Fundamenta Psychiatrica* (Schattauer Verlag) 15(4): 135-138, 2001.

de mencionar, asimismo, otros escritos en los cuales he desarrollado algunos de los puntos centrales y reconocido la deuda de mi pensamiento con los autores de Heidelberg^{104, 105}.

Tal vez la primera figura de que deba hacerse mención, siguiendo la idea de Laín Entralgo, sea de Ludolf von Krehl, cuyo nombre lleva hoy la Clínica Médica de la Universidad, en la Bergheimer Strasse. Krehl fue un hombre influyente en la medicina de su época, un renombrado profesor y alguien cuya opinión trascendía los límites de su especialidad. Su aporte fue considerable en muchos capítulos de la medicina interna, pero en este breve recuento interesa la adopción de un punto de vista personalista, situado en la perspectiva de la unidad de la persona, con que quiso reflejar los misterios de la individualidad del enfermo y del sano. Hizo suya la vieja sentencia hipocrática “no existen enfermedades sino enfermos” y la llenó de contenido mediante escrupulosas ilustraciones clínicas y el impulso que dio a los trabajos de brillantes discípulos. Para la medicina alemana de su época no ha de haber sido frecuente que un profesor formado en la más rigurosa tradición anatomoclínica y fisiopatológica afirmara que la unidad de la persona es una dimensión espiritual. Tampoco sería de gran rememoración, por razones ajenas a su importancia, el reconocimiento que hizo del método biográfico de la patografía que entonces alumbraba en la obra de Sigmund Freud.

De Richard Siebeck rescato para esta presentación sumaria la reintroducción de la historicidad en la mirada médica. No ya solamente como la clásica anamnesis, que precisamente alcanzaba su decantación y perfeccionamiento técnico en la primera mitad del siglo XX, sino como biografía personal. Siebeck aportará esta dimensión diacrónica humanizada a la mirada del médico y sus escritos reflejarán el interés con que siguió las enseñanzas de su época agregando al personalismo médico de Krehl la potente

104 Lolas, F. *Mehrdimensionale Medizin. Medizinethische Materialien*. Heft 21. Zentrum für Medizinische Ethik Bochum, Bochum, 1988.

105 Lolas, F. *Proposiciones para una teoría de la medicina*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992.

mirada histórica del devenir personal reconstruido en el encuentro entre médicos y dolientes.

Podría afirmar, si no me inhibiera la ausencia de una demostración más palpable, que en la tradición de Heidelberg se aprecia un fructífero contrapunto entre esas dos dimensiones de la “historia clínica” que con tan magistral mano recrea Laín Entralgo: la individualizante, que lleva a recrear una biografía (una patografía, en sentido estricto), y la específica, que reconstruye la realización de una entidad mórbida en un individuo particular (una *species morbosae*, al decir de Sydenham). En las “mentalidades” que según el maestro madrileño jalonan la historia de la medicina, sin duda alguna que Heidelberg no sólo representa la introducción del sujeto en la medicina —como dijeron sus epígonos— sino especialmente el sujeto humano bajo la forma de persona. De allí la justeza de la denominación de esa mentalidad como “antropopatológica” o, más simplemente, “antropológica”. No debe olvidarse que en la construcción de una medicina dialógica, en el sentido de una praxis comunicativa según Habermas, el pensamiento médico recorrió las mentalidades anatómica, fisiopatológica, etiopatológica, biopatológica (con la noción de organismo, especialmente en la obra de Kurt Goldstein), para llegar finalmente a esta concepción cualitativamente distinta de la medicina como una ciencia de acciones humanas. En otro lugar me he referido a las sucesivas conquistas del espacio, del tiempo y de la persona¹⁰⁶, siguiendo laxamente a Foucault, y me asombra comprobar cómo, heredando una tradición compleja, nunca supe desglosarla en sus constituyentes esenciales y que ahora, en este ejercicio reconstructivo de mi personal trayectoria (mis *Lehrjahre* y mis *Wandeljahre*, que quizá alguna vez sean rubricados por unos *Meisterjahre*), se me aparece con tal claridad. Casi podría decir que doy sentido, retrospectivamente, a mis afanes investigativos y docentes en la fisiología, la psiquiatría, la medicina psicosomática y la bioética gracias a la oportunidad de reconstruir mi biografía intelectual.

106 Cf. Lolas, F. Del espacio, el tiempo y la persona (1974). En *Notas al Margen. Ensayos*. Editorial Cuatro Vientos, Colección Travesía, Santiago de Chile, 1985, pp. 67-72.

Casi no cabe dudar que la personalidad central de la “escuela de Heidelberg”, según Laín, sea Viktor von Weizsäcker. Sus abundantes escritos, su talento para la narración, su temprana familiaridad con la fase expansiva del psicoanálisis freudiano, su vinculación de campos disociados entonces, como la seguridad social y la clínica médica, unidos al influjo sobre un grupo de entusiastas discípulos, hacen su figura digna de recordación y análisis. Ya en 1927, en un artículo que escribiera para “*Die Kreatur*”, la revista que en conjunto con Martin Buber y Joseph Wittig dirigiera, había escogido hablar de medicina antropológica en lugar de medicina psicósomática. Indicaba así que lo psicósomático era una estación en el tránsito hacia una medicina de la persona y por la persona, en la que se destacaba su raigambre humanista y su aspiración antropológica. La evolución debía completarse con una auténtica antropología médica, esto es, una disciplina en la que prevaleciera el horizonte antropológico del arte de curar, ya no como trasfondo sino como esencial preocupación. En sus últimos escritos, por ejemplo la “*Pathosophie*”, von Weizsäcker sale de los cauces habituales de la literatura médica y aborda los problemas relacionados con la moral, la fe y la sociedad.

Sus relaciones con el psicoanálisis freudiano merecen mención, pues a Sigmund Freud envió el manuscrito que luego se convertiría en el libro “*Körpergeschehen und Neurose*”, de 1932. Recibió de Freud una respuesta que indica la divergencia, pues en ella se advierte que los psicoanalistas que entonces se formaban debían mantenerse alejados del cuerpo-objeto de la fisiología y concentrarse en las pulsiones y dinámicas del aparato psíquico. Sin duda alguna, las lecturas psicoanalíticas de von Weizsäcker le llevaron a apreciar la importancia de la vivencia y el lenguaje en cualquier teorizar sobre lo humano y le permitieron reforzar la noción de que en el fondo todas las ciencias, las creencias y la filosofía, según el *dictum* de Goethe, confluyen en un solo punto, aunque parezcan separadas como oficios. Hablaba también de una ciencia virtuosa y consideró alguna vez al psicoanálisis como una “ciencia moral” prefigurando uno de los temas, ya tópico en su obra, cual es la moral práctica y la reflexión ética.

Paradójico es, a este respecto, que le haya tocado el difícil período del nacionalsocialismo. Mirado a la distancia, y tras muchas reiteraciones de la interpretación convencional sobre la inhumanidad de aquel régimen, es difícil arribar a un juicio ponderado sobre lo que él significó para la nación alemana y para quienes participaron de sus efectos y consecuencias. Un artículo de Viktor von Weizsäcker escrito en 1947, época en que se llevaba a cabo el juicio de Nürenberg a los médicos que participaron en experimentos sociales e individuales, y que he traducido al castellano, se refiere con ponderación a la circunstancia histórica y a los valores morales que ella permitió develar. Así, por ejemplo, hablando de la eutanasia y los ensayos con sujetos humanos, se refiere a dos principios éticos, la solidaridad y la reciprocidad, haciéndoles jugar un papel importante, no solamente en las decisiones que afectan a las personas como individuos sino a la sociedad en su conjunto. Aunque la interpretación fidedigna de sus aseveraciones requeriría un análisis profundo de la época y los giros idiomáticos entonces usuales, hay en este escrito una cierta ambivalencia y hasta ambigüedad respecto de la preponderancia de lo social o lo individual en decisiones de vida y de muerte. No es el caso entrar ahora en particulares detalles, pero quede esta anotación aquí para sugerir el valor de estos conceptos al momento de comparar tradiciones bioéticas. Parte de mi trabajo en la villa *Serbelloni*, en Bellagio, apoyado por la Fundación Rockefeller, se dirigió a dilucidar los caminos diferentes de la bioética estadounidense y de la medicina antropológica en lo relativo a su sustento moral. Mi libro “*Bioética y antropología médica*” recoge los comienzos de esa reflexión¹⁰⁷, posteriormente continuada en diversos estudios y trabajos aún no publicados. Tras varios años, reconozco la conveniencia, y aún la necesidad, de retomar el estudio de las vertientes históricas de movimientos que aparentemente persiguen metas semejantes con medios diferentes y aprovecho esta ocasión de manifestaciones personales para invitar a otros a sumarse a esta tarea. Si no como protagonista, al menos como partícipe de tales estudios quisiera decir que propondrán sin lugar a dudas alguna

107 Lolas, F. *Bioética y antropología médica*. Editorial Mediterráneo, Santiago de Chile, 2000.

renovación a nuestras monótonas disquisiciones bioéticas “latinoamericanistas”, lamentablemente conducidas por personas que apuestan más a la estridencia de la consigna irracional que a la mesurada reflexión.

No es irrelevante destacar que la patografía nacida en el seno de la obra weizsackeriana difiere de la psicoanalítica en varios sentidos, en especial por el reconocimiento de un proyecto vital más allá de lo pulsional e instintivo y por la permanente referencia al entorno de los enfermos como constitutivo de su ser personas. Quede para otra apuntación la imagen de la persona que emerge de ambos trasfondos antropológicos, pues –como he repetido varias veces– el horizonte antropológico de una forma de medicina –que siempre le precede e inspira– no es evidente de suyo sino debe ser descubierto, reconstruido y recreado. Como esto siempre acontece desde una particular perspectiva histórica, se renueva constantemente la apreciación de la obra pretérita y se la enriquece con nuevas dimensiones. Agrego esta reflexión para que se tenga presente cómo, desde mi condición de latinoamericano, miembro académico de una universidad estatal de un país pequeño, dedicado a los menesteres de la investigación científica y la docencia universitaria, he podido acercarme a esta tradición en una forma que sin duda no fue la misma que tienen o han tenido los europeos o los norteamericanos.

Hacia una integración de perspectivas en torno a la persona

Para mí, conocer al profesor Paul Christian constituyó un privilegio¹⁰⁸. Cuando llegué a Heidelberg había sufrido una irreparable pérdida. Un hijo suyo había muerto trágicamente y su recuerdo gravitaba como un manto de niebla sobre la cotidianidad de ese hogar, sobre los rumbos que tomó el trabajo del profesor, ya próximo al retiro de la universidad, y sobre lo que yo podía esperar de su atención. Pasados los meses y los años su figura permanece indeleble en el recuerdo, y la compañía de su esposa, el trato con su hija Petra y su esposo, los trabajos emprendidos tras su muer-

108 Lolás, F. Paul Christian und die Heidelberger Schule. *Fundamenta Psychiatrica* (Schattauer Verlag) 15(4): 135-138, 2001.

te y los que quedaron inconclusos a la espera de su continuación forman parte de mi vida.

En 1952, Christian publicó un libro titulado “*Das Personverständnis im modernen medizinischen Denken*”, monografía no superada en ambición y alcance, que resume las concepciones médicas sobre la persona humana. Se evidencia el influjo que sobre esa generación tuvo la presencia de Max Scheler, a quien Christian recordaba en sus aspectos humanos singulares y de cuyo ideario se nutrió parte de su formación filosófica. Se documenta allí un tránsito, no siempre fácil, desde las concepciones mecanicistas de la Grecia clásica a las especulaciones del barroco y finalmente a las novedosas aportaciones de un Friedrich Krauss o de los eminentes clínicos europeos con los que mi maestro se formara. Esa monografía tuvo sobre mí un efecto catalizador pues, inspirado por sus sugerencias, decidí consagrar parte de mi tiempo a reflexionar sobre la vertebración histórica de nuestro oficio médico. Creo que en conjunto con muchos otros libros que leí despertó en mí la conveniencia de diseñar, sin prisa pero sin pausa, alguna forma de teoría “para” la medicina (y no “de” la medicina, pues la medicina es una construcción conceptual), de la que un primer intento –insuficiente por demás– constituyó mi libro “*Proposiciones para una teoría de la medicina*”¹⁰⁹. En ese volumen, que obtuvo en Chile el premio de ensayo del Concurso del Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 1993, reuní algunos artículos previamente publicados e intenté brindar una fugaz –y por definición, transitoria– perspectiva sobre mis preocupaciones teóricas. Los elogiosos comentarios que recibí de muchos anónimos lectores y la envidiosa recepción de algunas mediocridades que siempre nos recuerdan nuestra contextura latinoamericana me alentaron a mantenerlo y releerlo con la finalidad, alguna vez, de acometer en serio la empresa de pensar la medicina y lo médico desde una perspectiva autónoma. Me quedan las palabras clave que usábamos como hitos: “patología teórica”, “medicina antropológica”, “subjetualidad versus subjetividad”, entre tantas otras que debo contenerme de reproducir aquí.

109 Lolás, F. *Proposiciones para una teoría de la medicina*. Editorial Universitaria, Santiago, 1992.

Notas sobre la bipersonalidad

Grande impresión me produjo, asimismo, el libro de Christian titulado “*Wesen und Formen der Bipersonalität*” (Esencia y formas de la bipersonalidad). Él se inicia con una frase que dice, más o menos, que hay realidades que no se configuran en el espacio interior del individuo sino que solamente en el intercambio, en el entre-espacio que se establece en el diálogo, llegan a tener vigencia. Muchas veces meditamos sobre el sentido que tiene, por ejemplo, el trabajo en común cuando es exitoso y bien logrado. Lo interesante de Christian y su grupo fue trasladar esta concepción abstracta al diseño de experimentos reales, y así pudieron demostrar cómo, en el proceso de usar una sierra, dos personas alcanzan una sincronía maravillosa y ajustan sus movimientos al logro común de derribar el árbol. Implicaba también este descubrimiento que un enfermo, trabajando con un sano, alcanza sorprendentes mejorías y hasta ajusta su ritmo al de la díada. Ni qué decir tengo que para una teoría de la conversación o aún de la psicoterapia, la noción de bipersonalidad es de singular valor. Es más, anclada en lo anatómico y lo fisiológico, la metáfora de la bipersonalidad puede hacerse bicorporalidad y aún biespiritualidad, permitiendo una reflexión ausente de bohemias y audaces construcciones sin sustento empírico. Por entonces, yo intuía que una lograda conversación es aquella en la cual ninguno de los hablantes sabe a ciencia cierta de dónde provienen las ideas, tampoco reclama autoría o protagonismo pues el conjunto bipersonal parece funcionar como una unidad superior, dota de armonía y coherencia al conjunto y produce resultados inesperados no anticipables. Muchas veces recordé la sentencia de Herbart que dice “no hay un yo sin un nosotros” y me di cuenta de que nunca se es más yo, más individuo, que cuando se es parte de una unidad mayor. Que nunca, en realidad, se tiene verdadera identidad si no es por y con referencia a algún otro: se es hijo de un padre, amigo de un amigo, amante de una amada, discípulo de un maestro, en fin, siempre algo de algo en esa infinita trama de las relaciones sociales que constituyen el tejido de la existencia humana. Porque, como decía el sabio, “*no man is an island*”.

Acción y valor

Paul Christian había publicado en 1948, el año de mi nacimiento, un trabajo titulado “*Vom Wertbewusstsein im Tun*” (De la conciencia de valor en el hacer), que dedica al profesor Víctor von Weizsäcker con motivo de su sexagésimo cumpleaños. El ejemplar que ahora releo para esta recordación es muy viejo y su papel ya se destruye, indicio seguro de la antigüedad y señal de finitud que sobrecoge. Dice así su comienzo: “En la experiencia natural aparece el movimiento no como cosa (*Sache*) neutral sino como actividad que algo intenta, algo muestra y a algo conduce”. Bastaría esta simple afirmación para comprender la intención de lo que sigue. El hacer, el movimiento humano no será objeto de una mecánica corporal. Será objeto de una reflexión dadora de sentido. Ya el maestro von Weizsäcker había hecho la distinción terminológica, hablando del sistema nervioso, entre *Leitung*, conducción, y *Leistung*, rendimiento. El movimiento que Christian quiere ilustrar no es simplemente el producto de las inervaciones neuromusculares ni el resultado de los principios de la acción refleja. El movimiento a que su escrito se refiere se relaciona con “realizaciones” o, más crasamente dicho, rendimientos. Pues no se mueve el hombre, y tampoco el animal, simplemente por moverse. No hay un *elan locomotif* así como Bergson postulara un *elan vital*. Los organismos se mueven para algo y no solamente por algo. Obviamente, decimos de algunos movimientos que son instintivos, porque no hay antecedentes visibles de una intención o agencia consciente que permita modificarlos según la circunstancia, y de otros que son motivados, porque descubrimos que solventan alguna deficiencia, sacian alguna necesidad o abren perspectivas de nuevas acciones (conductas apetitivas y actos consumatorios, al decir de la etología más clásica).

Lo importante de la perspectiva ilustrada en el opúsculo de Christian es que no solamente considera el movimiento desde una perspectiva “exterior”. No solamente aparece en su trayectoria, duración y fuerza desplegada. Aparece, ante todo, en su dimensión interior o subjetiva, en lo que para el sujeto (y para quienes están en comunicación con él) aparece

como “logrado”, “correcto”, “previsible”, “adecuado”. Este es el “valor” del movimiento, su perfección intrínseca, su inherente “virtud”. Con ello, también su “verdad”. El “buen” movimiento es siempre, como la buena palabra, verdadero. Recubre las intenciones del agente como una piel, es parte de su misma estructura. El hacer (o el movimiento, que es una de las formas del hacer) “valioso” o “valedero” tiene un cierto carácter de facilidad, naturalidad, “originalidad” (*Ursprünglichkeit*) y decisión (*Entschiedenheit*) que ya desde la intuición que le precede se experimenta, se “siente” y se anticipa. Produce, bien logrado en los deportes, una suerte de catarsis, no *ex ore* ni *ex auditu*, no por hablar ni por escuchar, sino por ver, *ex visu*. A ello podría adscribirse el placer de ver al deportista eximio o al ejecutante virtuoso. El espectador anticipa la posibilidad del yerro, de la falla, y se asombra y deleita con el logro. He ahí un valor que llega a la conciencia como lo correcto, lo justo, lo apropiado.

Podría detenerme *in extenso* en la relación que estas reflexiones de Christian inspiran para la consideración del arte, tanto de aquel que transcurre en la duración del tiempo –como la música– como del que aparece simultáneo en muchas formas de sensorialidad, como la escultura, intemporal pero rica en sensaciones visuales y táctiles. Pero metafóricamente hablando para mí fue siempre atractivo aplicar esta concepción a la acción genérica humana y hacer notar que la buena acción es siempre aquella que da plenitud a la intención, la colma de resonancias y placeres, produce en los demás una suerte de armónico y placentero regocijo. La acción moralmente buena es la acción de un agente que hace lo justo, lo apropiado, lo logrado y lo bueno. Extendida al espacio de la biografía, de las esencias que trascienden y se manifiestan en la vida humana, cabe recordar a Chaucer, que alababa en una mujer el ser “mujeril” y en un caballo el ser “caballar”. La virtud consiste en la perfección inherente a una idea modélica, un *eidós*, un tipo, una especie, una forma única de ser. He ahí, sin duda, un fundamento de la intuición moral que oscila siempre entre la ética (racionalización de lo que debe hacerse) y la estética (racionalización de lo que debe amarse). Tal vez la disociación entre ambos polos, constante en las tensiones dramáticas

de la literatura, las ciencias y otros artes, permitiera atisbar algo de las complejidades de la vida y sus trastornos, de la salud y de la enfermedad.

Las conversaciones y sus productos

Se hizo costumbre reunirnos los jueves con Paul Christian a hablar de medicina antropológica. Al llegar a su casa primero y luego a su retiro del “Augustinum” en Boxberg-Emmertsgrund ya estaba preparado el café y las galletas. Yo solía llevar algún apunte que resumía lo que hasta ese momento habíamos debatido o bien un libro que estuviera leyendo o que, tomado en préstamo de la biblioteca del profesor, debía ser devuelto. Me sentaba siempre en el mismo sillón. Tras comentar una que otra noticia reciente, generalmente del mundillo académico, empezábamos con alguna formulación provocativa que dijera relación con lo antropológico en medicina y en las ciencias.

En realidad, para hablar de medicina con adjetivos hay que olvidar la medicina. O más bien retornar a los orígenes del arte de curar el cual, si técnica fue en sus comienzos, no lo fue de instrumentos y artilugios sino de percepciones, persuasiones y relaciones humanas. Ese horizonte antropológico, postsensorial pero preconceptual, es el reino del “*sensum communis*”, aquel que consagraran los “aforismos” hipocráticos. Porque medicina eficaz también es la de los “*tópoi*”, los lugares comunes, las consejas de la abuela y la vecina, la taumaturgia del curandero del pueblo, la palabra bella y sanadora del que escucha con el corazón. Medicina no es solamente, ni siempre, ciencia y técnica, sino trato humano, comprensión sapiente.

El privilegio de nuestras conversaciones consistía en la libertad de discrepar y de decir todo lo que se sentía o pensaba frente a un determinado asunto. La versación de Christian era muy amplia pero me dejaba el protagonismo en temas neurofisiológicos, que empezamos a discutir con fruición cuando acometió la empresa de escribir el que sería su último libro, “*Anthropologische Medizin*”, en cuya redacción final participé con entusiasmo y satisfacción. Pasajes hay en ese libro que hubieran requerido

más abundantes discusiones y que, al momento de verterlos al español, exigieron de mí la autodisciplina necesaria para no caer en la tentación de modificarlos¹¹⁰. Trozos completos quedaron para una revisión que nunca se produjo. El volumen tiene partes que la ciencia fisiológica y los avances de la investigación médica han revisado y cambiado. Pero el conjunto es armonioso y adquiere para mí el carácter de un documento y de un testimonio. Al releerlo, redescubro la que fue su intención originaria y, en cierto modo, original: constituir una especie de “guión” (*Drehbuch, screenplay*) para nuestras conversaciones. El texto, que se gestó en, para y por nuestros diálogos, debía indicarnos cuándo proseguir una corriente del pensamiento, cuándo detenernos a contemplar un concepto, cuándo inventar un constructo para decir lo que no había sido expresado, cuándo recapitular el pensamiento ajeno, en fin, cuándo poner a punto nuestras armas persuasivas o disuasivas. Años después, durante la traducción, me sorprendí a menudo en ademán de continuar escribiendo sobre alguna idea que reconocía en el texto y tuve que contenerme para no tomar la pluma y “dalle fin” –según diría Cervantes– a un párrafo que ya venía petrificado en la expresión del profesor y que, en rigor, no correspondía al traductor modificar. Con ello quiero decir que fueron muy escasas las licencias, que hubo, en la versión castellana y, cuando fue necesario acortar algunos pasajes, se hizo consciente de las implicaciones y efectos y nunca se vulneró la intención. Este trabajo me recordó la inefable experiencia de producir textos en conjunto, que solamente en contadas ocasiones de mi vida he podido tener. Sucede que allí se realiza aquello de la multiplicidad infinita de los significados. Nunca existe un sentido canónico en un texto. Tantos sentidos hay cuanto lectores que lo recreen. Y a medida que pasa el tiempo, las significaciones originarias abren su tesoro de resonancias, multiplican las potencialidades, hacen inalcanzable la plenitud del significado.

110 Cf. Christian, P. *Medicina Antropológica*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1997. Edición, prólogo y notas de Fernando Lolas Stepke.

Muchas veces, en la conversación, afloró la tradicional distinción que existe en la medicina desde los tiempos del *Canon* de Ibn-Sina: la teoría y la práctica. Un saber teórico si algo tiene por misión es “hacer ver”, pero para lograrlo debe antes formar a sus destinatarios en alguna forma de “saber ver”. La forma práctica (o “aplicada”) de toda disciplina es un “saber hacer” que está precedido por “hacer saber” (o “enseñar”). Entre “saber ver” y “saber hacer” se mueve la empiria metódica de las ciencias, tanto las de objeto como las de acciones. Y aunque sigue siendo para mí evidente que la medicina es una ciencia de acciones y no de objetos, una *Handlungswissenschaft* (o, como también suele decirse, una praxiología) más que una *Objektwissenschaft*, siempre he tenido por bueno al maestro que además de buenos ejemplos sabe dar buenas razones y argumentar con limpieza en momentos de desacuerdo¹¹¹. Es posible que el momento “aplicado” o “práctico” tenga más relevancia en algunos campos que en otros, pero existe en todos.

Yo quiero destacar aquí cuánto de “conocimiento implícito” se hizo entonces entraña de mi experiencia y cuánto de “conocimiento explícito” fue críticamente examinado. Los teoremas de toda práctica están a veces axiomáticamente embebidos en la realización cotidiana, ésa que obliga a preocuparse de lo urgente en lugar de lo importante, al punto que los practicantes del oficio a veces dan por verdadero el uso continuo y no el uso juicioso. Muchos debates sobre lo que se llama “*standard of care*” o “*best proven treatment*” —que tanto problema causan al juzgar la ética de la investigación médica— se verían auxiliados por una mejor reflexión sobre los orígenes del conocimiento vigente y las informaciones sobre las que se construye.

Uno de los temas que más perdurable memoria ha dejado en mí fue la distinción que hicimos entre trabajar “en” personas y trabajar “con” personas, en el entendido básico de que la acción médica, por definición, es terapéutica, es decir, se orienta a ayudar a quien precisa ayuda. Muchas

111 Lolas, F. Theoretical medicine: a proposal for reconceptualizing medicine as a science of actions. *The Journal of Medicine and Philosophy* 21: 659-670, 1996.

veces, en los años siguientes, he vuelto a esta distinción, que juzgo importante al momento de discernir entre una investigación terapéutica y una no terapéutica, tal como propuso la declaración de Helsinki de 1964. Más que el beneficio individual, distingue al acto terapéutico investigativo que se hace “con” la participación del doliente y su vital interés en la empresa común. Una buena alianza terapéutica, como se asegura de continuo, es fundamental en las psicoterapias. Que de allí se pueda obtener conocimiento generalizable y renovación disciplinaria, metas de la investigación, es tarea y talento del profesional. La investigación “en” (y no “con”) personas, reduce éstas al plano de los animales de laboratorio y las instrumentaliza. No quiere decirse que la instrumentalización sea en sí misma mala, por ubicua y necesaria a veces en la tradición de la medicina paternalista (beneficencia sin autonomía), pero puede a veces estar en un contexto de lesión a la dignidad y la autonomía.

Otro tema en el cual el profesor tuvo interés, obviamente por sus estudios y escritos previos, fue el que laxamente se dejaba entonces englobar bajo los conceptos, amplios pero impropios, de “conducta no verbal” y “comunicación no verbal”. Yo llegué al tema por la necesidad de tener una amplia teoría de la comunicación y armonizar esa dimensión comportamental llamada conducta manifiesta (*overt behavior*) con la investigación psicofisiológica (fisiología con “sentido” para el sujeto humano) y la conducta encubierta (*covert behavior*), el ámbito de la vivencia, el lenguaje y la fantasía. Ese tema me llevó a leer y estudiar a los autores más diversos y con todo el material acumulado, más unas cuantas reflexiones, produje incontables páginas de textos algo confusos en inglés y alemán que un buen día se me ocurrió someter a la consideración del profesor Christian, básicamente (y permítase lo trivial del motivo) para que viera en qué andaba yo ocupado cuando no me comprometían las rutinas de la institución. El profesor tomó mi texto y lo guardó en una gaveta de su escritorio, con lo cual me di por satisfecho, pues mi afán mostrativo había sido recompensado. Mas a los pocos días, Christian me mandó llamar y, teniendo enfrente mis papeles, mientras miraba por la ventana de su despacho hacia

la Bergheimer Strasse, me dijo: “¿Ha pensado publicar esto?”. A lo que honestamente respondí que no, que eran apuntes, que no fuera a pensar que allí estaba todo mi esfuerzo y mi habilidad. El profesor asintió. Dijo que, efectivamente, el material era demasiado abundante y todavía tosco, pero que, si yo quería, él podía designar a alguien que me ayudara a ponerlo en un mejor alemán y, de paso, discutir algunos puntos oscuros. Sin pensarlo dos veces accedí y fue de ese modo como trabé contacto con el psicólogo Hans Ferner, con quien publicamos un artículo que debía inaugurar una serie que nunca se gestó¹¹². Ese primer trabajo postulaba la noción de “conducta implícita” y era un desarrollo de lo que yo había leído. Reconozco que el producto se empobreció al prepararlo para la publicación. Si bien el psicólogo ayudó con el idioma, no aportó ideas. El producto vino a ser algo de lo que puedo hoy dar razón pero no fundamento, pues no tuvo eficacia en mi trabajo diario ni generó continuidad de intereses. Es verdad que publiqué muchos otros artículos sobre ese tema, muchos estudios empíricos sobre conducta y comunicación no verbal y verbal, pero la línea originada en esas disquisiciones originales no se mantuvo ni se desarrolló. Debo reconocer que a ello contribuyó no poco la ingente abundancia de materiales, la vastedad de la empresa, la insuficiencia de mis recursos en los ámbitos de la lingüística y la semiótica y la presión de otros intereses. Sin embargo, guardo de aquella empresa un recuerdo y el deseo de recuperar lo entonces aprendido no me abandona.

Un tema sobre el que conversamos largamente fue la noción de estrés. Esta palabra de la lengua inglesa había ya entonces ganado el carácter de una “palabra clave” o “palabra llave”, porque parecía indicar más que su simple denotación y abrir derroteros amplios a la investigación. En realidad, cuando pude ver al propio acuñador del término en su acepción médica, el investigador húngaro-canadiense Hans Selye, me impresionó su versatilidad verbal, su capacidad para hablar en muchos idiomas y, sobre todo, la simplicidad de su pensamiento. En realidad, los conceptos

112 Lolás, F., Ferner, H. Zum Begriff des impliziten Verhaltens. *Zeitschrift für Klinische Psychologie und Psychother.* (Freiburg) 26: 223-233, 1978.

fértiles en las ciencias, como los escudos de armas, mientras más útiles y más antiguos, más simples. Es cierto que el tema estrés se complicó enormemente cuando salió de la esfera propiamente biológica en que Selye lo había situado y muchas facetas del concepto, en sus versiones psiquiátrica y médica, son tan amplias que hacen dudar de su utilidad, máxime si la palabra ya traspasó las fronteras de los especialistas y es parte del léxico común. Un libro que preparamos con Horst Mayer, colaborador de Christian y director de una unidad de investigaciones sobre el estrés, da cuenta de esa diversidad¹¹³. Con Christian elaboramos el término en el sentido de una “patología teórica”, denominación que dimos a nuestras disquisiciones¹¹⁴ y que nos llevaron a una relectura cuidadosa de los escritos norteamericanos sobre psicósomática y a un enjuiciamiento del “modelo biopsicosocial”, entonces proclamado como enorme avance¹¹⁵. De allí partimos a conversar sobre el tema del cuerpo y el espíritu, tema que en la lengua alemana presenta una complejidad especial por las connotaciones diversas de las palabras que en español traducimos por “cuerpo”: *Leib*, *Körper*. Llegamos a elaborar una postura que denominamos “teoría de las correspondencias”, inspirados en la escuela weizsäckeriana y en lecturas amplias¹¹⁶. Todavía hoy pienso que acertamos al menos en concordar una postura ni demasiado reduccionista ni demasiado espiritualista ni excesivamente dualista. Apelativos todos que de una manera u otra tienen las concepciones sobre esta materia y permiten a legos y sabios pontificar sobre muchos asuntos, incluida la vida moral. Para nosotros fue interesante el diálogo entre Karl Popper y John Eccles y la curiosa resurrección del dualismo que allí se presenta. Determinante, en el ejercicio práctico de la medicina, es lo que von Weizsäcker había llamado “principio de la

113 Lolas, F., Mayer, H. (eds.). *Perspectives on stress and stress-related topics*. Springer-Verlag, Berlín, Heidelberg, New York, 1987.

114 Christian, P., Lolas, F. The stress concept as a problem for a theoretical pathology. *Social Science and Medicine* (Oxford) 21: 1363-1365, 1985.

115 Lolas, F. The emergence of the biopsychosocial approach. *Social Science and Medicine* (Oxford) 21: 1337, 1985.

116 Lolas, F., Christian, P. Korrespondenztheorie: eine realwissenschaftliche Position bezüglich leib-seelische Zusammenhänge in der Psychosomatik. *Zeitschrift für Klinische Psychologie und Psychother.* 38: 146-154, 1990.

puerta giratoria” (*Drehtürprinzip*), el cual en términos simples describe la relativa ceguera de lo “espiritual” cuando se habla en lenguaje “corporal” y viceversa, de modo que la consideración conjunta y global de ambos en forma simultánea es difícil y punto menos que imposible. Se “recorre” en un círculo figural (*Gestaltkreis*), círculo fructuoso y no vicioso, lo perceptual y lo motor, lo sensorial y lo anímico, de modo tal que es el modo como hablamos de ciertas experiencias, las conclusiones que sacamos de ese hablar y los “intereses” que nos animan al hablar o las intenciones que tenemos lo que termina definiendo qué es cuerpo, qué es espíritu, qué es persona humana. Este discurso poético crea los objetos y las acciones, fusiona hablante con lenguaje y produce esos discursos propios de las ciencias, que literalmente “crean” aquello de lo que hablan.

Una especie de balance provisional

Mi recuerdo heidelbergensis nunca me abandona cuando debo estudiar acerca de la medicina y la terapéutica. Me enseñó que aún la más potente de las tradiciones termina por extinguirse y que el tiempo no vuelve ni tropieza. Algunas sociedades como la “*Victor von Weizsäcker Gesellschaft*” se han dado a la tarea de continuar el pensamiento de la vertiente antropológica, pero al momento de hacer un balance y de estudiar cuánto de todo ello se hizo entraña de las prácticas se descubre que ha sido aún poco. Releo algunos pasajes del libro que publicara el profesor Peter Hahn, sucesor de Christian en la cátedra y el Instituto de Medicina Clínica General, también Ordinarius en Heidelberg, y encuentro una ingeniosa forma de presentar “texto” y “contexto” para enseñar la técnica de la anamnesis en una perspectiva antropológica¹¹⁷. El libro no gozó de popularidad. Fue en cierta forma ignorado, como ignoradas han permanecido muchas intuiciones.

Para mí, los temas conexos de la praxis médica en sus diferentes formas y el problema del diagnóstico en sus múltiples resonancias fueron inspirados por mi contacto con esa tradición, atemperado por mi trabajo de

117 Hahn, P. *Ärztliche Propädeutik*. Springer-Verlag, Berlin-Heidelberg-New York, 1988.

investigación en psicofisiología^{118, 119}. Durante los años que siguieron a mi permanencia en Heidelberg volví a aquella universidad a trabajar con distintas personas, siempre con la generosa ayuda de la Fundación Alexander von Humboldt¹²⁰. La orientación integral (“holística”, como dirían algunos) del pensamiento que había conocido y desarrollado se expresó en muchos de mis escritos y trabajos y concluiría llevándome a la bioética¹²¹, a la cual ingresé por deriva casi natural de mis intereses. Esta disciplina constituye a mi juicio la decantación de la intención dialógica que late bajo la tradición antropológica en la medicina y las ciencias y desde su vertebración interdisciplinaria es posible la interpelación de muchos saberes y muchas prácticas^{122, 123}. No creo absurdo decir que está por trabajarse el inmenso legado de la escuela de Heidelberg a la preocupación bioética y que parte de mis esfuerzos se han dirigido a establecer algunos paralelos y, sobre todo, a potenciar los respectivos ámbitos de la bioética estadounidense y de la antropología médica alemana con intuiciones que, en parte, están aún por inventarse y valorarse.

118 Lolas, F. Medical praxis: an interface between ethics, politics, and technology. *Social Science and Medicine* (Oxford) 39: 1-5, 1994.

119 Lolas, F. The psychosomatic approach and the problem of diagnosis. *Social Science and Medicine* (Oxford) 21: 1355-1361, 1985.

120 Mi primera estancia en Heidelberg fue apoyada por el *Deutscher Akademischer Austauschdienst* (DAAD), Servicio Alemán de Intercambio Académico, e indirectamente por la Universidad de Chile, que me concedió entonces un permiso remunerado para perfeccionar mis estudios durante dos años.

121 Cf. Entre otros, Lolas, F. *Más allá del cuerpo. La construcción narrativa de la salud*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997; Lolas, F. (editor) *Bioética y cuidado de la salud. Equidad, Calidad, Derechos*. Programa Regional de Bioética, Organización Panamericana de la Salud, Santiago de Chile, 2000; Lolas, F. *Bioética y Medicina*. Editorial Biblioteca Americana, Santiago de Chile, 2002; Lolas, F. & Agar, L. (editores) *Interfaces between bioethics and the empirical social sciences*. Programa Regional de Bioética, Organización Panamericana de la Salud, Santiago de Chile, 2002; Lolas, F. *Psiquiatría y Bioética. Monografías de Psiquiatría*, Aula Médica, Madrid, Año XV, No.3, 2003; Lolas, F. (editor) *Diálogo y cooperación en salud. Diez años de bioética en la OPS*. Unidad de Bioética OPS/OMS, Organización Panamericana de la Salud, Santiago de Chile, 2004.

122 Lolas, F. *Bioética. El diálogo moral en las ciencias de la vida*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1998. English translation *Bioethics*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1999. Portuguese translation *Bioética. O que é, como se faz*, Edições Loyola, Sao Paulo, Brazil, 2001.

123 Lolas, F. *Temas de Bioética*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2002.

Publicaciones de Paul Christian¹²⁴

Preparada por L. Sellschopp (hasta 1977), completada por M. Maiwald y Petra Christian-Widmaier.

1938

1. CHRISTIAN, P.: Bericht über die 4. Jahresversammlung der Gesellschaft deutscher Neurologen und Psychiater in Köln, 24.-27. 9. 1938, Hippokrates Heft 49, 1269-1272 (1938).

1939

2. CHRISTIAN, P.: Experimentelle Untersuchungen über die Abhängigkeit der Pupillenreaktion von Intensität, Ausdehnung und Dauer des Lichtreizes in normalen und pathologischen Zuständen. 22 S. Dissertation vom 27. 1. 1939, Brausdruck, Heidelberg 1939.
3. CHRISTIAN, P.: Über unbewußte Vestibulariswirkung. Z. ges. Neurol. Psych. 165, 214-219 (1939).

1940

4. CHRISTIAN, P.: (und H. Pegurri) Über reflektorische Trigemino-neuralgien bei Herzkranken. Dtsch. Z. Nervenheilk. 150, 263-282 (1940).
5. CHRISTIAN, P.: Experimentelle Beiträge zur internodalen Vestibulo-optischen Wechselbeziehung der Sinnesorgane. Pflüger's Arch. ges. Physiol. 243, 370-387 (1940).
6. CHRISTIAN, P.: Wirklichkeit und Erscheinung in der Wahrnehmung von Bewegung, dargestellt an experimentellen Beispielen. Habilitationsschrift vom 18. 1. 1940. Barth, Leipzig und Z. Sinnesphys. 68, 151-184 (1940).

¹²⁴ En esta lista de publicaciones se ha mantenido la forma de citar que tenía su versión alemana original.

7. CHRISTIAN, P. und W. SPAMER: Experimentelle Beiträge zur Psychophysik der Drehreflexe. Z. Sinnesphys. 69, 97-116 (1940).
8. CHRISTIAN, P.: Entgegnung zum Aufsatz Metzgers "Zur anschaulichen Repräsentation von Rotationsvorgängen". Z. Sinnesphys. 69,91-93 (1940).

1941

9. CHRISTIAN, P.: Rechtswissenschaft, Ursachenbegriff und Neurosenfrage. Nervenarzt 14, 315-320 (1941).

1942

10. CHRISTIAN, P.: Zum Begriff des "sinngemäßen Ursachenzusammenhangs". Nervenarzt 15, 211-213 (1942).

1943

11. CHRISTIAN, P. und V. von WEIZSÄCKER: Über das Sehen figurierter Bewegungen von Lichtpunkten. Z. Sinnesphys. 70, 30-51 (1943).
12. CHRISTIAN, P. und W. SCHMITZ: Untersuchungen von Sehirnverletzten mit optischen Periodemeizen. Dtsch. Z. Nervenheilk. 154, 81-131 (1943).

1947

13. CHRISTIAN, P.: Zur theoretischen und medizinischen Anthropologie. In: Naturforschung und Medizin in Deutschland 1938-1946 (nr Deutschland bestimmte Ausgabe der Fiat Review of German Science, Bd 80, Neurologie, Teil I, "Grundlagen", Wiesbaden 1947).
14. CHRISTIAN, P. und W. UMBACH: Sehschärfe, Beleuchtungshelligkeit und Riccoscher Satz bei Sehirnverletzten. Dtsch. Z. Nervenheilk. 158, 1-15 (1947).

1948

15. CHRISTIAN, P., HAAS, R. und V. von WEIZSÄCKER: Über ein Farbenphänomen (polyphäne Farben). Pflüger's Arch. ges. Phys. 249, 655-701 (1948). Gleichfalls veröffentlicht in: Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Math.-nat. Klasse. 1. Abhandlung, 3-28 Springer, Heidelberg 1948.

16. CHRISTIAN, P.: Die Willkürbewegung im Umgang mit beweglichen Mechanismen. In: Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Jahrgang 1948, 4. Abhandlung, 79-104, Springer, Berlin -Göttingen -Heidelberg 1948.
17. CHRISTIAN, P.: Vom Wertbewußtsein im Tun. Ein Beitrag zur Psychophysik der Willkürbewegung. In: V. v. WEIZSÄCKER (Hrsg.): Beiträge, aus der Allgemeinen Medizin, Heft 4, 1-20, Enke, Stuttgart 1948.

1949

18. CHRISTIAN, P.: Die spastischen und extrapyramidalen Bewegungsstörungen im Arbeitsverbund mit einem gesunden Partner. Dtsch. Z. Nervenheilk. 163, 103-117 (1949).
19. CHRISTIAN, P.: Die Wirklichkeit des Sehens und Goethes Farbenlehre. Studium Generale 2, 428-432 (1949).
20. CHRISTIAN, P. und R. HAAS: Wesen und Formen der Bipersonalität. Grundlagen für eine medizinische Soziologie. In: V. v. WEIZSÄCKER (Hrsg.): Beiträge aus der Allgemeinen Medizin, Heft 7, Euke, Stuttgart 1949.

1950

21. CHRISTIAN, P.: Neuere Ergebnisse der Funktionsanalyse auf dem Gebiet der Wahrnehmung und der Motorik. Dtsch. Z. Nervenheilk. 164, 54-65 (1950).
22. CHRISTIAN, P.: Über "Logophanie". Psyche 4, 263-273 (1950).

1951

23. CHRISTIAN, P. und H.-M. FASTJE: Infektiöse Mononukleose und Zentralnervensystem. Dtsch. Arch. Klin. Med. 198,467-473 (1951).
24. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatische Medizin. Münch. Med. Wschr. 93, (Heft 17) 894-897 (1951).

1952

25. CHRISTIAN, P.: Die psychosomatische Behandlung Kreislaufkranker. Therapiewoche 6.17. Heft, Jahrgang 1951/52) (1952).

26. CHRISTIAN, P.: Der Beitrag der modernen Psychophysik zur psychosomatischen Forschung. In: Speer, E. (Hrsg.): Die Vorträge der 3. Lindauer Psychotherapiewoche 1952. Trueme, Stuttgart 1953.
27. CHRISTIAN, P.: Studien zur Willkürmotorik. 1. Über die Objektbildung in der Motorik. Dtsch. Z. Nervenheilk. 167, 237-252 (1952).
28. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatische Medizin. Münch. Med. Wschr. 94, (Heft 48), 2449-2452 (1952).
29. CHRISTIAN, P.: Das Personenverständnis im modernen medizinischen Denken. Schriften der Studiengemeinschaft der Ev. Akademien, 102 ff, J.C.B. Mohr, Tübingen 1952.

1953

30. CHRISTIAN, P.: Über "Leistungsanalyse" dargestellt an Beispielen aus der Willkürmotorik. Nervenarzt 24, 10-16 (1953).
31. CHRISTIAN, P.: Aktivierung eines linksseitigen Phantomarmes im stenokardischen Anfall (ein Beitrag zur Pathogenese des Schmerzsyndromes bei Angina pectoris). Dtsch. Arch. Klin. Med. 200, 194-201 (1953).
32. CHRISTIAN, P.: Heidelberg in der modernen Medizin seit dem Ersten Weltkrieg. Ruperto Carola (Mitteilungen der Vereinigung der Freunde der Studentenschaft der Universität Heidelberg e.V. 5, 48-54 (1953).
33. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatik I. Münch. Med. Wschr. 95, (Heft 51) 1380-1382 (1953).

1954

34. CHRISTIAN, P. und W. NODER: Akute Rückenmarkssyndrome bei Isthmusstenose der Aorta als Folge eines pathologischen Kollateralkreislaufs über die A. spinalis ant. Z. Kreisl. Forsch. 43, 125-131 (1954).
35. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatik II. Münch. Med. Wschr. 96, (Heft 44) 1290-1291 (1954).
36. CHRISTIAN, P., HASE, B. und W. KROMER: Statistische Untersuchungen über die sogenannten "nervösen Herz- und Kreislaufstörungen". Arch. Kreisl. Forsch. 20, 287-305 (1954).
37. CHRISTIAN, P.: Die funktionelle Bedeutung der Hirnrinde für die Kreislaufregulation. Arch. Kreisl. Forsch. 21, 174-188 (1954).

1955

38. CHRISTIAN, P., MOHR, P., SCHRENK, M. und W. ULMER: Zur Phänomenologie der abnormen Atmung beim sog. "Nervösen Atmungssyndrom". Nervenarzt 26, 191-197 (1955).
39. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatische Medizin. Münch. Med. Wschr. 97, (Heft 44) 1471-1473 (1955).
40. CHRISTIAN, P., MOHR, P. und W. ULMER: Das nervöse Atmungssyndrom bei Vegetativ-Labilen. (Formen, Pathophysiologie und Pathogenese). Dtsch. Arch. Klirr. Med. 201, 702-719 (1955).
41. CHRISTIAN, P.: Paracelsus-Medaille für Prof. Dr. R. Siebeck. Südwestdeutsches Ärzteblatt Heft II, Jahrgang 1955.
42. CHRISTIAN, P.: Das Menschenbild der Gegenwart. 6. Vortrag Vereinigung ehemaliger Schüler des Gymnasium Karlsruhe. Wissen und Bildung I. (1955).

1956

43. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Psychosomatische Medizin. Münch. Med. Wschr. 98, I (Heft 18) 662-663 (1956).
43. CHRISTIAN, P.: Viktor v. Weizsäcker zum 70. Geburtstag. Dtsch. Med. Wschr. 81, 639-640 (1956).
44. CHRISTIAN, P.: Die kombinatorische Leistung des binokularen Sehens. In: Arzt im Irrsal der Zeit. Festschrift, zum 70. Geburtstag von Viktor v. Weizsäcker. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1956. ‘
45. CHRISTIAN, P.: Viktor v. Weizsäcker zum 70. Geburtstag. Neuralmedizin 4, 215-218 (1956).
46. CHRISTIAN, P.: Der gegenwärtige Stand der psychosomatischen Forschung unter besonderer Berücksichtigung von Kreislauf und Atmung. In: Vorträge des Kongresses der Allgemein ärztlichen Gesellschaft für Psychotherapie in Freudenstadt im April 1956. Thieme, Stuttgart 1956.

1957

47. CHRISTIAN, P. und K. FINK-EITEL: Zur Pathogenese funktioneller Herz- und Kreislaufstörungen. Eine sozialanthropologische Studie an 250 Frauen. Dtsch. Med. Wschr. 82, 17-20 (1957).

48. CHRISTIAN, P.: Viktor v. Weizsäcker. In: Fortschritte der Neurologie, Psychiatrie und ihrer Grenzgebiete 25 (Heft 2/3) 1957.
49. CHRISTIAN, P.: Prof. Dr. med. Viktor von Weizsäcker. Mlünch. Med. Wschr. 99, 230-231 (1957).
50. CHRISTIAN, P.: Die Atembewegung als Verhaltensweise. Nervenarzt 28, Heft 6, 243-247 (1957).
51. CHRISTIAN, P.: Die Bedeutung abnormer Regelvorgänge im Kreislauf. In: Kongr. Ber. über die 49. Tagung der Nordwestdeutschen Ges. f. Inn. Med., Lübeck 1957.
52. CHRISTIAN, P.: Zur Dynamik der zwischenmenschlichen Beziehungen in der Medizin. In: Festschrift für F.J.J. Buytendijk, Utrecht -Antwerpen 1957.
53. CHRISTIAN, P.: Jahrbuch für Psychologie 4,346 ff 1957.

1958

54. CHRISTIAN, P.: Nicht-somatische Ursachen der Kreislaufkrankheiten. Gesundheitsfürsorge -Gesundheitspolitik. 7,177-181 (1958).
55. CHRISTIAN, P.: Begegnen und Antreffen (zur Problematik einer "anthropologischen" Psychologie). Jahrbuch für Psychologie und Psychotherapie 6,93-102 (1958).
56. CHRISTIAN, P. und W. JACOB: Allgemeine anthropologische und psychosomatische Medizin. Münch. Med. Wschr. 100, I, (Heft 24) 947-948 (1958).
57. CHRISTIAN, P.: Die soziale Krankenhausfürsorge. Münch. Med. Wschr. 100, 1 (Heft 24) 948-949 (1958).
58. CHRISTIAN, P.: Die menschliche Begegnung als Heilkraft. In: Beruf und Berufung des Arztes. Furche Verlag, Harnburg 1958.
59. CHRISTIAN, P.: Die Krankenhausfürsorgerin als Helferin des Arztes. Das Krankenhaus 407-410 (1958).
60. MECHELKE, K. und P. CHRISTIAN: Formen und Bedeutung abnormer Regelungsvorgänge im Kreislauf. Z. Kreisl. Forsch. 47, 246-260 (1958).

1959

61. CHRISTIAN, P.: Die heilende Liebe (zur Anthropologie der therapeutischen Begegnung) In: CHRISTIAN, P. und D. RÖSSLER (Hrsg.): *Medicus viator. Fragen und Gedanken an 'Wege Richard Siebeck's. Eine Festgabe seiner Freunde und Schüler zum 75. Geburtstag.* 376 S., J.C.B. Mohr, Tübingen, Thieme, Stuttgart 1959.
62. CHRISTIAN, P.: Zur Phänomenologie des leiblichen Daseins. In: *Jahrbuch für Psychologie, Psychotherapie und medizinische Anthropologie* 7, 2-9 (1959).
63. CHRISTIAN, P.: Die Beurteilung der M.d.E. bei "vegetativer Dystonie". *Ied. Sachverst.* 55, 210-216 (1959).
64. CHRISTIAN, P. und K. FINK-EITEL: Probleme der Medizin-Soziologie. *Der Krankenhausarzt* 32,201-204 (1959).
65. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: Wesen und Formen der psychotherapeutischen Situation. In: FRANKL, E., v. GEBSATTEL, V.E. und J.H. SCHULTZ (Hrsg.): *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie.* Bd I, 402-439, Urban & Schwarzenberg, München 1959.
66. CHRISTIAN, P.: Herz und Kreislauf. In: FRANKL, E., v. GEBSATTEL, V.E. und J.H. SCHULTZ (Hrsg.): *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie.* Bd. II, 495-516, Urban & Schwarzenberg, München 1959.
67. CHRISTIAN, P.: Atmung. In: FRANKL, E., v. GEBSATTEL, V.E. und I.H. SCHULTZ (Hrsg.): *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie,* Bd. II, 517-530, Urban & Schwarzenberg, München 1959.
68. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: Atmung bei Astlnna bronchiale. In: FRANKL, E., v. GEBSATTEL, V.E, und I.H. SCHULTZ (Hrsg.): *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie,* Bd. II, 531-544, Urban & Schwarzenberg, München 1959.

1960

69. CHRISTIAN, P.: Medizin. In: *Lexikon für Theologie und Kirche.* 2. Aufl. 235-235, Herder, Freiburg 1960.
70. CHRISTIAN, P.: Zentralnervensystem und Kreislaufregelung. *Psychiatrie, Neurologie und medizinische Psychologie* 12,427-433 (1960).

71. CHRISTIAN, P.: Wie sieht der moderne Kranke seinen Arzt ? Hippokrates 33, 301-305 (1960).
72. CHRISTIAN, P.: Moderne Strömungen in der Medizin und ihre Bedeutung für eine medizinische Anthropologie. Schriften der evangelischen Forschungsakademie Ilsenburg, Bd 21, Wiehern Verlag, Berlin-Friedenau 1960.
73. CHRISTIAN, P.: Psychohygiene der Zivilisationskrankheiten. Arztl. Mitteil. 45, 2406-2411 (1960).
74. MEHELKE, K. und P. CHRISTIAN: Vegetative Herz- und Kreislaufstörungen. In: BERGMANN, G., FREY, W. und H. SCHWIEGK (Hrsg.): Handbuch der Inneren Medizin. 4. Aufl., Bd 9, Teil 14, 741 ff, Springer, Berlin-Heidelberg -New York 1960.

1961

75. CHRISTIAN, P.: Die Aufgaben des Hausarztes bei der Rehabilitation (ein Kolloquium mit P. CHRISTIAN, H.J. JUSATZ, D. HOPF, F.W. ADAM und K. FINK-EITEL). Z. ärztl. Fortb. 50, 59-68 (1961).
76. CHRISTIAN, P.: Psychohygiene der Zivilisationskrankheiten. Gesundheitsfürsorge 11, 57-62 (1961).
77. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: Klinische Psychotherapie bei psychosomatischen Krankheiten. Nervenarzt 32, 347-354 (1961).
78. CHRISTIAN, P.: Leistungsphysiologie als Grundlage der Rehabilitation. Therapiewoche 11, 435-438 (1961).
79. CHRISTIAN, P.: Willkürbewegung und Regulation. In: Bad Oeynhauser Gespräche vom 27. und 28. 10. 1961 über "Probleme der zentralnervösen Regulation", 69-79, Springer, Berlin Göttingen -Heidelberg 1961.

1962

80. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: Psychosomatische Medizin in der Inneren Klinik. Internist, 3 (Heft 2) 56-66 (1962).
81. CHRISTIAN, P.: Ludolf Krehl und der medizinische Personalismus. Heidelberger Jahrbücher 6, 207-210 (1962).
82. CHRISTIAN, P.: Die Stellung des psychotherapeutisch tätigen Arztes in den Institutionen. Prax. Psychother. 7, 133-143 (1962).

1963

83. CHRISTIAN, P.: Die Zeitlichkeit normaler und gestörter biologischer Akte. In: SCHALTENBRAND, G. (Hrsg.): Zeit in nervenärztlicher Sicht. Enke, Stuttgart 1963.
84. BUYTENDIJK, F.J.J. und P. CHRISTIAN: Kybernetik und Gestaltkreis als Erklärungsprinzipien des Verhaltens. *Nervenarzt* 34, (Heft 3), 97-104 (1963).
85. BUYTENDIJK, F.J.J., CHRISTIAN, P. und H. PLÜGGE: Über die menschliche Bewegung als Einheit von Natur und Geist. Beiträge zur Lehr und Forschung der Leibeseziehung. Bd 14, 1-80, Hofmann, Schomdorf 1963.
86. CHRISTIAN, P.: Buchbesprechung von H. Schäfer "Die Medizin heute". *Ruperto Carola*, 15. Jahrgang, 33 (1963).
87. CHRISTIAN, P.: Medizin. In: Wege zur pädagogischen Anthropologie. Pädagogische Forschungen, Veröffentlichungen des Comenius-Institutes, Bd. 23, Quelle & Meyer, Heidelberg 1963.
88. CHRISTIAN, P.: Kybernetik und Gestaltkreis als Erklärungsweisen des Verhaltens. In: Werden und Handeln. Festschrift zum 80. Geburtstag von V.E. Frhr. v. Gebtsattel. 90-110, Hippokrates, Stuttgart 1963. .
89. CHRISTIAN, P.: In memoriam Karl Hansen. *Nervenarzt* 34, 425-426 (1963).

1964

90. CHRISTIAN, P. und P. HAHN: Psychosomatische Syndrome im Gefolge internistischcr Erkrankungen (Anthropologische Studie über die Bedeutung des Organprozesses für die Entwicklung psychosomatischer Krankheitsbilder als "Zweitkrankheit"). *Internist* 5, 163-171 (1964).
91. CHRISTIAN, P. und K. FINK-EITEL: A Socio-Anlhropological Study on 250 Women. *J. Ind. Med. Ass.* 43, 21-26 (1964).

1965

92. CHRISTIAN, P.: Die soziale Anamnese und ihre Methodik. *Krankenhausarzt* 38, 1-5 (1965).
93. CHRISTIAN, P.: Die Psychotherapie in den einzelnen medizinischen Fachgebieten. 18. Colloqium. *Prax. Psychother.* 10, 26-34 (1965).

94. CHRISTIAN, P. und KROPF, R. und H. KURTH: Eine Faktorenanalyse der subjektiven Symptomatik vegetativer Herz-und Kreislaufstörungen. Arch. Kreist. Forsch. 45, 171-194 (1965).
95. CHRISTIAN, P.: Beurteilung psychischer Belastungssituationen bei der Entstehung von Krankheiten. Ärztl. Praxis 17, 1215-1216 (1965).
96. CHRISTIAN, P.: Prof. Dr. Theol. h.c. Dr. med. Richard Siebeck. Ärzteblatt für Baden-Württemberg, Heft 6 (1965).
97. CHRISTIAN, P.: Richard Siebeck. Ruperto Carola, 17. Jahrgang, 37, 153-154 (1965).
98. CHRISTIAN, P. und K.E. ROGGE: Moderne Methoden in der Analyse subjektiver Beschwerdeprofile (mit einem faktorenanalytischen Beispiel aus dem Gebiet der kardiovaskulären Regulationsstörungen). Nervenarzt 36, 468-477 (1965).

1966

99. CHRISTIAN, P., FINK-EITEL, K. und W. HUBER: Verlaufsbeobachtungen über 10 Jahre bei 100 Patienten mit vegetativen Herz-und Kreislaufstörungen. Z. Kreist. Forsch. 55, 342-357 (1966).
100. CHRISTIAN, P.: Infarkt und Persönlichkeit. Therapiewoche 16, 1578-1579 (1966).
101. CHRISTIAN, P.: Risikofaktoren und Risikopersonlichkeit beim Herzinfarkt. 32. Tagung Bad Nauheim vom 15.-17. 4. 1966, Thema: Soziosomatik der Kreislaufkrankheiten. Verh. Dtsch. Ges. Kreist. Forsch. 32, 97-107 (1966).
102. CHRISTIAN, P. und H. MUNZINGER: Case-Team-Work in Internal Medicine. In: Industrial Society and Rehabilitation. Problems and Solution. Deutsche Vereinigung für die Rehabilitation Behinderter e.V., Heidelberg-Schlierbach 1966.

1967

103. CHRISTIAN, P.: Aspekte der medizinischen Anthropologie. In: R. SCHWARZ (Hrsg): Menschliche Existenz und moderne Welt. (Ein internationales Symposium zum Selbstverständnis des heutigen Menschen). Bd 2, 689-699, De Gmyter, Berlin 1967.

104. CHRISTIAN, P.: Gesetzmäßigkeit und Leistungsgrenzen biologischer Regelsystem. *Naturwissenschaft und Theologie*. (Heft 8) 128-159, Alber, Freiburg, München 1967.
105. CHRISTIAN, P.: Faktorenstruktur der Berufsbelastung. *Dtsch. Ärzteblatt* 64, 1324 (1967).
106. CHRISTIAN, P.: Berufswelt und Krankheit. *Verh. Dtsch. Ges. Inn. Med.* 73, 90-96 (1967).
107. CHRISTIAN, P.: Kybernetische und subjektive Selbstregulation. In: BUYTENDIJK, F.J.J.: *Prolegomena einer anthropologischen Physiologie*. 181 ff, Müller, Salzburg 1967.

1968

108. CHRISTIAN, P.: Die Beziehungen von Umwelt und Person am Beispiel des Herzinfarktes. *Knappschaftsarzt*, Jahrgang 1967/68, Heft 37, 15-25 (1968).
109. CHRISTIAN, P. und H. MUNZINGER: Case Tearn-Work in der Inneren Medizin. In: *Jahrbuch der deutschen Vereinigung für die Rehabilitation Behinderter e.V.*, Jahrgang 1967/68.
110. CHRISTIAN, P.: Interdependenz von Umwelt und Person am Beispiel des Herzinfarktes. *Psychother. Psychosom.* 16,210-223 (1968).
111. CHRISTIAN, P.: Klinik, Verlaufbeobachtungen und therapeutische Möglichkeiten bei der vegetativen Dystonie. *Ärztl. Fortb.* 18,490-495 (1968).
112. CHRISTIAN, P.: Heidelberger Rehabilitationskongreß 1968. *Arbeitsmedizin, Sozialmedizin, Arbeitshygiene* 26, 357-360 (1968).

1969

113. CHRISTIAN, P.: Neuere Untersuchungsmethoden und Verlaufsbeobachtungen bei funktionellen Herz-Kreislaufstörungen. *Ärztl. Fortb.* 19, 42-43 (1969).
114. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationsstörungen. In: G. SCHETTLER (Hrsg): *Innere Medizin, ein kurzgefaßtes Lehrbuch*. Bd. I, 195-204, Thieme, Stuttgart 1969.

115. CHRISTIAN, P.: Medizinische und philosophische Anthropologie. In: F. BÜCHNER (Hrsg.): Handbuch der Allgemeinen Pathologie. Bd. 1., 232-278 Springer, Berlin-Heidelberg New York 1969.
116. CHRISTIAN, P.: Vegetative Störungen: Symptomatologie, Beurteilung und Prognose der Problempatienten in der täglichen Praxis. *Ärztl. Fortb.* 17, 118-123 (1969).
117. CHRISTIAN, P., ZOLG, H. und H. MAYER: Über einen zeitkonstantenlos, fortlaufend registrierenden Pulsfrequenzmesser und seine klinische Anwendung. *Z. Kreisl. Forsch.* 58, 601-608 (1969).
118. CHRISTIAN, P.: Neuere Untersuchungsmethoden und Verlaufsbeobachtungen bei funktionellen Herz- und Kreislaufstörungen. (Kurzfassung). *Monatskurs für ärztliche Fortbildung* 19, (Heft 1), 42-43 (1969).
119. CHRISTIAN, P.: Neuere Untersuchungsmethoden und Verlaufsbeobachtungen bei funktionellen Herz- und Kreislaufstörungen. *Wehnedizin und Wehrpharmazie* 8, 55-62 (1969).
120. CHRISTIAN, P. und F. HAAG: Neuere Erfahrungen mit dem Case-teamwork bei sog. "Problempatienten". *Nervenarzt* 40, 314-317 (1969).
121. CHRISTIAN, P.: Berufsunfähigkeit aus psychosomatischer und psychoneurotischer Ursache in der Lebensmitte und der zweiten Lebenshälfte. *Z. Psychosom. Med. Psychoanal.* 15, 282-287 (1969).
122. CHRISTIAN, P.: Begegnen und Antreffen (zur Problematik einer "anthropologischen" Psychologie). In: *Begegnung*. 79-93, Wiss. Buchgesellschaft, Darmstadt (1969).

1970

123. CHRISTIAN, P. und H. MAYER: Biotelemetrie und klinische Psychophysiologie. *Med. Techn.* 90 (Nr. 12), 413-415 (1970).
124. CHRISTIAN, P. und U. SPOHR: Fortlaufende, simultane Kreislaufmessungen während biographischer Interviews mit telemetrischen Methoden. *Z. Psychosom. Med. Psychoanal.* 16, 1-18 (1970).
125. CHRISTIAN, P.: Funktionsdiagnostik mit telemetrischen Methoden (unter Einschluß psychosomatischer Aspekte). *Münch. Med. Wschr.* 112, I, 270-275 (1970).
126. CHRISTIAN, P., LANZINGER, G., MAYER, H. und H. ZOLG: Die

Reaktionsmuster der Pulsfrequenz unter besonderer Berücksichtigung der Kreislaufsofortregulation. *Z. Kreisl. Forsch.* 59, 508-517 (1970).

127. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationsstörungen. In: G. SCHETTLER (Hrsg): *Innere Medizin, ein kurzgefaßtes Lehrbuch.* 2. Aufl., Bd. 1, 195-204, Thieme, Stuttgart 1970.
128. CHRISTIAN, P., MAYER, H. und H. HASSAN: Die Adapatation an die akustisch verzögerte Rückkopplung der Sprache (Lee-Effekt) als Modell einer Streßreaktion. *Arbeitsmedizin, Sozialmedizin, Arbeitshygiene* 5, (Heft 7), 188-190 (1970).
129. CHRISTIAN, P.: Zeitlichkeit aus der Sicht der medizinischen Anthropologie. In: *Wesen der Zeitlichkeit. Naturwissenschaft und Theologie*, Heft 12, 91-117, Alber, Freiburg, München 1970.
130. CHRISTIAN, P.: Die Atembewegting als Verhaltensweise. In: *Atemschulung als Element der Psychotherapie.* 131-142. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1970.

1971

131. CHRISTIAN, P., DINKELACKER, H. und H. MAYER: Charakteristische Einstellungen des Kreislaufs während Erstinterviews. *Z. Psychosom. Med. Psychoanal.* 17, 102-112 (1971).

1972

132. CHRISTIAN, P. und P. HAHN: Stress aus der Sicht der psychosomatischen Medizin. *Therapiewoche* 22, (Heft 43), 3699-3700 (1972).
133. CHRISTIAN, P. und P. HAHN: Der Herzinfarkt in psychosomatischer und anthropologischer Sicht. *Internist*, 13,421-424 (1972).

1973

134. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationsstörungen. In: G. SCHETTLER (Hrsg): *Innere Medizin, ein kurzgefaßtes Lehrbuch.* 3. Überarbeitete und erweiterte Auflage, 196-210, Thieme, Stuttgart 1973.
135. CHRISTIAN, P.: Kreislaufregulationsstörungen. In: HORST BOSTEL, H., KAUFMANN, W. und W. SIEGENTHALER (Hrsg.): *Innere Medizin in Praxis und Klinik.* Bd. 1, Herz, Gefäße, Atmungsorgane, endokrines System, 218-225, Thieme, Stuttgart 1973.

136. CHRISTIAN, P.: Interdependenz von Mensch und Umwelt in der Entstehung von Krankheiten. In: *Wehgestaltung als Herausforderung* (Veröffentlichungen des Institutes der Görres-Gesellschaft zur Interdisziplinäre Forschung), Bd 3, Albers, Freiburg, München 1973.
137. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: *Psychosomatische Medizin. Ein kurzgefaßtes Lehrbuch für Studenten und Ärzte. I. Aufl.*, Thieme, Stuttgart 1973.
138. CHRISTIAN, P.: Nachruf auf Herbert Plügge. *Nervenarzt* 44, 502-503 (1973).

1974

139. CHRISTIAN, P. und H. ZOLG: Der vegetativ Kranke am Arbeitsplatz. Diagnostik -Therapie -Betreuung. *Arbeitsmedizin, Sozialmedizin, Präventivmedizin* 9, (Heft 12), 284-286 (1974).

1975

140. CHRISTIAN, P.: Nachruf für Prof. Dr. Frederik Jacobus Johannes Buytendijk. *Z. Kiln. Psycho1. Psychother.* 23, (Heft 4), 292-293 (1975).
141. CHRISTIAN, P.: Interdisziplinäre Probleme der psychosomatischen Medizin (dargestellt am psychotherapeutischen Erstinterview unter Einbeziehung des affektiv-vegetativen Begleitgeschehens bei Arzt und Patient). In: R. SCHWARZ (Hrsg.): *Internationales Jahrbuch für inLerdisziplinäre Forschung*, Bd 2, Teil 2, 224-235, De Gruyter, Berlin -New York 1975.
142. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: *Psychosomatische Medizin. Ein kurzgefaßtes Lehrbuch für Studenten und Ärzte. 2. erweiterte und überarbeitete Aufl.*, Thieme, Stuttgart 1975.
143. CHRISTIAN, P.: Grundlagen der Psychosomatik. *Wien. Med. Wschr.* 125,653-656 (1975).
144. CHRISTIAN, P.: Professor Dr. Frederik Jacobus Johannes Buytendijk 1887-1974. *Nervenarzt* 46, 561 (1975).

1976

145. CHRISTIAN, P.: Herz und Kreislauf. Psychische Einflüsse auf Herz und Kreislauf. In: STURM, A. und W. BIRKMEYER (Hrsg.): *Klinische Pathologie des vegetativen Nervensystems*. Bd 1,603-618, Fischer, Stuttgart 1976.

146. CHRISTIAN, P., HAHN, P. und E. NÜSSEL: Streß und Herzinfarkt. Dtsch. Ärzteblatt TI, (Heft 13), 877-880 (1976).
147. CHRISTIAN, P.: Klinik der autonomen Fehlsteuerung, Atmung. In: D. Gross und D. Langen (Hrsg): Fehlsteuerungen des autonomen Nervensystems. Bel. 13. Therapie über das Nervensystem. 94-100, Hippokrates, Stuttgart 1976.
148. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationsstörungen. In: G. SCHETTLER (Hrsg): Innere Medizin, ein kurzgefaßtes Lehrbuch. Bd 1, 4. überarbeitete und erweiterte Auflage, 233-248, Thieme, Stuttgart 1976.

1977

149. CHRISTIAN, P.: Epidemiologie und Psychosomatik der Risikopersonlichkeit. In: BLOHMKE, M., FERBER, Chr. v., KÜHN, K.P. und 11. SCHAEFER (Hrsg): Handbuch der Sozialmedizin. Bd II, 235-245, Enke, Stuttgart 1977.
150. CHRISTIAN, P.: Kreislaufregulationsstörungen. In: HORNBOSTEL, H., KAUFMANN, W. und W. SIEGENTHALER (Hrsg): Innere Medizin in Praxis und Klinik. 2. überarbeitete und erweiterte Auflage, Bd I, Herz, Gefäße, Atmungsorgane, Endokrines System. 250-257, Thieme, Stuttgart 1977.

1978

151. HEHL, F.-J., CHRISTIAN, P. und H. MAYER: "Was wird verdrängt?" -Skalierungsversuch der Bewußtheit beim Verarbeiten von intrapsychischen Problemen, 1978. ??
152. HEHL, F.-J., CHRISTIAN, P. und H. MAYER: Zur Metrisierung und Validität von "Dissonanzen" in der Persönlichkeitsdiagnostik. 1978. ??
153. HEHL, F., CHRISTIAN, P. und H. MAYER: Vergleich zweier Tests -zur Validität des PSS 25, 1978.
154. CHRISTIAN, P.: Schlafstörungen. Med. Forum 2, Heft 10, 13-26 (1978).
155. CHRISTIAN, P.: Streßverhalten aus psychosomatischer Sicht (soziosomatische Streßkonzeption. MESA-Report 78.02 (1978).

1979

156. CHRISTIAN, P.: Über Schlüsselwörter aus der Medizin in sozialpsychologischer und sprachsoziologischer Sicht. In: RÜDIGER, D. und M. PERREZ (Hrsg.): Humanismus und Psychologie. Anthropologische Aspekte der Psychologie. Festschrift für Wilhelm Iosef Revers. 149-156, Müller, Salzburg 1979.

1981

157. CHRISTIAN, P.: Das allgemeine psychosomatische Syndrom (Allgemeines psychovegetatives Syndrom) bei Arbeitnehmern in verschiedenen Industriebetrieben. *Nervenarzt* 52, 321-325 (1981).
158. BRÄUTIGAM, W. und P. CHRISTIAN: *Psychosomatische Medizin. Ein kurzgefaßtes Lehrbuch. 3. überarbeitete und erweiterte Aufl.* Thieme, Stuttgart 1981.

1982

159. CHRISTIAN, P.: Patienten Compliance in psychosomatischer Sicht. In: KOMMERELL, B., HAI-IN, P., KÜBLER, W., MÖRL, H. und E. WEBER (Hrsg): *Fortschritte in der Inneren Medizin.* Springer, Berlin-Heidelberg 1982.

1984

160. CHRISTIAN, P. und H. GÖHRING: Vegetative Regulationsstörungen. In: H. COTTA (Hrsg): *Krankengymnastik. Bd 8, Innere Medizin.* 314-328, Stuttgart 1984.
161. CHRISTIAN, P. und W. RAPP: Grundlagen der klinischen Psychologie und der Psychosomatischen Medizin. In: H. COTTA (Hrsg): *Krankengymnastik. Bd 8: Innere Medizin,* 328-353 (1984).
162. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationen. In: HORNBOSTEL, H., KAUFMANN, W. und W. SIEGENTHALER (Hrsg): *Innere Medizin in Praxis und Klinik. 2. Aufl, Bd I,* 1285-1292. Thieme, Stuttgart 1984.
163. CHRISTIAN, P.: Vegetative Regulationsstörungen. In: G. SCHETTLER (Hrsg): *Innere Medizin. 6. Aufl., Bd I,* 202-318. Thieme Stuttgart 1984.

1985

164. CHRISTIAN, P. und F. LOLAS: The Stress Concept as a Problem for a Theoretical Pathology. Soc. Sci. Mcd. 21, 1363-1365 (1985).

1986

165. CHRISTIAN, P.: Moderne Handlungstheorie und der "Gestaltkreis". Ein Beitrag zum Werk Viktor von Weizsäcker mit klinischen Beispielen zum Verständnis psychomotorischer Störungen. Prax. Psychother. Psychosom. 31, 78-86 (1986).
166. CHRISTIAN, P.: Der "Gestaltkreis" von Viktor v. Weizsäcker. In: HAH, P. und W. JAKOB (Hrsg.). Viktor v. Weizsäcker zum 100. Geburtstag. Beiträge zum Symposium der Universität Heidelberg. 28. -1.-6. 5. 1986. Schriften zur anthropologischen und interdisziplinären Forschung. Bd. 1, 72-79, Springer, Berlin, Heidelberg, New York, London, Paris, Tokyo, 1987.

1989

167. CHRISTIAN, P.: Anthropologische Medizin. Theoretische Pathologie und Klinik psychosomatischer Krankheitsbilder. Mit 12 Abbildungen und 10 Tabellen, Berlin Heidelberg New York London Paris Tokyo: Springer 1989.

1990

168. LOLAS, F., CHRISTIAN, P.: Korrespondenztheorie: eine realwissenschaftliche Position bezüglich leib-seelischer Zusammenhänge in der Psychosomatik. Z. Klin. Psychol. Psychopath. Psychother., 38, 146-154 (1990).

1992

169. BRÄUTIGAM, W., CHRISTIAN, P., von RAD, M.: Psychosomatische Medizin. Ein kurzgefaßtes Lehrbuch. 5., überarbeitete und erweiterte Auflage. 12 Abbildungen und 10 Tabellen. Stuttgart New York: Georg Thieme 1992.

1997

170. CHRISTIAN, P.: Medicina antropológica. Traducción, nota preliminar y notas de Fernando Lolas Stepke. Santiago, Chile: Editorial Universitaria 1997.